LAS DOS RAZAS

MIGUEL ALESSIO ROBLES

Las Dos Razas

EDITORIAL "CVLTVRA"
MEXICO, 1928

INDICE

DISCURSOS

Págs.

Discurso pronunciado en los Salones de la Unión Ibero Americana de Madrid, la noche del sábado 28 de octubre de 1916. 7

Discurso pronunciado en el banquete del Centro Gallego de México, celebrado el día 29 de julio de 1924..... 25

Discurso pronunciado el día 20 de agosto de 1924, en el banquete celebrado en los salones del Centro Asturiano..... 33

Discurso pronunciado en el Centro Gallego de México, el día 18 de febrero de 1925. 43

Discurso pronunciado en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, el día 5 de noviembre de 1925, con motivo del Centenario del nacimiento del Cid.... 53

Discurso pronunciado el domingo 13 de junio de 1926, en el banquete ofrecido al Ministro de España..... 63

Págs.

Discurso pronunciado el 10 de mayo de 1927, fecha consagrada a las Madres, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. 73
El Espíritu de Andalucía en la Civilización del Mundo. 83
Conferencia de Arte. 99

"IGUALA CON LA VIDA EL PENSAMIENTO"

Los cuadros del Greco..... 119
Los cuadros de Velázquez..... 129
La decadencia de España..... 139
La amenaza de los Estados Unidos..... 147
La actuación de Lane Wilson..... 155
La Conferencia de la Habana..... 165
12 de octubre de 1492, 12 de octubre de 1928. 173
Una ley absurda..... 179
La justicia de Dios..... 187
La Revolución y el Hispanismo..... 195
La primera imprenta en América..... 203
El Ministro de España en México..... 209
La guerra de agresión..... 217
La actuación de Lane Wilson..... 225
Luis Urbina. 233
Los restos de Cortés y el Presidente de la Academia de la Historia..... 241
La reclamación de los españoles..... 249

Págs.

ESCRITORES DE HISPANO-AMERICA

Los grandes de España..... 259
El escritor Luis Araquistáin..... 267
El último libro de José Vasconcelos..... 275
Oradores y Poetas..... 285
Conferencia Hispanista..... 293
Un libro de Ramiro de Maeztu..... 299
La Otra América..... 305

DISCURSOS

DISCURSO PRONUNCIADO EN LOS SALONES DE LA UNION IBERO AMERICANA DE MADRID, LA NOCHE DEL SABADO 28 DE OCTUBRE DE 1916

El inquietante expansionismo anglosajón amenaza otra vez en estos momentos a la Nación Mexicana. Venimos, pues, a esta tierra querida a lanzar un grito de reprobación y de protesta contra ese atentado incalificable, contra ese hecho monstruoso que hiere de muerte el derecho público externo. Amamos entrañablemente a México, grande por sus heroísmos, ennoblecido por sus martirios, santificado por sus luchas eternas y su empeño perseverante y tenaz de llevar encendida sobre su frente la luz radiosa de sus sueños inmortales, como las altas cumbres

de nuestras montañas que arden en brillantes fulgores al beso divino de la aurora, antes de que sus purísimos rayos penetren a los valles profundos y rumorosos, envueltos aún en las sombras fugitivas de la noche. Por un sentimiento de inextinguible gratitud, por un sentimiento de elemental justicia, por un sentimiento de profunda admiración, amamos también a la creadora y altiva España, que derramó a manos llenas las semillas fecundas de la civilización en aquel suelo querido y glorioso donde los españoles dejaron las huellas imborrables de su genio inmortal. Cuando se habla de los artistas recordamos a Atenas; y cuando se habla de los poetas recordamos a la antigua y pensadora España; grande por sus obras, admirada por sus literatos, gloriosa por sus héroes, venerable por sus pintores, bendecida por su inimitable generosidad, por su proverbial valor, por su heroísmo reconocido, por su nobleza legendaria, por su audacia inconcebible para realizar las empresas más gigantescas y las hazañas más estupendas que han llenado de asombro a la humanidad, ya

cansada de registrar en los anales luminosos de la historia, los hechos fulgentes e inmortales de esta lozana y caballeresca nación, que se levanta espléndida y serena como una Diosa, rodeada por el coro de todos los pueblos jóvenes y vigorosos de Hispano América, que elevan un hosanna perenne y vibrante de bendiciones a la madre gloriosísima que encendió en el Continente descubierto por Cristóbal Colón la aurora radiosa e inextinguible de la civilización universal.

La grandeza de un pueblo se mide por las ideas que defiende, por la excelsitud de sus artistas, de sus poetas, de sus pensadores, de sus héroes, de sus mártires. Y España, después de haber llenado el mundo de jornadas inmortales, de días gloriosísimos, de albores deslumbrantes, de monumentos magníficos, de obras admirables y de hombres excelsos, no ha perdido aún el nativo y tradicional heroísmo de su raza, que le ha legado a mi querida Patria su cristiana religión, su armonioso idioma, su ardiente sangre y sus dulces esperanzas.

Nada tiene, pues, de extraño que ven-

pe hecha grande por Lope, por Alfonso el Sabio y por el Cid.

Si el presidente Wilson, a pesar de sus hermosos discursos, de sus ideas altísimas y de sus promesas halagadoras, incompatibles por cierto con la dolorosa realidad de los hechos, no ordena que se retiren las fuerzas norteamericanas, que, sin derecho alguno permanecen aún en la frontera Norte de mi país, la guerra será inevitable y sangrienta. El punzante aguijón de la duda todavía desgarra en estos augustos momentos nuestros corazones. Pero ya sabemos muy bien que cuando los Estados Unidos de América, hablan de Civilización y de Humanidad, es porque preparan algún atentado brutal contra un pueblo débil y exangüe.

¿Qué fines siniestros persigue esa poderosa Nación, grande por su trabajo, admirada por su riqueza, asombrosa por su comercio? Así como ella, amparada por las sombras pavorosas de la noche, hundió el Maine en la Bahía esplendorosa de La Habana para tener el fútil pretexto de ir contra España a arrebatarle sus dominios en Filipinas y en Cuba,

también ese país gigantesco, como una sombra oculta, como una mano invisible nos arrastra a los mexicanos de campo en campo de batalla, de contienda en contienda, de tragedia en tragedia, soñando en la fácil empresa de hollar con su fortísima planta las ruinas todavía llameantes de todo un pueblo ensangrentado y doliente, que aún lleva en sus débiles manos la fascinadora bandera de los ideales generosos y altísimos de la América Española.

El porvenir es, en la vida de las sociedades humanas, el pensamiento idealizador por excelencia; por eso la vigorosa juventud iberoamericana tendrá que dar una parte de su alma para la obra redentora del futuro. El esfuerzo tendrá que ser más grande, ahora que el inmoralismo nietzscheano en sus más monstruosas y aberrantes proyecciones, como lo observa el cultísimo escritor colombiano Carlos Arturo Torres, se desconocen las más nobles conquistas del derecho; ahora que por el brutal desarrollo del aforismo de Jean Weber, "la razón del más fuerte, es la mejor razón", se legitiman y glo-

rifican los atentados más odiosos, desde el tirano que expolia y esclaviza a todo un pueblo, hasta el jayán que golpea y roba a un niño Pero eliminar el sentido del honor de las relaciones internacionales por medio de flagrantes violaciones y de atropellos inauditos que hieren de muerte el derecho público externo, es destruir toda base cierta, toda esperanza de permanente paz en el mundo. Y si el grandioso y absorvente pueblo americano, en medio de sus inmoderadas ambiciones de expansión territorial, intentase de nuevo desgarrar a mi Patria, garantizada solemnemente por tratados diplomáticos y por estipulaciones amigables y amparada, además, por la razón y la justicia, declararíamos con el alma destrozada de dolor y de amargura, que es un hecho incalificable, que es un atentado monstruoso, que es un crimen sin nombre, que es un golpe terrible a la moralidad universal, que es la regresión a las peores formas de la barbarie, que es la sustitución del Estado pirata al estado caballero, que es, en fin, la sociedad de los pueblos convertidos en horda, en la

cual, el más fuerte puño atrapa la mejor presa y donde la violencia es el único título de propiedad.

Hay que decirlo muy alto y con toda honradez. Ya haría tiempo que estuviera cerrado para siempre el libro sangriento de la revolución, si los Estados Unidos del Norte no hubiesen estorbado, de manera mil, la estupenda obra pacificadora de México. Ellos han armado y azuzado a los fascinerosos para que penetren a los indefensos pueblecillos situados en la línea divisoria; ellos han contribuído eficazmente a exacerbar nuestros dolores y nuestros males; ellos son los causantes de todas nuestras desgracias y de todas nuestras turbulencias; ellos que en su ardorosa lucha de partidos buscan los candidatos contendientes su triunfo en los próximos comicios con el caso México; ellos que hacen todo lo posible para que no tengamos un gobierno popular y fuerte que desarrolle las fabulosas riquezas de la Nación; ellos que con su llamada "Expedición Punitiva", han acentuado más la discrepancia entre los juramentos de respeto a la soberanía de mi Patria

y el hecho doloroso y efectivo que por razones de política interior de ese país, continúe un estado de cosas a todas luces injusto para la República Mexicana.

¡Pobre país el mío, ha sufrido mucho, mucho merece! Y hoy que contemplamos sus horizontes iluminados trágicamente por los relámpagos bermejos de la injusticia norteamericana, más lo amamos y lo admiramos con sus montañas azules, con sus ríos undosos, con sus cascadas rugientes, con sus lagos plateados, con sus campos floridos, con sus volcanes nevados, con sus mares bravíos, con sus crepúsculos ígneos, con su cielo hermosísimo.

Cuando la Patria está en peligro, no debe haber partidos; y todos los mexicanos honrados olvidando viejos odios y rencores, deben aportar a una obra gloriosísima de redención y de justicia, su contingente de ideas, de esfuerzos y de heroismos, así como *para formar la gran voz del océano levanta cada ola su rumor.* y hasta las mujeres, y hasta los ancianos, y hasta los niños, como lo hicieron nuestros inmortales antepasados los españo-

les durante la invasión napoleónica, pedirán armas y pólvora, para ir a los campos tempestuosos de batalla a luchar por la independencia de la Patria.

Terrible es la crisis que atravesamos en estos instantes supremos. Pero hasta en las horas de mayor infortunio rompe nuestra pavorosa obscuridad la luz de la esperanza y mitiga nuestro dolor el suave consuelo de la fe. Hasta muchas naciones que no pertenecen a la América Española, han envuelto a la Patria de Juárez en una nube luminosa de simpatías y de aplausos por su actitud gallarda y viril, ante las injustas exigencias del Gobierno de Washington, cuyo procedimiento tortuoso no podrá justificarlo nunca ante el mundo, ante la prosperidad y ante la Historia.

¿Qué derecho tiene aquella poderosa nación de hollar nuestro bendito suelo regado con las lágrimas y con la sangre de nuestros inmortales antepasados? ¡Mas para qué enarbolar la mágica enseña de la razón y la justicia ante los ávidos ojos de un pueblo extranjero que sólo doblega su frente ante el brillo des-

lumbrante del oro! México ha querido solucionar el conflicto de una manera amistosa y pacífica y agotar todos los recursos de la diplomacia e invocar la justicia que le asiste para poner de manifiesto ante el mundo las pérfidas intenciones de un pueblo que se titula amigo sincero de los mexicanos, y ocultamente fomenta todos los disturbios y prepara con la ayuda de hombres sin escrúpulos, golpes pretorianos, que han arrastrado a mi Patria de desastre en desastre, de ruina en ruina, de sacrificio en sacrificio.

Los caracteres psicológicos de una raza histórica, afirma Gustavo Le Bon, son tan estables como sus caracteres anatómicos. Ellos se trasmiten por herencia con regularidad y constancia. Dos razas completamente distintas por sus costumbres, por su religión, por sus ideales, por su idioma y por sus tendencias, habitan el continente americano, razas descendientes de Inglaterra y de España, y que allá han continuado sus antiguas luchas entre los hijos de los ingleses y entre los hijos de los españoles. Y Mé-

xico, el país más cercano a la gran nación norteamericana, es el primer baluarte de la América Española, que batalla con tenacidad asombrosa por detener la ola crecida y rugiente del inquietante expansionismo anglosajón. No tenéis aún idea de esos sublimes esfuerzos realizados, no solamente en los trabajos de cancillería y en los dominios de la política, sino también en los campos de batalla. Allí está para ejemplo vivo y luminoso la admirable defensa del Carrizal, donde el ejército mexicano derrotó al yanqui enemigo, quitándole, en medio de tenacísima lucha, armas y municiones, que más piadosas y justas tal vez que los fríos anglo-sajones, proclamaran el valor increíble, los arrestos temerarios y el empuje aniquilante de una falange de gloriosos hombres, que, por defender una causa grande y nobilísima, valen por diez ejércitos.

Pero el invasor comprende bien que ningún derecho tiene para ocupar el territorio de la doliente nación mexicana; y el Presidente Wilson así lo ha reconocido de manera clara, solemne y honra-

dísima, en la tribuna, en la cátedra, en la prensa. Más a pesar de esas públicas declaraciones, a pesar de esas amistosas promesas, a pesar de que se les ha hecho reconocer que cometen una injusticia y un crimen, las tropas norteamericanas, sin conocimiento ni autorización del Gobierno Constitucionalista invadieron arbitrariamente una parte del suelo mexicano, aguijoneados sin duda alguna, por el acicate formidable de la excesiva supremacía y del culto ferviente y exclusivo a la riqueza y al ruidoso éxito material, que son tan efímeros como una tormenta.

Afirman los sociólogos que con la tendencia al idealismo de la filosofía de Renouvier, de Boutroux, de Bergson, de Williams James, como lo observa Carlos Arturo Torres, parece señalar el rasgo más revelante de la actual orientación del espíritu en Hispanoamérica, y mañana acaso tan noble idealismo, rebasando sus límites actuales, asuma las proporciones de una ampliación mundial, en que todas las nacionalidades vegan a confundirse en un concepto generoso de Humanidad,

proceso de ampliación que ha de cumplirse, salvo siniestras regresiones, como dice el eminente pensador sudamericano, no conforme al ideal napoleónico de sujeción y de conquista, sino al bello ideal Kantiano de justicia y de fraternidad.

Ese magno movimiento que ha iniciado ya el ambicioso pueblo yanqui, no es sólo una amenaza constante a la integridad de mi Patria y al porvenir de la libertad, sino también a la grandeza de una raza, que ha llenado al mundo de heroismos redentores e iluminado maravillosamente con la llama esplendorosa de su genio inmortal el horizonte infinito de todos los siglos.

Y yo, obscuro peregrino del ideal, férvido amante de mi Patria, de la libertad y de la raza, lo mismo en esta hermosa tierra española por mí tan amada, que en la América nuestra he de predicar por todas partes, sólo con mi fe, con mi pasión y mi esperanza, la unión y la grandeza de todas aquellas naciones hijas de la gloriosa España, para contemplar, en un día no lejano, su resurgimiento luminoso y espléndido, después de la contien-

da gigantesca, como una estrella inextinguible y serena después de la tempestad.

¡Ah, señores, el progreso de los pueblos no se detiene a cañonazos, como no es posible que un vallado de arenas y de espinas encadene la cólera mugiente de un río impetuoso y desbordado! Por encima de la repudiada doctrina Monroe; por encima de las flamantes ideas panamericanistas; por encima, en fin, del ejército angloamericano, las hermanas repúblicas españolas cumplirán sus nobilísimos fines, sus ideales luminosos, sus esperanzas salvadoras, porque los descendientes de una raza heroica, que lleva sobre su frente gloriosísimos laureles, no permitirán nunca que se agiten sobre ella las alas siniestras y pavorosas de la derrota, de la infamia y de la muerte.

Lo triste, lo doloroso, es que la autonomía de los pueblos ha sido hollada y ultrajada por el puritano gobernante de los Estados Unidos de América, que lleva entre sus manos una fascinadora bandera para clavarla en la altísima cumbre donde brille la luz de la justicia de Dios.

Pero no brilla la luz de la justicia de

Dios, profesor Wilson, desgarrando la soberanía de Nicaragua; no brilla la luz de la justicia de Dios, asesinando a los valientes hijos de Santo Domingo que defienden heroicamente su suelo y su honor; no brilla la luz de la justicia de Dios mientras las invasoras fuerzas norteamericanas permanezcan en el ensangrentado territorio de México, que no lucha sólo por su libertad y su autonomía, sino también por la autonomía y la libertad de todas las naciones hispanoamericanas, para demostrarle al ejército yanqui que cuando se lucha por el honor y el derecho de los pueblos, brilla siempre la luz de la justicia de Dios, que ilumina con deslumbrantes destellos a los perseguidos y a los ultrajados para que venzan siempre a los fuertes y a los opresores, y puedan los débiles y los oprimidos escribir algún día en las páginas inmortales de su Código fundamental la conquista sagrada y hermosísima de la libertad humana.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL BANQUETE DEL CENTRO GALLEGO DE MEXICO, CELEBRADO EL DIA 29 DE JULIO DE 1924.

La noble y laboriosa Colonia Gallega de México, nos ofrece amablemente un sitio de honor en esta fiesta consagrada a celebrar el Santo Patrón de España; y gustosos aceptamos tan significativa distinción, porque así se corrobora, porque así se demuestra claramente que entre mexicanos y españoles no hay diferencias, que no hay más que un vivísimo anhelo de unión y de confraternidad entre dos pueblos unidos fuerte y eternamente por los vínculos poderosos de la sangre, de la religión, de las tradiciones, de las costumbres, del idioma, de los ideales, de

la historia, de las aspiraciones y de las esperanzas.

Como aquellos pueblos ibéricos bañados por las ondas eternamente luminosas y azules del Mediterráneo, han contribuído a la civilización del mundo, Galicia ha contribuído a formar el férreo carácter del glorioso pueblo español; de ese pueblo indómito y heroico; perseguidor de la quimera; noble y generoso como un cruzado caballero del ideal; lleno de ensueños y de aventuras como don Quijote; radiante de fe y puestos siempre los ojos en la lámpara divina de la ilusión; ha encendido por todas partes los vívidos fulgores de la libertad; y después de haber llevado a cabo el gloriosísimo descubrimiento de América, la empresa más gigantesca que han contemplado los siglos, forma en el Nuevo Mundo veintidós pueblos batalladores y abnegados, que elevan en el armonioso idioma de Cervantes un himno sempiterno de alabanzas y bendiciones a la Madre inmortal España.

Así como una madre coloca con sus manos delicadísimas las fibras sensibles en el corazón para que vibren, como las

cuerdas de una lira, al soplo misterioso de toda idea grande y generosa, forma también el carácter del hombre; y desde niño, con aquellas dulces caricias, y aquellos adorables consejos, y aquellos tiernos arrullos, y aquellas unciosas oraciones escapadas de sus labios maternales y amorosos, inculca en el espíritu esos principios sagrados de rectitud y de moral que conducen al campo venturoso de la eterna tranquilidad y los impulsa al cumplimiento del bien y a batallar en defensa santa de toda causa honrada, justa y nobilísima.

¡Qué pueblo como el de Galicia, qué pueblo como el español, qué pueblo como el mexicano, forman esos hogares risueños y santificados con el ejemplo severo y la virtud fascinadora de una madre dulce y cariñosa, que, con la cruz adorable de Cristo, predica la abnegación y el heroísmo, el amor y la concordia y el sacrificio por toda idea noble y levantada!

Venturosa región de Galicia que ha dado al mundo tantas mujeres célebres consagradas por la fama universal, y aquellas madres, modelos de virtud, de abnega-

ción y de heroísmo. De Galicia, es aquella poetisa genial, Rosalía de Castro, cuyas estrofas musicales y aladas las recitan todos los labios que hablan el melodioso idioma español. De Galicia, es aquella ilustre penalista, Concepción Arenal, que ha abierto nuevos horizontes al derecho de los pobres y los desamparados. De Galicia, es la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán, que ha bajado a la tumba envuelta en un girón del sudario de púrpura con que el mago Renán envuelve a los literatos y a los pensadores que encendieron la luz de la aurora con los destellos luminosos de su genio inmortal. De Galicia, son aquellas madres sencillas y cristianas, cuyos hijos han llegado a esta tierra querida de promisión y de esperanza, a luchar honradamente con el vigor de sus brazos y con el esfuerzo de su espíritu, en medio de los tempestuosos combates de la lucha por la existencia, sin más arma que su carácter templado para la batalla titánica en el suave calor del hogar humilde, pero santo, y con el ejemplo austero

y vigoroso de aquellos españoles honradísimos y tenaces, que prefieren morir en las crueles garras de la miseria, antes que manchar el blanco penacho del honor, que luce sobre sus frentes, como un símbolo de nuestra raza soñadora, radiante de grandeza y de gloria.

¡Qué sería del mundo sin la civilización mediterránea, de ese maravilloso arco de triunfo por donde han desfilado los siglos cargados de hazañas inmortales, y de obras gigantescas, y de albores deslumbrantes! ¡Oh, Grecia, espléndida y divina, te glorificamos! ¡Oh, Italia, artista y soñadora, te bendecimos! ¡Oh, Francia, culta y luminosa, te admiramos! ¡Oh, España, madre nuestra, te idolatramos; y si algún ingrato olvidase que has descubierto un mundo y que has arrullado dulcemente a la Humanidad con tu coro magnífico y vibrante de sublimes poetas, perdónalo, oh, madre nuestra, y recuerda que Jesús, el Divino Jesús, diremos parafraseando al excelso orador español, "después de haber encendido el fuego del sol, tuvo frío, y después de haber for-

mado los mares, tuvo sed, y después de haber poblado los campos de doradas espigas, tuvo hambre", y después de haber aliviado todos los dolores, sufrió todos los martirios, y después de haber formado todos los reinos de la tierra, fué esclavo de todos los hombres, y después de haber predicado la caridad y el perdón murió en una cruz, herido, ultrajado, vilipendiado y murmurando palabras unciosas de piedad y de amor.

Tengo una deuda inmensa de gratitud con la noble y generosa Colonia Española de México, —la cual está consagrada por completo a sus trabajos perseverantes y honrados,— deuda de gratitud que no podré redimir jamás como la Humanidad, la deuda contraída con la vieja y soñadora España, que descubrió como Dios un mundo y formó veintidós pueblos llenos de ideales y de ensueños; y fundó los municipios democráticos, y las cortes libres, y los fueros de Aragón, en cuyas soberanas instituciones se forjaron los espíritus guerreros de aquellos audaces españoles, que pasearon triunfalmente su

bandera gloriosísima por todos los ámbitos del mundo y que hoy ondéa, serena y majestuosa, en la mágica cima de todas las grandezas humanas.

DISCURSO PRONUNCIADO EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1924, EN EL BANQUETE CELEBRADO EN LOS SALONES DEL CENTRO ASTURIANO.

Agradezco profundamente la honrosa invitación que, traspasando los límites de toda bondad, me ha hecho el Centro Asturiano de México para asistir a esta espléndida fiesta que ofrece en honor del respetable y querido presidente de tan ilustre corporación, porque ha sabido conquistarse el sincero afecto y el cariño verdadero de aquellos españoles que tienen el alma abierta a todos los sentimientos nobles y generosos.

Estas ardientes demostraciones de simpatía, obligan mi gratitud eterna, y las sellaría con un solemne y religioso silen-

cio, si no fuera porque me siento alentado por las palabras confortantes de mis compatriotas, que en estos últimos días me han consagrado con motivo del merecido homenaje que le tributé a la noble España, en el Centro Gallego de México.

Los descubridores de la Costa Firme, aquellos valientes y osados conquistadores que cantó Heredia, hombres extraordinarios, profesores de energía, caballeros sin miedo y soldados aguerridos, trajeron a América palpitante y vívido, bajo el acero herrumbroso de sus corazas, un sentimiento de ruda energía, como el austero concepto de la libertad, severo y rígido, bajo el místico sayal puritano de los peregrinos del May Flower.

¡Qué existan todas las razas del mundo, como en la tierra hay valles y montañas y en el cielo planetas y soles que complementan el sistema maravilloso de todo el Universo! Admiramos a la poderosa raza anglo-sajona, paseando sus triunfadores naves por todos los mares y admiramos igualmente su sentido práctico que tiene de la vida y de la libertad;

pero también admiramos y glorificamos a la raza ibérica, que ha realizado la epopeya inmortal de impedir con la gloriosa batalla de Lepanto, que fuera convertido en un lago turco, como el Bósforo, el mar incomparable y espléndido del Mediterráneo, que meció en sus ondas transparentes y azules la cuna sagrada de la civilización del mundo; admiramos y glorificamos a la raza ibérica, que con las flotas de Barcelona, de Génova y de Venecia impidió que fuera arrasada la obra adorable de la civilización en toda Europa; admiramos y glorificamos a la raza ibérica, que ha dejado un brillante reguero de pueblos sobre la faz de la tierra, como la Láctea-Vía un reguero luminoso de soles en el cielo; admiramos y glorificamos a la raza ibérica, que en la fascinadora y moruna ciudad de Cádiz, dictó tranquilamente, entre un diluvio de bombas arrojadas por el audaz soldado invasor y afligida también por el terrible azote de la peste, su código fundamental donde fulguran los sabios preceptos del sufragio libre con que ungió la frente de todos los pueblos; admiramos y glorifica-

mos a la raza ibérica, que tiene hazañas sublimes como la de Badajoz y de Bailén, donde levantó sobre las pavesas de los humenates escombros la bandera inmaculada de España, envuelta otra vez en los arreboles encendidos y radiosos de la inmortalidad y de la gloria.

Un pueblo noble y glorioso que puso en las manos del guerrero Gonzalo de Córdoba una espada invencible, que le dió una pluma inmortal a Miguel de Cervantes, que le dió un buril maravilloso a Alonso Cano, que le dió un mágico pincel a Diego Velázquez, que le dió una lira vibrante a Luis de Góngora, que encendió la centella divina del genio en los espíritus brillantes de filósofos como Luis Vives, de políticos como el Cardenal Cisneros, de dramaturgos como Calderón, de oradores como Fray Luis de Granada, ese pueblo noble y glorioso, es digno de vivir y vivirá eternamente iluminando con sus radiantes fulgores las páginas inmortales de la historia, como la luz de los astros la altura infinita de los cielos.

Grande y gloriosa es la España antigua, gloriosa y grande es la moderna Es-

paña, que tiene ansias frenéticas de resurgir, orientada por los sublimes apostolados de Joaquín Costa y de Macías Picavea, con toda la fuerza propulsora de la nobilísima alma española, que sueña en el fascinante ideal de contemplar a la humanidad, próvida y generosa, derramando el bálsamo piadoso del amor, de la concordia y del consuelo en todos los corazones anhelantes de redención y de justicia.

¡Oh, España inmortal, sibila de las libertades, musa casta y fascinadora de las grandes ideas, fuente inagotable de purísima inspiración, aurora radiante que ilumina los horizontes infinitos de todos los siglos, columna gigantesca que se levanta majestuosa en medio de los vendavales y de las procelas del mundo, academia maravillosa por donde desfilan todos los admiradores del arte, lira sonante que vibra al soplo misterioso de todos los nobles impulsos, epopeya magnífica que sacude nuestros corazones con el prestigio venerando de sus recuerdos, con la poesía inefable de sus ruinas, con la mágica inspiración de sus poetas, con

las hazañas audaces de sus héroes, con la arrebatadora elocuencia de sus oradores y con la gracia inenarrable de sus artistas! ¡Oh, España gloriosa, que has llenado al mundo de obras estupendas y de generosos ideales a la Humanidad, iluminada todavía con la radiante luz de la antorcha divina que encendió el loco Don Quijote con las llamas esplendorosas de sus vívidos sueños y con las luminarias de sus esperanzas inmortales! ¡Oh, España excelsa, después de haber contribuído a la civilización del orbe con aquellos sabios andaluces que enseñaron las matemáticas y con las matemáticas la astronomía al mundo, después de haber dado a conocer con aquellos audaces exploradores nuestro hermosísimo planeta, después de la brillante epopeya de Lepanto, después de haber llevado a cabo el grandioso descubrimiento de América, después de haber dejado por todas partes las huellas luminosas de su genio inmortal, aun nos tiene reservados muchos días brillantísimos de esplendor y de gloria!

Cuando contemplamos la soberbia Plaza de San Marcos en la romántica y poé-

tica ciudad de Venecia, cuando contemplamos la severa y bellísima Plaza de la Señoría, en la inmortal y divina Florencia, quisimos caer de rodillas y tributarle así un férvido homenaje de profunda admiración al genio artístico de la excelsa Italia; cuando contemplamos la luminosa y mudéjar ciudad de Sevilla, ¡oh!, Sevilla, no hay en el mundo más que una Sevilla... España es como la luz divina de la aurora, que entre más se contempla, más se le admira y deslumbra. Deslumbra y admira no sólo por el brillo resplandeciente de sus armas victoriosas que las pasearon triunfantes los heroicos soldados españoles por la tierra y los mares del Viejo Mundo, sino también por su pasión ardiente y su generosidad inagotable puestas siempre al servicio de toda causa grande y nobilísima, y por aquel coro magnífico y vibrante de prosadores y poetas donde resaltan las voces armoniosas de Lope y de Cervantes y por haber sacrificado en aras de la civilización y del progreso su sangre generosa, que ha sido fecunda como el dorado pólen de las flores, y por eso hoy se levanta más

vigoroso y más fuerte que nunca el invicto pueblo español, que da benéfica sombra con las ramas espléndidas de su próvido tronco a todos los pueblos de Hispanoamérica, brotes lozanos y primaverales de una raza inmortal, que ha cubierto de gloria a la humanidad e iluminado maravillosamente todos los ámbitos del mundo...

Un día Víctor Hugo, en el Tribunal del Sena, defendiendo a su hijo acusado por los ataques punzantes y rudos que dirigió contra la crudelísima pena de muerte, triste y dolorido el gran lírico francés, y señalando con su mano temblorosa un Crucifijo suspendido en el muro principal de la sala, exclamó amargamente: ¡"He ahí a la Justicia Divina, crucificada y escarnecida por la Justicia humana"!

Si nuestros oídos llegasen algún día a escuchar un denuesto contra la idolatrada España, exclamaríamos a semejanza del egregio poeta francés: "¡He ahí la injusticia humana escarneciendo y vilipendiando la hidalguía, la nobleza, la majestad, el valor, el heroismo y el genio im-

perecedero de la insigne y soñadora España, coronada de olímpicos laureles y con los destellos deslumbrantes de la gloria inmortal!"

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CENTRO GALLEGO DE MEXICO, EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1925.

Damos las gracias más efusivas a todos los socios del Centro Gallego de México, por estas constantes y repetidas demostraciones de simpatía, jamás consagradas a nuestras personas, sino a las ideas que proclamamos, porque defendiendo a la inmortal España y a nuestra gloriosa raza, defendemos también a nuestra idolatrada Patria, que la amamos sobre todas las cosas, porque aquí recibimos las primeras dulces caricias de nuestras próvidas madres, que nos inculcaron con su ejemplo arrobador y su virtud fascinadora a luchar por todo ideal

levantado, por toda causa noble y por todo sentimiento grande y generoso.

En la América española nunca podrá borrarse el nombre glorioso de España, porque su sangre generosa está en nuestras venas, su cristiana religión en nuestros templos, sus costumbres legendarias en nuestros hogares, su brillante historia en nuestra vida, su armonioso idioma en nuestro pensamiento, su bella arquitectura en nuestros edificios, su virtud edificante en nuestros corazones, sus fúlgidos ideales en nuestras frentes, sus ensueños inmortales en nuestros espíritus, su indómito carácter en nuestros pechos, sus tradiciones fascinadoras y su gloria inextinguible en todas partes. Todavía en las risueñas Islas de las Antillas, que fueron vistas por vez primera desde el mar por los ojos del sevillano Rodrigo de Triana, grabados eternamente están los nombres de aquellos atrevidos descubridores españoles, que pisaron la tierra americana iluminados por los radiantes resplandores del ensueño y la esperanza. Todavía en las tierras de la Florida y de la Carolina Meridional, vivo está el

recuerdo de sus descubridores españoles Vázquez y Ponce de León. Todavía las ondas azules y rumorosas que besan las playas sonrientes de Yucatán, repiten con amor el nombre de su descubridor español Fernández de Córdoba. Todavía las aguas hirvientes del Golfo de México pronuncian el nombre de Grijalva, que descubrió el inmenso y hermoso imperio mexicano. Todavía en las pintadas selvas del Trópico, el vago viento narra las hazañas del español Pinzón y las olas mugientes del Océano Pacífico conservan en su seno la estela luminosa que dejara la frágil nave "La Santa Victoria", que surcó por vez primera ese mar ignorado, cubierta con la bandera inmaculada de España, que ha ondeado triunfante y victoriosa sobre el pavés de toda empresa gigantesca, de toda lucha titánica, de todo esfuerzo generoso realizado en bien de la Humanidad y de la civilización universal.

No hay lugar del planeta que no conserve las huellas imperecederas del noble esfuerzo español. Españoles fueron los aguerridos legionarios de Trajano, que en las agrestes llanuras de Rumanía,

opusieron viva y tenaz resistencia a las irrupciones bárbaras; españoles fueron los intrépidos soldados que defendieron a la hermosa Grecia, en la Edad Media, contra sus terribles enemigos que hollaron el bendito suelo que escuchó los cantos sublimes de Teócrito; españoles fueron aquellos denodados pilotos que realizaron el viaje portentoso a Oriente y el mitológico descubrimiento de América; españoles fueron los que detuvieron un siglo la media luna ante la Cruz de Constantino; españoles fueron los héroes gloriosos de Lepanto, que los vemos desfilar entre los egregios patricios republicanos en los cuadros bellísimos del soberbio Palacio Ducal de Venecia, crujientes de seda y envueltos en los arreboles encendidos de la inmortalidad; españoles fueron aquellos esclarecidos patriotas que detuvieron el empuje arrollador de la invasión napoleónica, cuando todas las naciones de Europa estaban vencidas y desarmadas por el corso de los cabellos lisos, y le enseñaron al mundo en Bailén y Zaragoza, cómo se lucha por la independencia y la libertad de un pueblo.

LAS DOS RAZAS

Dice Edgard Quinet que si la Constituyente de Francia hubiera clasificado bajo la augusta cúpula de Santa Genoveva, a los grandes hombres, en relación con la justicia que ellos han hecho entrar en el mundo, "habría colocado en el sitio más prominente a los que representaron mejor la idea del derecho, de la conciencia universal; después a los hombres de luz que han descubierto para la filosofía verdades nuevas; en pos, a los hombres que han sido el ornamento de su siglo por el Arte y por la Poesía"... Y siguiendo esa clasificación relacionada, no con los grandes hombres sino con las grandes naciones, España ocupa el lugar preferente, el sitio de honor, porque es el pueblo que ha representado más bien la idea del derecho en la larga y tempestuosa historia del mundo. España despertó, con la voz tonante de sus luchas, a la divina Grecia para aprestarla a la guerra y al combate en contra de sus invasores enemigos; España defendió la unidad y la independencia de la genial Italia, cuando esta nación artista y soñadora luchaba por sacudir el yugo infame y vil de la

cruenta dominación austriaca; España levantó airada el grito de su ira y su protesta contra la mutilación y el martirio de la infeliz Polonia, que, sangrante y dolorida, se retorcía en el potro ignominioso de la crueldad y de la infamia. España pregonó, en medio del asombro de Francia y de Inglaterra, con la voz autorizada del invicto General Prim, el derecho y la razón que México tenía, cuando las escuadras poderosas de la Tripartita Alianza llegaban a las resonantes playas mexicanas, y arreando la hispánica bandera ante la justicia de nuestra causa nobilísima profetizó nuestro triunfo, que era el triunfo de la independencia y de la libertad.

No se ha cansado jamás de luchar ese pueblo heroico y aventurero, lleno de tradiciones y de gloria, que ha tenido por soldado raso en sus ejércitos al primer genio de los genios, al inmortal Miguel de Cervantes, que en la famosa escuadra de Don Juan de Austria y del Marqués de Santa Cruz, cayó maltrecho y herido, en la épica batalla de Lepanto, luchando por el prestigio de su Patria y para im-

pedir que la vieja y orgullosa Europa fuera convertida en un miserable serrallo turco. ¡Oh España, grande y pensadora, que ha derramado por todas partes, como una espléndida reina, los mágicos tesoros de su portentosa civilización y ha arrullado dulcemente a la Humanidad con los cantos sublimes de poetas inmortales como Calderón y Garcilaso, que le arrancaron a sus liras armoniosas aquellas estrofas vibrantes y aladas, que nuestros labios las entonan como una dulce endecha de eterno amor bajo la ventana de una mujer amada!

El recio astur contuvo con su denuedo y su pujanza la árabe invasión que amenazaba a toda Europa y la bella y florida región de Galicia rechazó a los audaces normandos que pretendían usurpar esas tierras sagradas y deliciosas, que invitan a la poesía y al ensueño, y cuyos habitantes, artistas y trabajadores, encendieron en la Península Ibérica, con aquellas dulces y armoniosas canciones galaico portuguesas, que tanto encantan a Teófilo Braga y a Menéndez Pelayo, los primeros deslumbrantes destellos de

una alborada risueña y espléndida, que ilumina todavía las páginas reverenciadas y eternas de la literatura castellana, por donde desfilan en brillante e interminable cortejo clásicos prosistas, excelsos poetas y maravillosos dramaturgos, que ciñeron con las guirnaldas inmarcesibles de la inmortalidad y de la gloria, la frente pensadora de la vieja y divina España.

Si nosotros denostásemos a España, mereceríamos que esos denuestos cayesen sobre nuestras frentes como lenguas de fuego llovidas del cielo relampagueante y enfurecido. Mereceríamos el ignominioso suplicio de Márcias. Mereceríamos que nuestra lengua para siempre enmudeciera, como justo castigo, y no volviésemos a hablar el melodioso idioma español, el más rico y sonoro y bello del mundo; ese dulce idioma de que se valieron nuestras santas e inolvidables madres para cubrirnos de próvidas y cariñosas bendiciones, que las guardamos en el fondo de nuestro corazón, con un amor inextinguible para que nos infundan valor y aliento en medio de los dolores

y los infortunios de la vida, alumbrándonos con la fúlgida luz de la esperanza para que luchemos siempre por las causas nobles, por la redención de los oprimidos, por el mejoramiento de los pobres y los desamparados, por la independencia de los pueblos y por la conquista eterna de la libertad y la justicia.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ANFITEATRO DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA, EL DIA 5 DE NOVIEMBRE DE 1925, CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL CID

Los pueblos que no tienen historia ni tradiciones las forjan para entregarlas al entusiasmo popular, que trasmite de generación en generación las leyendas, el carácter y las virtudes de las naciones, como se trasmite la luz de una estrella a otra estrella. Pero España no ha necesitado jamás de la lámpara maravillosa de la fantasía para escribir su historia y enaltecer a sus héroes arrancados de las páginas reales y palpitantes de la vida, peregrinos del ideal, apóstoles de la

voluntad, que corrieron tras la sombra fugitiva de la aventura y del ensueño, para encender en los corazones la fúlgida luz de la esperanza, que esplende todavía como llama inextinguible de ilusión y de amor en la lanza fascinadora del loco divino de Don Quijote, que a través de los tiempos buscamos nosotros, para que despierte en la humanidad el espíritu caballeresco, la virtud del heroismo, la idea del sacrificio, como el viajero antiguo buscaba en las noches diáfanas del Atica, el toque luminoso de la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis.

Hay pueblos que no necesitan de la fantástica virtud de la leyenda para hacer surgir a sus héroes a la vida real y a la glorificación imperecedera. El Cid Campeador es una figura extraordinaria, que pasa ante nuestros ojos deslumbrados envuelta en el manto luminoso y fascinante de la poesía; y dudaríamos de sus hazañas y de sus epopeyas, si no estuviera ahí la historia para comprobar la realidad de su existencia y de sus acciones inmortales, que infunden ánimo al corazón y energías al espíritu para reali-

zar las empresas más audaces y los rasgos de generosidad y de nobleza que han llenado de orgullo y de gloria a todo el mundo español. El Cid Campeador, después de haber roto con su invencible espada el cerco formidable de Valencia, proclamó el imperio de la ley aplicada por igual a vasallos y a señores, a súbditos y a monarcas, a humildes y a poderosos; proclamó la independencia civil del Estado y la unión federativa de los reinos de España; proclamó la concordia de todas las clases con relación al organismo social y la libertad en las diversas manifestaciones de la vida humana. La poesía juglaresca grabó en la fantasía popular la figura excelsa del Cid como un representante de la Patria, de la razón y la justicia, porque reivindica a la nación española su territorio, porque revela al pueblo la conciencia de sus derechos, porque es un custodio fiel de las libertades, porque es un austero defensor de la ley, que lucha denodadamente por la honra de España y con su ejemplo brillante de virtud y de heroísmo, constituye una de las más sublimes concepciones épicas de to-

dos los siglos. Un día se presenta el Cid bajo las naves majestuosas del Templo de Santa Gadea, llevando el yelmo y la coraza cubiertos con la toga severa del magistrado, a presenciar el juramento que iba a rendir el nuevo monarca ante el pueblo, que tenía sospechas vehementísimas de que Bellido Dolfos había obrado en connivencia con Don Alfonso, para asesinar traidoramente a su hermano, el Rey Don Sancho, al pie de los trágicos muros de Zamora; los leoneses, los navarros, los asturianos, reconocieron a Don Alfonso como rey, entretanto el Cid, rehusaba con ademán airado besar sus manos manchadas de sangre fratricida, que no podían jamás ejercer el gobierno político de Castilla, y envolviéndose en el manto inmisericorde del dolor y la amargura, como el egregio poeta Firduzi, de la suntuosa corte de Ghaznín, marchó al exilio con la frente pensadora arada por las zozobras de las persecuciones, pero llevando en su alma el mágico resplandor que encendió la aurora inmortal de la redención y la justicia humanas.

No sabemos nosotros qué influjo mis-

terioso, qué poder extraordinario ejercen sobre los pueblos el ejemplo fascinante de sus héroes y las tradiciones gloriosas de su historia. Cuando la invasión almohade puso de nuevo en peligro la causa sagrada de España y de la civilización en toda Europa, el Cid Campeador, muerto un siglo antes, se levanta de su tumba, y marcha con sus mesnadas aguerridas y heroicas a las Navas de Tolosa para infundir valor y aliento a las huestes de Alfonso VIII de Castilla, que estaba preparando la épica campaña para detener a los audaces invasores de su Patria.

El Cid Campeador, Bernardo del Carpio y Fernán González, son los héroes epónimos que pusieron en las manos del glorioso pueblo español una fúlgida pluma para que escribiera el hermoso poema del Romancero y una espada centelleante para que escribiera el épico poema de su independencia nacional, cuando todas las naciones de la vieja y altiva Europa estaban sojuzgadas y desarmadas por el genio militar de Napoleón I, que había vencido al enemigo lo mismo en Arcola que en Rívoli, lo mismo en

Castiglione que en Wagram, lo mismo en Marengo que en Austerlitz, y que creía vencer a la inmortal España, que entonces enseñó al mundo atónito y perplejo, cómo se hiere en la frente y se derrota y aniquila al audaz soldado invasor, porque hasta las mujeres, y hasta los ancianos, y hasta los niños, hinchando el aire con los himnos vibrantes de gloria que entonaban, ebrios de patriótico orgullo, iban a combatir al enemigo que hollaba el suelo sagrado de aquella patria gloriosísima, hecha grande por el Cid y Don Alfonso el Sabio.

El Cid no sólo representa el ideal caballeresco, la reverencia solemne y el amor fervoroso a la justicia, sino también la iniciación maravillosa de una época magnífica de esplendor y de gloria para España, cuando aquellos poetas y juglares corrían de Galicia a Castilla, y de Castilla a Andalucía, y de Andalucía a Valencia, y de Valencia a Aragón entonnando las dulces cántigas recogidas después en el cancionero de Baena y que prepararon el advenimiento glorioso del Siglo de Oro, que ha llenado de esplen-

dores deslumbrantes el horizonte infinito de todos los siglos, con las obras más grandes de la literatura universal; con aquellos notabilísimos pintores, que han sobrecogido de asombro a la humanidad; con aquellos sabios andaluces que tanto contribuyeron a los adelantos y a los descubrimientos científicos; con aquellos monumentos admirables esculpidos por el mágico cincel de Alonso Cano; con aquellos guerreros invencibles, que pasearon su bandera glorisísima por todos los ámbitos de la tierra; con aquellos osados navegantes que por vez primera dieron la vuelta al mundo; con aquellos pilotos atrevidos que descubrieron este Continente en la inmensidad de los mares, y en la misteriosa India con la ayuda eficaz de los audaces portugueses, el inapreciable tesoro de una civilización ignorada; con aquellos intrépidos descubridores del Golfo Mexicano, que arrulla con el rumor eterno de sus rugientes olas a la hermosa y codiciada Nueva España; con aquellos valientes descubridores del Océano Pacífico, cuyas aguas desconocidas y tormentosas las surcó por vez pri-

mera, en una frágil nave construída en las playas americanas, el inmortal Núñez de Balboa; con aquellos denodados descubridores del Amazonas y del Mississippi, los ríos más grandes y caudalosos de nuestro hermosísimo planeta; con aquellos primeros pobladores, civilizadores y misioneros de toda la tierra americana, desde la Carolina y la Virginia hasta el famoso estrecho de Magallanes; con aquellos marinos triunfadores que recorrieron con sus naves victoriosas las ondas de seda del azul Mediterráneo, y llegaron a los umbrales del Asia con la hispánica bandera agitada por el suave viento de la prosperidad y de la gloria.

Si no hay labios que no refieran las hazañas inmortales del héroe glorioso de Vivar, que realizó para defender los más altos principios de moral y de justicia que han conmovido a la humanidad, y narradas maravillosamente en el épico poema del Mio Cid, muy más bello que el cancionero de Rolando, no hay tampoco giro del viento, ni ola de los mares, ni lugar del planeta que ignoren las epopeyas que ha llevado a cabo la aventurera España,

para bien del mundo, para contribuir al triunfo del progreso humano y para gloria inmarcesible de la civilización universal.

Refiere Hegel que el espíritu siente una emoción estética original ante las estatuas mutiladas, porque involuntariamente se agitan las alas luminosas de la fantasía para completar la forma de la obra de arte destrozada, concibiendo en la mente la imagen bella y alucinante del tipo humano; y el prestigioso escritor Francisco García Calderón asegura que igual placer debe sentir el filólogo, como el insigne Menéndez Pidal, en su noble y laboriosa tarea de reconstruir los poemas y las crónicas que vienen a renovar los siglos obscuros de la evocadora tradición española. Si esa emoción profunda y ese placer inmenso, sienten los hombres restaurando las obras de arte y de la literatura, ¡qué sentiría toda España cuando la audacia inconcebible y la voluntad indómita de sus preclaros hijos completaron nuestro planeta, descubriendo como Dios, un mundo!

Cuando sentimos en nuestros corazones el impulso generoso de defender los

nobles principios de la moral y la justicia, la sombra del Cid nos alienta y nos conforta en medio de la lucha tempestuosa de la vida; y ante la civilización, y ante la historia, y ante el mundo todo, cuando los pueblos luchan por esos ideales fascinantes, merecerán siempre la férvida admiración de la Humanidad, como México la mereció cuando batallaba con denuedo para no ser impía e injustamente desgarrado por el gigantesco país norteamericano, y cuando Melgar y Escutia se amortajaron en nuestra sagrada bandera nacional, antes que entregarla al poderoso soldado invasor y la que al ser recogida no tenía más mancha que la mancha adorable de aquella sangre generosa, derramada heroicamente en aras de la libertad y de la Patria, y para que los débiles y los oprimidos pudieran algún día escribir en las páginas inmortales de su código fundamental, frente a los fuertes y a los opresores, la conquista gloriosa y definitiva de la redención humana.

DISCURSO PRONUNCIADO EL DOMINGO 13 DE JUNIO DE 1926, EN EL BANQUETE OFRECIDO AL MINISTRO DE ESPAÑA

La verdad es que no tengo ningunos títulos ni merecimientos de ninguna clase para dirigiros mi palabra en esta espléndida fiesta consagrada a agasajar al señor Ministro de España, por su labor diplomática encaminada a conseguir la unión y la prosperidad de la Colonia Española de México; y dejando atrás todo vano alarde de modestia, declaro sinceramente que no merezco en manera alguna la cariñosa acogida que me tributáis en estos momentos de inmenso regocijo en que el espíritu se dispone a disfrutar del recuerdo dulce e imperecedero de la

Patria lejana, donde se levanta el hogar inolvidable y risueño que alberga los seres más queridos de vuestros corazones anhelantes de aquel calor y de aquella alegría que infunden poderosos alientos y vívidas esperanzas para realizar las empresas más grandes y generosas.

Cuando un país como el nuestro, que tanto necesita de la inmigración y el capital extranjeros, debemos preferir en todo caso al inmigrante español, trabajador y laborioso, que se identifica con nuestras costumbres, y forma un hogar mexicano, donde se conservan las tradiciones de virtud y de moral y se proclaman la unidad y la grandeza de nuestra raza tenaz y batalladora. Por encima de las faltas de algún español, se levanta el prestigio intocable de la honrada Colonia Española de México, como por encima de los delitos de los individuos, se levanta la sociedad inmaculada y serena, como por encima de los errores de la sociedad, se levantan los pueblos grandes y vigorosos, como por encima de los crímenes de los pueblos, se levanta la Humanidad próvida y generosa. Desde el

célebre Capitán General Hernán Cortés, que expidió leyes y ordenanzas y estableció el sistema e independencia de los municipios, hasta el insigne Conde de Revillagigedo, modelo de gobernantes empeñosos y honrados, que tantos beneficios le hizo a México; desde el esclarecido Fray Martín de Valencia, que llegó a las tierras venturosas de Anáhuac con la noble misión de un apostolado sublime, hasta el excelso Fray Bartolomé de las Casas, infatigable defensor de los indios, que regó por todas partes las lágrimas de sus ojos y la sangre de su corazón, siempre dispuesto a remediar los males y los dolores de los pobres y los humildes; desde el Arzobispo Fray Juan de Zumárraga, que estableció el Hospital del Amor de Dios y ayudó al Virrey don Antonio de Mendoza a levantar la primera imprenta fundada en el Continente americano, hasta el admirable Fray Pedro de Gante, que, con abnegación y sacrificio, abrió varias escuelas donde se les enseñaba a los niños, lo mismo las primeras letras que las industrias españolas; desde el notable Manuel Tolsa, escultor y arquitec-

to famoso, que fundió la estatua de Carlos IV, que nuestra ciudad guarda como una obra de arte, sólo comparable con la de Marco Aurelio en Roma, y construyó también los hermosos edificios que conservamos con legítimo orgullo y nimio cuidado, hasta el popularísimo Jaime Nunó, el laureado autor de nuestro patriótico Himno Nacional, cuyas sonoras y vibrantes notas han enardecido la sangre de nuestros héroes que fueron a los campos tempestuosos de batalla a luchar por la libertad y por la Patria; desde Francisco Javier Mina y Nicolás Régules que llegaron a la Nación Mexicana, a defender nuestra independencia y nuestra autonomía, hasta los ricos comerciantes Echeveste, Manuel de Aldaco y Ambrosio Meave que fundaron el Colegio laico de las Vizcaínas; desde don Bernardino Alvarez, que con sus bienes particulares fundó el Hospital de San Hipólito, hasta los españoles trabajadores y laboriosos que en nuestros días viven en esta República, han honrado y querido a México, como si fuera su misma Patria. Industriales como don Adolfo Prieto, que solí-

cito y cariñoso acude a los hospicios y remedia las necesidades de los niños huérfanos y desamparados; hombres como don Andrés Fernández, que alivia los infortunios de los habitantes de Veracruz que quedaron sin hogar a raíz de una tremenda conmoción telúrica; hombres de ciencia como el culto y noble doctor Perrín, literato distinguido e histólogo notable, que es honra y prez de nuestra Sociedad; hombre filántropo como el Presidente de la benemérita Cruz Roja Española, que va derramando por todas partes la caridad y el consuelo. ¿Y a qué seguir? si todos los españoles que viven en México aportan las energías de sus esfuerzos y las luces de su espíritu para conseguir la grandeza y la prosperidad de nuestra Patria, y necesitaríamos que desapareciera de nuestros corazones el más rudimentario sentimiento de moral y de justicia para borrar de nuestros recuerdos el nombre glorioso de España, que las olas de nuestros mares y los giros del viento repiten con amor para que no olvidemos jamás que los Pinzón, los Rodrigo de Triana, los Grijalva, los Garay,

los Fernández de Córdoba, los Ponce de León, surcaron por vez primera las aguas hirvientes del Golfo Mexicano, para que las corrientes luminosas de la civilización besaran nuestras playas que recibieron a los heroicos exploradores españoles que fundaron nuestro hogar, donde la virtud y la moral rigen las costumbres de una familia educada en la religión de Cristo, que predica por todas partes la caridad y el amor a los pobres y a los desamparados, y va encendiendo en los espíritus la mágica luz de la esperanza, que brilla y esplende sobre nuestras frentes como las postreras miradas de una madre, que las recogemos con una ternura indecible para que iluminen eternamente el borrascoso camino de la vida, y seamos fieles a los principios de probidad y rectitud que nos legaron con su ejemplo arrobador y sus consejos cariñosos.

No hay más que un pueblo en el mundo amante de las aventuras mitológicas y de las empresas portentosas y adonde van todos los hombres en busca de inspiración y de audacia y del agudo aguijón del ideal que brilla como una estrella

misteriosa en la lanza fascinadora del loco divino de Don Quijote. ¡España inmortal, que primero vió surcar las olas de los mares a Cristóbal Colón y a los Pinzones, y después las nubes de los cielos a los Franco y a los Rada! Español es el Cardenal Cisneros, el político más hábil que ha habido en todos los pueblos; español es Miguel de Cervantes Saavedra, el ingenio más brillante que han conocido los siglos; español es Diego Velázquez, que ha pintado el cuadro más bello que hay en la tierra; y no hay mujer más excelsa en el mundo que la Santa Reina Católica, que inició los radiantes albores de aquel Siglo de Oro, que ilumina todavía los horizontes infinitos de la historia con los destellos deslumbradores de los genios inmortales como Lope y Calderón, admirados y reverenciados por toda la Humanidad.

Y si algún ingrato olvidase, oh España inmortal, que fundaste los municipios democráticos, que creaste los fueros de Aragón, que alentaste a los audaces portugueses para que realizaran el portentoso viaje a Oriente, que descubriste como

Dios un mundo, que redimiste al indio en América, que libraste a la vieja Europa de la trágica cimitarra turca, que detuviste a la invasión almohade que amenazaba a todos los pueblos, que paseaste tus pabellones victoriosos por Grecia y por Constantinopla, por Italia y por Flandes, que exploraste las regiones más apartadas del planeta, que llegaste hasta los umbrales del Asia con tu bandera gloriosísima, que impediste que el azul Mediterráneo fuera convertido como el Bósforo en un lago muerto, que dictaste en la bella y heroica Ciudad de Cádiz el Código fundamental del derecho y de la democracia, que clavaste en las murallas formidables de Orán y de Túnez, la cruz inmortal de la victoria, que arrullaste dulcemente a la Humanidad con un coro magnífico y vibrante de sublime poetas, que apercibiste a Grecia para que se aprestara a la lucha y al combate en contra de sus invasores enemigos, que ayudaste a la infeliz Polonia para que se librara de la humillación y del tormento, que defendiste a la divina Italia para que se irguiera libre e independiente y ense-

ñaste al mundo en Bailén y en Zaragoza, cuando todos los reyes y todas las naciones y todas las razas estaban vencidas y sojuzgadas por el genio militar de Napoleón I, cómo se lucha por la libertad y por la Patria; y si algún ingrato olvidase, oh, España excelsa, tus proezas maravillosas y tus hazañas gigantescas, perdónalo, oh madre nuestra, pues no sabe lo que hace, y recuerda que la ingratitud no siempre va clavada como agudo dardo en el corazón humano, puesto que los pueblos más antagónicos a tu raza inmortal, te han rendido estruendosos homenajes de profunda admiración, porque has conquistado con la audacia de tu esfuerzo y con la luz de tu genio las cumbres deslubradoras de la inmortalidad y de la gloria.

DISCURSO PRONUNCIADO EL 10 DE MAYO DE 1927, FECHA CONSAGRADA A LAS MADRES, EN EL ANFITEATRO DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA.

Hay que proclamar por todas partes, con ese entusiasmo desbordante que sacude siempre a nuestros corazones, la participación grande y decisiva que toma la mujer en las nobles luchas de México. Jamás permanece indiferente en los momentos más difíciles de nuestra historia. No la arredra el peligro, ni la guía la conveniencia. Grande es la religión del deber, para la mujer mexicana es más grande la religión del sacrificio. No hay lugar de nuestro territorio, ni página de nuestra historia en donde no resplandez-

can como un acero que se desnuda, el valor, la abnegación y las virtudes de nuestras heroínas, que han alentado con su brillante ejemplo a los guerreros y a los pensadores para que defiendan con su espada y con su pluma las ideas de redención y de justicia, y para que formen la Patria futura, próspera y grande. Y en ese empeño tenaz, en ese trabajo constante y en esa empresa tan ardua, nadie, absolutamente nadie puede ayudarnos con tanta eficacia en el hogar, en la escuela, en todas partes, como la mujer mexicana, abnegada hasta el sacrificio, valerosa hasta la heroicidad, ejemplo elocuente de virtudes, irradiación magnífica de entereza, aurora esplendente de amor, florescencia divina de sublimidades, flor perfumada de gracias, gota de dulce miel en el amargo océano de la vida, rayo deslumbrante de luz que todo lo engrandece, que todo lo ilumina, que todo lo dignifica con la maravillosa virtualidad de sus alegres notas y de sus perennes encantos para hacernos sentir las diversas manifestaciones del arte, las supre-

mas glorias de la Patria y las bellezas incomparables de la naturaleza.

Así como una madre coloca con sus manos delicadísimas las fibras sensibles en el corazón para que vibren, como las cuerdas de sonora lira, al soplo misterioso de toda idea grande y generosa, forma también el carácter del hombre; y desde niño, con aquellas dulces caricias, y aquellos adorables consejos, y aquellos tiernos arrullos, y aquellas unciosas oraciones escapadas de sus labios maternales y amorosos, inculca en el espíritu de esos principios sagrados de rectitud y de moral que conducen al campo venturoso de la eterna tranquilidad y los impulsa al cumplimiento del bien y a batallar en defensa de toda causa honrada, justa y nobilísima. ¡Qué pueblo como el nuestro, qué pueblo como el español, forman esos hogares risueños y santificados con el ejemplo severo y la virtud fascinadora de una madre inolvidable que, con la cruz adorada de Cristo, predica la abnegación y el heroísmo, el amor a la concordia y el sacrificio por toda idea noble y levantada y hace vibrar a los corazones pa-

ra que luchen siempre por la libertad y por la Patria y para que consigan el bien de la inmensa legión de los pobres y de los que sufren las desigualdades, los dolores y las miserias que preocupan y atormentan a la humanidad! El carácter de una nación y la vida moral de un pueblo, se forjan en el hogar con las ideas tiernas y amorosas de una madre. En el hogar, en el santo hogar se inculca en las conciencias la virtud, se enciende en los pechos la llama inextinguible del patriotismo, recibe el espíritu los fulgores de la primera educación. Y pueblos que forman esos hogares santificados por las bendiciones de una madre próvida y santa, que ilumina el doloroso camino de la existencia con la luz eterna de sus miradas, esos pueblos son inmortales como Dios.

Cuando surge un hombre célebre por sus rasgos geniales, por sus dotes artísticas, por sus impulsos nobles y generosos, todo mundo pregunta quién es su madre para admirarla y bendecirla, porque ella, con la misión celestial de hermosear y embellecer la vida, trasmite al

férreo pecho del hombre esos sentimientos tiernos que lo impulsan a llenar de cantos inmortales y de obras excelsas la existencia para abrir ante nuestros ojos los horizontes del infinito y gocemos de la visión sublime, esperanza de todas las edades, anhelo de todas las generaciones, consuelo de todos nuestros dolores, la visión incomparable y espléndida de un Dios justo y providente.

¡Oh, Dios de bondad, Dios de misericordia, Dios de justicia, que redimiste a los pobres y a los humildes con el Sermón de la Montaña, Dios que libraste a millares de esclavos de la coyunda infame y vil de los tiranos, Dios que guiaste en medio del Océano ignorado las naves de Colón y los Pinzones para que descubrieran este Continente que mece la cuna de las sociedades modernas, Dios de la libertad, salva a la Nación Mexicana, porque aquí queremos vivir y morir y puedan descansar en este suelo bendito nuestros pobres huesos y puedan también nuestros labios exangües besar eternamente esta tierra querida, donde nuestras madres adoradas nos inculcaron el

amor a la Patria y a la libertad, y que no se olvida jamás, pues ese amor sagrado forma parte de nuestra alma forjada en el calor de aquellas pasiones generosas, encendidas en la vívida llama de todo lo que hay de grande y de noble en la sociedad y en el espíritu, templando así el carácter y la conciencia, para enseñarnos a morir por todos en vez de vivir para sí solos, como lo hicieron nuestros inmortales antepasados que regaron con sus lágrimas y su sangre todo el territorio patrio, y lucharon con la fuerza de sus brazos y con el vigor de su espíritu por conquistar esos principios luminosos a costa de grandes sacrificios y de gigantescos esfuerzos, que han merecido las bendiciones eternas de la historia y la admiración ardiente de todas las generaciones!

Cuántas veces en el camino borrascoso de la existencia, cuando nuestra fe vacila, cuando el infortunio nubla la luz de nuestros ojos, cuando los fulgores de los ideales se apagan en nuestras frentes, cuando se extingue en los corazones el fuego divino de la inspiración, cuando no

sentimos el impulso generoso de socorrer una desgracia, de mitigar un dolor, de compartir las penas con los pobres y los desamparados, basta el recuerdo imperecedero de las cariñosas bendiciones y de las férvidas miradas de una madre, para que el corazón recobre los perdidos alientos y pueda realizar las acciones más altas y desinteresadas en bien de los que sufren y de los que arrastran las pesadas cadenas del infortunio y de la miseria.

Nada de más grande, nada de más noble, nada de más digno entre nosotros que la mujer mexicana, y ella, con sus ideas, con sus sacrificios, con su abnegación y con sus consejos contribuye eficazmente a la redención de nuestro pueblo y nos señala el camino por donde se llega a la cima esplendorosa de todas las grandezas humanas. En la larga lucha de la Independencia Nacional, en la injusta guerra de los invasores norteamericanos y en la campaña sangrienta contra la invasión francesa, fué patriótico modelo de heroismo y de denuedo en aquellas épicas jornadas en que se luchaba por la li-

bertad de México, y no había lugar de esta tierra que no se conmoviera con la valentía y la lealtad de la mujer que señalaba con sus trémulas manos la mágica causa de la justicia por la cual debería lucharse hasta vencer o morir, porque era preferible no ser, a ser viviendo una torpe y miserable vida de esclavos.

El recuerdo imborrable de nuestra madre va unido siempre al del lugar donde nacimos y nuestras frentes recibieron las primeras dulces caricias. ¡Cuántas veces, para borrar las horas de dolor y de amargura, recordamos aquellas tardes venturosas de nuestra apacible y amada ciudad natal, en que alegres y bulliciosos salíamos de la escuela, con el corazón desbordante de aladas ilusiones para correr a las huertas floridas, olorosas a tomillo, situadas en la agreste ladera de la montaña tras de la cual se oculta el sol, y después de haber cogido los aromáticos membrillos, y las maduras y jugosas pomas, y las inquietas y pintadas mariposas, y los dorados panales que destilaban amarilla miel como si fuera oro líquido, y las bruñidas y esmaltadas güijas del re-

manso cristalino, que, a semejanza de un inmenso espejo de plata, reflejaba las verdes frondas de los árboles que se inclinaban a besar las aguas serenas y transparentes, regresábamos a nuestros hogares santos en esa hora hermosa del crepúsculo, los poéticos momentos de la oración y del amor, consagrados en el cuadro inmortal de Millet, recitando los versos musicales y alados de Rubén Darío y de Manuel José Othón, a recibir las cariñosas bendiciones de nuestras madres amantísimas, cuyas excelsas virtudes no podremos olvidar nunca; y cada vez que cometemos alguna falta o ingratitud involuntarias en medio de las luchas tempestuosas de la vida, o nos hemos desviado de la senda honrada que nos trazaron, la sombra bendita de nuestras madres se levanta siempre a nuestro lado, para seguir iluminando con la luz inextinguible de sus miradas el camino doloroso de la existencia.

EL ESPIRITU DE ANDALUCIA EN LA CIVILIZACION DEL MUNDO.

Discurso pronunciado la noche del 11 de junio de 1927 en el Casino Español de México.

Ningún pueblo ha sentido la inquietud del ideal ni el misterio del porvenir como el glorioso pueblo español, que donde quiera que ha dejado la huella radiosa, que nadie podrá borrarla, de su genio inmortal, allí fulguran y esplenden, como las estrellas del cielo, el espíritu caballeresco, la virtud del heroísmo, el sentimiento de la nobleza, la idea del sacrificio, la tradición de la hidalguía, los impulsos del valor y el aliento del ensueño y la esperanza, que encienden en los corazones las vívidas llamas de la ilusión

y del amor, que iluminan el incierto camino de la vida y han alentado a los españoles de todas las generaciones y de todas las épocas a realizar las obras más grandes y generosas de toda la humanidad. Españoles fueron los que ayudaron a Cristóbal Colón para que llevara a cabo la empresa más gigantesca que han contemplado los siglos; españoles fueron los osados navegantes que por primera vez dieron la vuelta al mundo; españoles fueron los intrépidos descubridores del Golfo Mexicano, que arrulla con el rumor eterno de sus mugientes olas a la hermosa y codiciada Nueva España; españoles fueron los valientes descubridores del Océano Pacífico, cuyas aguas desconocidas y tormentosas las surcó por vez primera, en aquella frágil nave construída en las playas americanas, el inmortal Núñez de Balboa; españoles fueron los audaces descubridores del Amazonas y del Mississippi, los ríos más grandes y caudalosos de nuestro hermosísimo planeta; españoles fueron los primeros colonizadores y civilizadores de toda la tierra americana, desde la Carolina y la Virginia,

hasta el famoso estrecho de Magallanes; españoles fueron los que fundaron en México las primeras escuelas y universidades de este Continente, donde levantaron las primeras imprentas, donde publicaron los primeros libros, y antes, mucho antes de que en la Nueva Inglaterra hubiera un verdadero periódico, ya en el siglo XVII se había hecho el primer ensayo en México de ese invento maravilloso, sin el cual hoy no podríamos vivir como vivieron nuestros inmortales antecesores privados de ese gran libro de la prensa diaria, que nos da cuenta de todos los acontecimientos que se registran en el mundo, y no tardará mucho tiempo en narrarnos los acontecimientos que se registren en los otros misteriosos y lejanos planetas.

Eran de Extremadura y de Andalucía aquellos audaces conquistadores, y aquellos primeros misioneros y civilizadores de este Continente donde veinte pueblos que hablan el armonioso idioma español, elevan un hosanna vibrante y perenne de alabanzas y bendiciones a la madre glorisísima que encendió en esta tie-

rra querida la aurora radiosa e inextinguible de la civilización universal. Por eso cada vez que visitamos las tierras extremeñas o andaluzas lo hacemos con una ardiente admiración y con un profundo respeto en homenaje a las ciudades insignes que tienen la gloria inmarcesible de haber mecido las cunas de esos hombres preclaros que tanto contribuyeron con las luces de su espíritu y con el entusiasmo desbordante de sus corazones al progreso humano. Cuando visitamos la bella y dulce ciudad de Cádiz, contemplamos con un hondo recogimiento aquel territorio bañado por las aguas del Océano Atlántico, cuyas olas besan la gaditana playa, donde se hicieron los primeros estudios y se proyectaron las pirmeras atrevidas aventuras del mitológico descubrimiento de América; esa misma fascinadora y moruna ciudad de Cádiz, entre un diluvio de bombas arrojadas por el audaz soldado invasor y afligida también por el terrible azote de la peste, dictó tranquilamente, en el Templo de San Felipe, que albergó bajo sus naves majestuosas a la asamblea más ilustre y gloriosa del mun-

do, el código fundamental de España, en el que fulguran los sabios conceptos del sufragio libre con que ha ungido la frente de todos los pueblos de la tierra. Cuando contemplamos el hermoso Templo de San Felipe, en cuyos ámbitos severos resonaron las voces elocuentes de tantos hombres representativos por su ilustración y su talento como por los principios de moral y de progreso, defendidos con todo el calor de sus almas y con toda la elocuencia de su palabra persuasiva y luminosa, sentimos una emoción profunda en nuestros corazones que se sacuden con más fuerza, con más calor, con más bríos, ante el recuerdo imperecedero de aquellas Cortes inmortales, que iluminaron los horizontes infinitos del mundo y llenaron de resplandores eternos las páginas de la historia. En esa misma gaditana ciudad nacieron Emilio Castelar y Segismundo Moret, oradores elocuentes, políticos excelsos, peregrinos del ideal, glorias del parlamento español, periodistas inmaculados que defendieron siempre con su elocuencia vibrante y arrebatadora toda causa noble y generosa y lucharon por la

libertad y la independencia de todos los pueblos oprimidos y el eco de sus voces armoniosas resonaba lo mismo en España que en Italia, lo mismo en Italia que en Francia, lo mismo en Francia que en Polonia, lo mismo en Polonia que en los Estados Unidos, lo mismo en los Estados Unidos que en Cuba, lo mismo en Cuba que en México y lo mismo en México que en todas partes donde había la necesidad de romper las pesadas cadenas del esclavo y de luchar por los principios sagrados de la justicia y del derecho.

Después de haber sentido en el corazón emociones tan intensas, el espíritu experimenta un deleite profundo cuando se contempla la soberbia galería de pinturas de Cádiz, donde se pueden admirar espléndidos cuadros de Murillo y Zurbarán, pintados en la bella región andaluza, y pudieron por lo mismo recoger aquellos prodigiosos pinceles toda la luz y el color de esa atmósfera diáfana y azul, que le roba al cielo su tonalidad suave y delicada como la caricia inefable de un ángel desprendido de lo infinito para revelarnos la suprema grandeza de Dios.

No hay lugar de Italia ni de España, que no tengan una obra de arte, un monumento artístico, un panorama bello y delicioso donde la vista se apacienta y el espíritu queda extasiado ante la grandeza y la hermosura, en las cuales puso el hálito de su casta fe la infinita misericordia de Dios, para hacernos más llevadera la pesada cruz de la mísera existencia. Cuando contemplamos la mudéjar y deslumbradora ciudad de Sevilla... ¡Oh! Sevilla, no hay en el mundo más que una Sevilla!, recostada como una reina sobre las claras aguas del undoso Guadalquívir, con sus torres arábigas doradas por el fuego del sol y de los siglos, con su Alcázar maravilloso por d o n d e desfilaron aquellas sultanas de oriental riqueza, con aquel cielo sonriente, sólo comparable al de mi México hermoso y amado, con aquellos poéticos patios ornados de aromáticas flores y de verdes palmas y de blancos surtidores de mármol de donde brota el agua cristalina y rumorosa, con el fácil agudísimo ingenio de sus alegres habitantes, con los ojos dulces y soñadores de aquellas fascinadoras y hermosas

mujeres, llenas de encanto y de gracia, con aquel penetrante aroma de ambriagador azahar que embalsama el ambiente, con aquellos cantos melodiosos entonados al son de una guitarra, que penetran hasta el fondo de los corazones, con los gritos jocundos y las risas sonoras de aquel coro delicioso de niños gárrulos y encantadores, hacen de la moruna Sevilla, consagrada a la poesía y al ensueño, la ciudad más alegre y seductora del mundo.

Todos los pueblos ibéricos bañados por las ondas eternamente luminosas y azules del Mediterráneo, han contribuído a la civilización del mundo. Andalucía enseñó a la orgulloso Europa las matemáticas y con las matemáticas la astronomía y en la capital andaluza se funda con Herrera el Viejo, con Pacheco y con Velázquez, la famosa escuela de pintura sevillana, que ha entregado a la admiración de todas las generaciones el retrato más notable y hermoso de la tierra, que se contempla en la Galería Doria de Roma; el retrato maravilloso del Papa Inocencio X, pintado por el mágico pincel de Diego Ve-

lázquez, que en la historia del Arte figura al lado de Rafael Sanzio y de Leonardo de Vinci, los tres pintores más grandes que ha habido en la Humanidad.

Las calles viejas y estrechas y la plaza bella y romántica de Santa Cruz, en Sevilla, invitan a la meditación y al amor, y a nuestra mente viene el recuerdo involuntario de don Miguel de Cervantes Saavedra, que describió aquellos tipos inmortales de Rinconete y Cortadillo, jugando a los naipes bajo la sombra de los árboles en el atrio anchuroso de la magnífica Catedral sevillana; a nuestra mente viene el recuerdo de aquellos sabios andaluces que tanto contribuyeron al adelanto y a los descubrimientos científicos en todos los pueblos de la tierra; a nuestra mente viene el recuerdo del sevillano Rodrigo de Triana, cuyos ojos avizores descubrieron por vez primera desde el mar, la risueñas islas de las Antillas; a nuestra mente viene el recuerdo de aquel coro melodioso de poetas, que han arrullado con sus dulces cantos a toda la Humanidad; a nuestra mente viene el recuerdo de aquel cortejo interminable de

misioneros extremeños y andaluces que llegaron a la tierra americana a derramar por todas partes las semillas fecundas de la civilización; a nuestra mente viene el recuerdo de aquella falange apretada y vigorosa de filósofos y oradores que llevaron a todo el mundo la vívida luz de su pensamiento, que brilla todavía con esplendentes fulgores, en el horizonte infinito de todos los siglos.

La tierra andaluza ha dado al mundo líricos como Lucano, poetas como Góngora, oradores como Fray Luis de Granada, escultores como el Montañes, pintores como Diego Velázquez, navegantes como los Pinzones, misioneros como Fray Bartolomé de las Casas, escritores como el beato Juan de Avila, que han dejado por todas partes las huellas imborrables de su genio inmortal.

Andalucía funda una escuela filosófica, a la cual pertenecen desde Séneca hasta Fernando de los Ríos; Sevilla funda una escuela de pintura, a la cual pertenecen desde Diego Velázquez hasta el cordobés Julio Romero de Torres. Tierra fecunda que ha dado al mundo esa

inmensa legión de apóstoles y de santos que han predicado por todas partes la abnegación y el sacrificio por un ideal grande y levantado. De Granada surgió la figura radiante de Angel Gavinet, pensador profundo, hombre inflexible, patriota inmaculado, que orientó el pensamiento moderno español, hacia unos horizontes más amplios de comprensión y de justicia, que ha hecho surgir en la España actual, esa vigorosa generación representada tan brillantemente por Ortega y Gasset, por Azorín, por Ramón Pérez de Ayala, y por Luis Araquistáin, prestigios indiscutibles del orbe español.

Podrán borrarse de las páginas de la historia las hazañas gigantescas del guerrero Fernández de Córdova y las de aquellos atrevidos navegantes ibéricos que descubrieron en la misteriosa India los tesoros inapreciables de una civilización ignorada; podrán borrarse de las páginas de la literatura universal las obras de Lope, de Calderón y de Cervantes que asombraron al mundo con sus producciones inmortales; podrán borrarse de la memoria de todos los hombres los cua-

dros bellísimos del Greco y de Velázquez, pero lo que no podrá borrarse nunca de nuestros corazones es el nombre glorioso de la creadora España... porque su sangre generosa está en nuestras venas, su cristiana religión en nuestros templos, sus costumbres austerísimas en nuestros hogares, su brillante historia en nuestra vida, su armonioso idioma en nuestro pensamiento, su bella arquitectura en nuestros edificios, su virtud fascinadora en nuestros corazones, sus fúlgidos ideales en nuestras frentes, sus ensueños inmortales en nuestros espíritus, su indómito carácter en nuestros pechos, sus tradiciones legendarias y su gloria inextinguible, como Dios, en todas partes.

Si algún ingrato olvidase, oh, España inmortal, la obra civilizadora que has realizado en el mundo, perdónalo, oh, madre nuestra, que no sabe lo que hace; si algún ingrato te lanzara injurias y denuestos, olvidando tu inagotable generosidad y tus proezas magníficas, perdónalo, oh, madre nuestra, que no sabe lo que dice, al cabo las olas de los mares y los giros del viento, más justicieros que el corazón

de los hombres, elevan hasta el cielo un himno sempiterno de gloria, reconociendo la heroica y meritísima labor que has desarrollado en el mundo y que sirve de ejemplo luminoso para todas las generaciones y para todos los pueblos de la tierra.

Tiene que salvar España su gloriosísimo pasado, porque los pueblos que no luchan por conservar sus tradiciones, mueren irremediablemente bajo el peso ignominioso de la esclavitud o del olvido, y los descendientes todos de una raza imperecedera, que escribió con su fúlgida pluma el hermoso poema del Romancero y que guarda entre sus tradiciones y sus glorias las canciones galaicoportuguesas, que tanto encantan a Teófilo Braga y a Menéndez Pelayo, deben contribuir a una labor fecunda y noble, uniendo a todos los pueblos que hablan el rico y sonoro idioma español, en una confederación ibérica; y entonces resplandecerán con más intensidad los esfuerzos gigantescos de la inmortal España, encaminados siempre a conquistar el anhelado bien

y la grandeza eterna de toda la humanidad.

Si alguna vez, decía Hipólito Taine, nos llegase a visitar un habitante de los diversos planetas que pueblan el seno infinito del Cosmos, yo no le enseñaría ni las amplias avenidas de Londres, ni sus floridos jardines, ni sus palacios suntuosos, ni sus altísimas torres que se pierden entre las nubes del cielo, para mostrarle el adelanto a que han llegado los hombres en su continuo progreso que camina siempre hacia el Occidente como si quisiera detener al Sol en su vertiginosa carrera, sino que le haría ver al extraordinario visitante el concepto que tenemos de la libertad y de la vida, para que fuese a narrar a sus congéneres las maravillas y las glorias conquistadas en el brillante estadio de la ciencia y en el palenque tempestuoso de las luchas interminables y estruendosas de la civilización.

Pues bien, siguiendo la original idea del eminente pensador francés, yo no le enseñaría al extraño visitante para mostrarle el progreso a que han llegado los hombres, ni las tupidas redes ferrocarri-

leras de los Estados Unidos de América, ni sus colosales riquezas, ni sus gigantescos edificios, ni sus monstruosas ciudades. ¡No, yo le enseñaría algo más noble y levantado! Yo lo llevaría a la Madre inmortal España, y le mostraría poseído de un orgullo infinito, con las lágrimas candentes en los ojos y el corazón convulsivo en las manos, a ese abnegadísimo pueblo que ha luchado heroicamente por sus libertades públicas, por sus derechos ultrajados, por sus ideales perennes y por conservar siempre limpia su sagrada bandera nacional para que ondée serena y triunfadora en la cima radiante de todas las grandezas humanas, sin más mancha que la mancha adorable de aquella sangre generosa derramada a torrentes sobre los muros sagrados de la mártir Gerona y de la bendita Zaragoza.

CONFERENCIA DE ARTE

Pronunciada en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, por el señor Miguel Alessio Robles, con motivo del Primer Centenario de la Muerte de Goya, la noche del día 16 de abril de 1928.

Conmemoramos hoy el primer centenario de la muerte del gran pintor español Francisco Goya, que luce en sus cuadros inmortales todo el dominio de su pincel asombroso, inconfundible como el de Velázquez, como el de Leonardo de Vinci y como el de Fra Angélico. Cuando Lucas Giordano contempló en el Museo del Prado el cuadro de las Meninas, exclamó lleno de asombro: "¡Esto es la teología de la pintura!" Renoir decía al admirar

los lienzos soberanos del Conde Duque de Olivares y de la Infanta doña María Teresa, que era muy difícil copiar un cuadro de Diego Velázquez, y nosotros aseguramos que es más difícil hablar de la obra de Goya, y que sólo nuestra incalificable osadía y nuestra profunda admiración por el insigne pintor español, que hace un siglo murió en Burdeos, nos impulsan a venir a este lugar para rendirle un férvido homenaje al autor del cuadro "Del Dos de Mayo", que inmortalizó el heroísmo y el coraje de un pueblo que sabe luchar por su independencia y su libertad.

Los pintores modernos Fortuny y Millet han contribuído a rehabilitar la figura del Greco, que pintó esos cuadros soberbios: el retrato del Inquisidor General don Fernando Niño de Guevara y el del Caballero de la mano al pecho que, al contemplarlos, sobrecogen al espíritu de asombro y el calosfrío de lo sublime y lo inenarrable sacude involuntariamente nuestro cuerpo como una poderosa corriente eléctrica; y Zuloaga, Sorolla y Anselmo Miguel Nieto han contribuído con

los escritores modernos de España para encender la llama de la admiración que el mundo siente por los cuadros de Goya, por sus grabados, por sus aguasfuertes, por sus tapicerías de brillante colorido arrancadas de las palpitantes realidades de la vida española. Turbulento y azuzado constantemente por el agudo dardo del amor, pasaba de una aventura a otra aventura, de un escándalo a otro escándalo, y sobre su cabeza se desataban las furiosas tormentas de las maledicencias y las críticas más acerbas, sin que amenguaran en lo más mínimo su ardiente entusiasmo juvenil por la disipación y el placer.

Han dejado una huella profunda en el arte, tres pintores que marcan las grandes fases de la pintura moderna: el Greco, que representa el aspecto místico; Velázquez, el cortesano y realista, y Goya, el popular, que jamás siguió en su obra una senda recta, sino tortuosa, y que, en opinión de Rafael Domenech, no hay que buscar en el autor del cuadro del Dos de Mayo, un desarrollo unilateral de su temperamento, sino múltiple. Se puede com-

probar esta observación comparando la alegría de vivir que retratan los cartones de sus tapicerías, con la rabia desenfrenada de las matanzas humanas en los lienzos y estampas de la guerra. Un contraste grandísimo existe entre el Saturno devorando a su hijo, que pintó en el comedor de su casa y aquellas tapicerías maravillosas que representan La Gallina Ciega, La Vendimia y La Feria de Madrid. Sabe retratar la alegría de su pueblo, y refleja también la tragedia y la desesperación de aquellas heroicas legiones de patriotas que luchaban contra las fuerzas invasoras de Napoleón I.

A fines del siglo XVII estaba en decadencia el arte en el mundo, y había que continuar la brillante, la brillantísima historia de la pintura española, donde dejaron obras inmortales Velázquez, Ribera, el Greco y Zurbarán. En Madrid figuraban en aquella misma época Antonio Rafael Mengs y Francisco Bayeu; pero estos pintores no pudieron satisfacer el gusto exquisito y las grandes aspiraciones de Goya, que marcha a Roma envuelto en una nube sombría de murmuracio-

nes por un ruidoso incidente de amor, registrado días antes de abandonar España. Así, en esas mismas escandalosas circunstancias abandonó Zaragoza, después Madrid y por último Roma.

Pero tanto en España como en Italia ya se había dado a conocer por haber obtenido el segundo premio en un concurso de pintura, en el cual falló la Real Academia de Bellas Artes de Parma. El jurado calificador elogió grandemente el cuadro de Goya, "Aníbal Victorioso", y no sólo se concretó a otorgarle el segundo premio, sino que hizo un encomio entusiasta de la obra del egregio artista español, que ya pugnaba desde entonces por romper los fríos moldes del rígido convencionalismo de las obras académicas. Tanto Goya como David, eras dos innovadores en el arte de la pintura. Inquietos y rebeldes protestaban contra todo, y el célebre pintor aragonés, hacía con su lápiz una verdadera revolución en la Corte de España y le daba a su obra un sello personalísimo, y es innegable que tuvo una enorme trascendencia social.

Como en Italia Leonardo de Vinci im-

primía en sus cuadros conceptos científicos, y Pedro Perugino la gracia y aquella fácil sencillez, y Miguel Angel, que, con su gran talento, había ya superado el Ghirlandai, le daban un nuevo aspecto a la pintura; en España, primero Velázquez y el Greco, y Goya, después, influídos por esos mismos pintores y por la escuela que había implantado en Venecia el Tintoretto, imprimían los artistas españoles en sus lienzos el sello del adelanto que inició el arte italiano, y que dejaba sus obras inmortales en las salas del Palacio viejo de Florencia y en los muros de las iglesias y conventos de la bella ciudad veneciana.

Así como Rafael de Urbino daba gracias a Dios de haber venido al mundo en tiempo de Miguel Angel, también Goya debió bendecir al cielo, por haber vivido en una época en que pudo levantar el arte español de la postración en que estaba cuando su pincel innovador pintó aquellos cuadros que le han dado renombre y gloria: "Fernando Guillemardett", "La Duquesa de Alba", "Su Autoretrato", "La Familia de Carlos IV", "La Tirana", "La

Maja Vestida", "La Maja Desnuda", "Josefa Bayeu", "Jovellanos", "El Conde de Fernán Núñez" y "La Librera de la Calle de Carretas", y otros tantos que vivirán eternamente. Pero si notable fué Goya como pintor y sobre todo como retratista, como grabador deja una obra donde se puede contemplar todo el ímpetu de ese singular temperamento, sus grandes dotes de artista, sus más íntimas inquietudes, y la protesta ardiente, como dice muy bien Sánchez Rivero, contra los poderes ruines y perversos que su poderosa imaginación se representa en forma de siniestras pesadillas. Se advierte en los grabados de Goya una preferencia por la armonía cromática, en la cual alcanza delicadezas exquisitas, y sus aguafuertes recuerdan el bello tono de las producciones de Tiépolo, a quien el aventurero pintor español seguía muy de cerca en su hermosa labor artística. El grabado fué para Goya, la expresión intencionada y fina de sus personales confidencias como en Rembrandt y en Durero; y en los Caprichos, Los Desastres de la Guerra, Los Proverbios, La Tauromaquia y los

grabados sueltos, luce el eminente pintor aragonés la inspiración de su genio y la técnica asombrosa de su espíritu educado en aquel ambiente madrileño, que invita a la alegría y al encanto. Como el Giotto y Fra Angélico se inspiraban en las corrientes místicas, Goya al contrario, buscaba casi siempre para los motivos de sus cuadros todo lo que era profundamente popular en España. La obra intensa la realiza Francisco Goya en Madrid, como Andrea del Sarto en Florencia, como Rafael en Roma, como Beccafiume en Siena, como el Correggio en Parma, como el Giotto en Padua, como Julio Romano en Mantua.

Francisco Goya y Lucientes, es indudable el tipo más representativo del arte en España, porque aduna a la concepción sabia y profunda que tenía de lo que es pintura, un poder genial para ser el comentador más cruel y sarcástico de su tiempo. El Giotto es el que ha interpretado mejor las dulces y fascinantes leyendas franciscanas; Goya es el pintor que ha inmortalizado el carácter heroico y bravío del pueblo español. En el lienzo

"La Dama del Abanico", que se contempla en el Museo del Louvre, está retratada magistralmente la mujer española. En los muros de San Antonio de la Florida, Goya, con su genio extraordinario, pintó aquellas figuras que son una fiesta interminable de colores, como las pintadas en el soberbio Palacio Ducal de Venecia por Giorgione, por el Tintoreto, por el Tiziano y por Pablo el Veronés. Cuando Delacroix trazaba nuevos procedimientos en la pintura en Francia, Francisco Goya realizaba una revolución en ese arte en España, con más genio, con más naturalidad, con más decisión. Francia le ha dado al arte de la pintura grandes maestros: Ingres, Watteau, Manet, Renoir, Luis David; España le ha dado genios extraordinarios: el Greco, Velázquez, Francisco Goya, que representa toda una época, porque supo encauzar las tendencias y las aspiraciones de la pintura hacia una cumbre esplendorosa de vigor y de belleza.

Afirma Antonio Rafael Mengs que el Correggio sabía perfectamente aquel arte con que la pintura sabe engañar los

sentidos, y deleitarnos con su dulce encanto. También Goya, dice Aureliano Beruete, conocía magistralmente ese arte, en hacer que la mente o la fantasía se figuren lo que el artista apenas esboza en algunas ocasiones con el pincel. Fueron Velázquez, Rembrandt, Francisco Goya y los italianos el Correggio y el Pinturrichio, los que han entendido mejor el arte de la perspectiva aérea, y pintaban en sus lienzos aquel ambiente diáfano, que nos permite distinguir los objetos en la sombra misma, y comprender la distancia que hay de una figura a otra figura. Está considerado que el Tiziano armonizaba mejor que Rubens los colores rojo, azul y amarillo; y también serán considerados siempre el Tintoreto y Goya como los dos revolucionarios más grandes en el arte de la pintura.

Cuando Reynolds contempló en el Museo Doria, el notable lienzo que ostenta el retrato del Papa Inocencio X, que es una admirable combinación de rojo y blanco, debido al pincel prodigioso de Diego Velázquez, exclamó: "¡Es el mejor cuadro que he visto en Roma!" Cuan-

do Hipólito Taine contempló, lleno de admiración y de asombro, ese mismo cuadro, afirma categóricamente: "¡Es el retrato mejor que hay en el mundo!" Por eso el viajero que llega a Roma, deseoso de ver las obras de arte, antes de ir a admirar la Venus del Vaticano y las bóvedas de la Capilla Sixtina, va a contemplar el cuadro inmortal del Papa Inocencio X, que dejó el genio español en la capital de Italia. Desde la leve y simple pincelada que dió Velázquez en los lienzos de los pintores contemporáneos del autor del retrato de La Infanta María Teresa, como Bartolomé González y Martínez Mazo, para corregir los defectos o trazar figuras, hasta los primeros cuadros que pintó en los talleres de sus maestros Pacheco y Herrera el Viejo, "El Aguador de Sevilla" y "Cristo en la Casa de Marta", desde los primeros cuadros que pintó el famoso artista sevillano, hasta los últimos, como "Las Hilanderas" y "Las Meninas", todos están perfectamente estudiados, catalogados e identificados en los museos y en las colecciones de Europa y de los Estados Unidos. Toda la

obra de Velázquez es conocida. No ofrece dudas. Ya no se discute si este cuadro es o no es de aquel pincel admirable que pintó los magníficos lienzos del Conde Duque y del Príncipe Baltasar Carlos. Si la obra toda de Velázquez es bien conocida, y nadie ignora los lugares donde se pueden contemplar sus cuadros soberanos, con mayoría de razón la obra de Francisco Goya, que es más reciente. Todas las gentes cultas conocen las colecciones y los museos extranjeros, donde se pueden admirar los cuadros del célebre pintor aragonés, que ha pasado a la historia como Lope de Vega, ungido por los resplandores del arte y la fascinación de sus ruidosas aventuras de amor.

Tanto el Greco, como Velázquez, como Goya, daban a las figuras esa expresión que el Perugino, el Dominiquino y Pablo el Veronés sabían imprimirles, de tal manera, que producen en la mente la idea de que se mueven. Así como la pintura del Greco fué un enigma para su tiempo, y se consideró al autor del Entierro del Conde de Orgaz como loco, Goya es considerado por todos como un revoluciona-

rio en el arte de la pintura. La brillante teoría de la Deshumanización del Arte de Ortega y Gasset, tiene un representante muy alto en la figura del Greco, que confirma el terrible aforismo de William Blake, citado por Antonio Marichalar: "Si el loco perseverase en su delirio, daría con la cordura al fin."

Cimabué daba alguna que otra pincelada en los cuadros de su discípulo el Giotto, y Rafael en los lienzos de Julio Romano. El Greco hacía lo mismo en las pinturas de su hijo Jorge Manuel y en las del aprendiz Luis Tritán. Pero la obra de Dominico Theotócupuli es inconfundible, como la de Francisco Goya. Su colorido, su técnica, la manera fina de dar las pinceladas, el claroscuro de sus cuadros, muy parecido al del Correggio, que imitaron también Zurbarán y Ribera, todo eso ha contribuído eficazmente para señalar o clasificar con absoluta precisión los cuadros de los pintores de Creta y Aragón, admirados hoy más que nunca por el rebelde movimiento actual de la pintura. Hoy se admira más que nunca la obra artística del Greco y de Goya.

¿Quién nos podría asegurar que mañana no se admirarán con más calor los cuadros del post-expresionismo representado tan brillantemente en la actualidad por el genial Chirico, por el vigoroso Oppi, por el fortísimo Dix, por el atrevido Severini, por el impresionante Schrimpf, por el notable Picasso, por el severo Togores? En el nuevo arte de la pintura, trátase, afirma Franz Roh, en el realismo mágico, de representar ante nuestros ojos, de manera intuitiva, el rostro, la figura interior del mundo exterior existente. Así pues, no se quiere descubrir el espíritu partiendo de los objetos, sino por el contrario, los objetos partiendo del espíritu.

Dice Teófilo Gautier, que el Greco temía pasar por un imitador del Tiziano, y esa peregrina obsesión lo precipitó en los caprichos más extravagantes. Eugenio D'Ors dice que el Greco es el pintor de las formas que vuelan y Poussin el pintor de las formas que se mantienen en pie. Francisco Goya es el pintor popular, que deja en su obra retratados el carácter y las costumbres de España. El retrato de

la Marquesa de Santa Cruz, que tiene por fondo aquel espléndido cortinaje de seda carmesí, vivirá eternamente, como aquellos magníficos tapices que decoran las Salas Capitulares del Escorial, como aquellos lienzos bellísimos que representan Las Lavanderas, el Conde de Floridablanca y las familias de los Duques de Osuna y del Rey Carlos IV.

No puedo retirarme de este lugar sin tributarle un merecido homenaje de respeto al doctísimo profesorado de nuestra Escuela Nacional de Bellas Artes por su competencia y su honorabilidad. Cuántas veces ha tenido que dictaminar sobre la originalidad de cuadros de pintores célebres, no ha faltado jamás a sus notorias tradiciones de honradez y de rectitud, porque no ha querido ofrecer su frente manchada ante los ojos de la juventud estudiosa. El día glorioso en que nuestra Academia de Bellas Artes entregue a la admiración del mundo cuadros originales del Greco, de Diego Velázquez y de Francisco Goya, ese día memorable arderá en fiestas y luminarias la República entera, como es fama que ardía la inmortal y di-

vina Florencia cuando el pueblo llevaba en triunfo las famosas madonas pintadas por el mágico pincel de Cimabué, desde el humilde taller del artista hasta el poético altar de Santa María Novella.

¿Por qué, Dios de misericordia, reconocemos tu grandeza cuando enciendes la luz de las estrellas en el cielo; porqué Dios de justicia, admiramos tu infinito poderío cuando impulsas a los hombres para que rompan las pesadas cadenas de millares de esclavos; porqué, Dios de bondad, bendecimos tus impenetrables designios cuando alientas a los corazones a luchar por los pobres y los humildes; porqué, Dios de libertad, alabamos tu inmenso y fúlgido imperio cuando iluminas al espíritu para que defienda todo ideal noble y levantado; porqué, Dios de providencia, obedecemos tus leyes inmutables, dictadas por la sabiduría y la moral más grandes que han conocido los siglos; porqué, Dios de amor, agradecemos tus celestiales destellos con que guías a la humanidad para que realice obras eternas de civilización y de progreso; porqué, Dios de piedad, reverenciamos tu dulce y

luminoso ejemplo de grandeza y de perdón, con el cual formaste todos los reinos de la tierra, para ser después siervo de todos los hombres; porqué, Dios de redención, acatamos tus vívidos principios, sin los cuales no habría ni luz ni calor en nuestra vida; porqué, Dios del Calvario, no hemos de inclinar nuestras cabezas en señal de profunda reverencia ante esos lienzos inmortales de Leonardo de Vinci, de Rafael, de Velázquez, del Greco y de Goya, que tienen perdurable vida, porque encendiste, oh, Dios de caridad, la llama divina de la inspiración en la mente de esos geniales artistas, para que pudieran entregar a la admiración de todas las edades y de todas las generaciones, las excelsas obras de arte que llenan de sublime belleza la existencia, y nos revelan que hay un Dios grande, justo y providente, que abre ante nuestros ojos los risueños horizontes del infinito donde fulgura una aurora inextinguible y radiosa de esperanza y de amor?

"IGUALA CON LA VIDA EL PENSAMIENTO"

LOS CUADROS DEL GRECO.

Nunca se ha admirado tanto la pintura del Greco como en estos tiempos en que el modernismo ha mostrado tan estrechas afinidadas con el arte de Domínico Theotócupuli, que fué el primero "en dislocar el dibujo para trasmitir al lienzo, con toda energía y vivacidad, el movimiento." El poeta cordobés Luis de Góngora y el orador sagrado Fray Hortensio Paravicino fueron grandes amigos del Greco, y los modernos escritores españoles han conseguido la rehabilitación del original pintor de Creta, que llegó a España en la época esplendorosa en que Cervantes y Lope de Vega dejaban oír su voz.

Decía el egregio orador sagrado: "Creta le dió la vida y los pinceles Toledo..."

En efecto, el Greco, estrafalario, escandaloso y loco, va a vivir a esa encantadora ciudad, circuída casi por el Tajo, después de haber iluminado su espíritu en los esplendores del arte de Italia. Con toda razón dice Cosío que Venecia educa al Greco en el arte; el Tintoreto lo seduce por las suaves tonalidades de carmín y de plata; Miguel Angel lo amarga, lo excita y reconcentra. Pero llega a la grave Castilla, y olvida reglas, abandona maestros y penetrando hasta el alma de las costumbres españolas, realiza una obra original que vivirá eternamente, como la obra de Diego Velázquez, como la obra de Leonardo de Vinci. El rebelde movimiento actual de la pintura comprende y admira los lienzos del Greco, llenos de ese encanto poético en que este pintor envuelve las figuras, para idealizarlas como una protesta eterna contra la realidad.

Temía el Greco, asegura Teófilo Gautier, pasar por un imitador del Ticiano; y esa obsesión lo precipitó a los caprichos más extravagantes. Pero ese hombre misterioso, sin dar oídos a la leyenda, que

corría de su locura, pinta los cuadros que se contemplan en Santo Domingo el Antiguo, en la Capilla de San José, en Santo Tomé, en el convento de San Pablo, en la Catedral y en las iglesias de San Nicolás y de San Vicente de Toledo, en todos los cuales se admira la espiritualidad del pintor que, abrasado por el fuego del misticismo, alarga las figuras como llamas que pretenden llegar al infinito. En los lienzos magníficos La Pentecostés, San Juan Evangelista y San Francisco, San Bernardino de Sena y La Anunciación, que se contemplan en el Museo del Prado; en el San Ildefonso, que se puede ver en el Hospital de la Caridad, de Illescas; en los Desposorios de la Virgen y La Sagrada Familia, que se conservan en la Galería Real del Museo Provincial de Toledo, en el San Mauricio que se admira en las Salas Capitulares de El Escorial, en todos ellos Domínico Greco alarga las figuras, las envuelve en la dulzura de una suave poesía, las cubre con el manto del misticismo. El colorido es siempre tenue y en el fondo de sus cuadros generalmente se destacan las den-

sas nubes que se desprenden sobre nuestras cabezas.

El insigne escritor español Eugenio D' Ors dice que el Greco es el pintor de las formas que vuelan y Poussin el pintor de las formas que se mantienen en pie. Al contemplar las figuras espirituales y aladas de esos cuadros inmortales, como La Resurrección, en el altar de Santo Domingo el Antiguo de Toledo, el San Sebastián, en la Catedral de Palencia, el Bautismo de Cristo, en el Museo del Prado, se siente la impresión de que los Santos se desprenden de la tierra para volar por las regiones infinitas del cielo. Cuando llegó el Greco a Toledo, Felipe II acababa de establecer el Gobierno en Madrid y en el Escorial; pero, como observa muy bien Mauricio Barrés, el alma de España continuaba siendo la imperial y noble ciudad de Toledo, con sus cigarrales, cantados más tarde por Tirso de Molina, con sus ruinas romanas, con sus basílicas visigodas, con sus palacios, con aquel desfile interminable de políticos severos y de soldados aguerridos que iban a contemplar los esplendores y magnifi-

cencias que habrían de ser cantados por Ercilla y por Cervantes.

A extramuros de Toledo se contempla el Hospital de San Juan Bautista, fundado por el Cardenal Tavera. En el ático de la Iglesia de ese hospital, que se llama generalmente de Afuera, admiran todas las gentes el bello lienzo de La Sagrada Familia. Este cuadro, dice el crítico de arte Manuel Cossío, es uno de los trozos más armoniosos y más poéticos en toda la obra de Greco. Las réplicas que existen de La Sagrada Familia en el Hospital de Santa Ana, en Toledo, y en el Museo del Prado, de Madrid, son inferiores al lienzo que ostenta la iglesia del Hospital de Tavera. De ese cuadro maravilloso se reproducen la Virgen y el Niño en la pintura que sirvió de mampara, durante mucho tiempo, en la Casa Consistorial de Torrejón de Velasco y que en el año 1907, según dice Cossío, estuvo en el mercado sin que se sepa actualmente su paradero. Este cuadro se complementa, como puede verse en los grabados, con el San José, ofreciendo ahora en una canastilla de transparente

cristal, frutas al Niño, y con la actitud de la joven del lado opuesto, apoyando su brazo sobre el hombro de la Virgen, figuras tomadas de La Sacra Familia. Ese cuadro del Greco, perdido en la actualidad, que se llama la Sacra Conversazione, fácilmente puede ser identificado. Casi destruído en su totalidad, fué restaurado con repintes, y, en opinión de los críticos, mejor hubiera sido dejar el lienzo en el deplorable estado en que estaba, para conservar intacta la parte hermosísima que el tiempo no había destruído.

Fué Beruetes, el gran admirador y crítico de Velázquez, el que encontró grandes analogías en el colorido y la composición de los cuadros del autor de "Las Hilanderas" y de "Las Meninas", con algunos de los lienzos del Greco. Entre el Conde de Orgaz del famoso cuadro del Entierro de Santo Tomé y el Duque de Benavente; entre el Caballero de la Mano al Pecho y el retrato del Montañés; entre el cuadro elegante y soberbio que representa al Inquisidor General Don Fernando Niño de Guevara, debido al pincel del Greco y el portentoso retrato del Papa

Inocencio X, que se admira en la Galería Doria de Roma, pintado por Diego Velázquez, hay ciertas innegables relaciones. El pintor de Sevilla que salió de los talleres de Pacheco y Herrera el Viejo, no admira a Rafael, ni al Ticiano, ni al Tintoreto; pero tenía una predilección muy marcada por el arte del Greco, tal como el artista de Nápoles, Salvatore Rosa, se llenaba de gozo contemplando la recia musculatura de las figuras humanas que pintaba el famosísimo Españoletto. En el espíritu de Velázquez deja una huella más profunda el Greco que Rubens, a quien conoció y trató cuando este pintor llegó a Madrid con su alta investidura diplomática.

El admirado retrato del Papa Inocencio X, que es una maravillosa combinación de rojo y blanco, y, como dice Moreno Villa, una viva fiesta de color, le valió a Diego Velázquez un puesto honorífico en la Academia de Roma. En el Museo del Ermitage, de Petrogrado, hay un boceto de ese maravilloso retrato del Papa Inocencio X. Antes de pintar ese cuadro estupendo, Diego Velázquez quiso

"entrenarse", como se dice ahora, pintando el retrato del mulato Juan de Pareja, aprendiz a sus órdenes y después artista.

Tanto el Greco como Velázquez daban a las figuras esa expresión que el Perugino, el Dominiquino y Pablo Veronés, sabían imprimirles, de tal manera, que producen en la mente la idea de que se mueven. En estos pintores antiguos se nota también el adelanto que realizan de una obra a otra obra en el arte pictórico. Con cuánta razón declara Antonio Rafael Mengs, que un pintor debe sentirse dichoso cuando ve que en cada cuadro mejora y aprende. Nadie puede negar que la obra de Diego Rivera es discutida; pero lo que nadie discute es que el artista mexicano tiene talento y en sus trabajos de pintura realizados en el patio de la Secretaría de Educación Pública se ve confirmada con toda claridad la observación de aquel crítico famoso.

La pintura del Greco "fué un enigma para su tiempo" y se consideró al autor del "Entierro del Conde de Orgaz" como loco. La brillante teoría de la Deshuma-

nización del Arte de Ortega y Gasset, tiene un representante muy alto en ese pintor, que confirma el terrible aforismo de William Blake, citado por Antonio Marichalar: "Si el loco perseverase en su delirio, daría con la cordura al fin".

Cimabué daba alguna que otra pincelada en los cuadros de su discípulo el Giotto, y Rafael en los lienzos de Julio Romano. El Greco hacía lo mismo en las pinturas de su hijo Jorge Manuel y en las del aprendiz Luis Tristán. Pero la obra de Domínico Theotócupuli es inconfundible. Su colorido, su técnica, la tela fina en que pintaba, la manera leve de dar las pinceladas, el claroscuro de sus cuadros —muy parecido al del Correggio— que imitaron también Zurbarán y Rivera, todo eso ha contribuído eficazmente a identificar con absoluta precisión los lienzos del Greco. Todos ellos, con excepción de la Sacra Conversazione, están catalogados y estudiados en los museos y en las colecciones de Europa, del Canadá y de los Estados Unidos.

La figura del Greco ha sido rehabilitada. Los pintores modernos Fortuny y

Millet y Zuloaga, también contribuyeron con sus luces para encender la llama de esa admiración que el mundo siente por los cuadros del excelso artista de Creta, que pintó esos lienzos soberanos, como el del Inquisidor General Don Fernando Niño de Guevara, el del Caballero de la Mano al Pecho, el del Entierro del Conde de Orgaz y el de San Jerónimo, en el mismo tiempo venturoso en que Cervantes escribía el "Quijote".

LOS CUADROS DE VELAZQUEZ.

Cuando Diego Velázquez era un simple aprendiz en el taller de Herrera el Viejo, la capital andaluza estaba preocupada por una honda crisis de arte. Las tendencias a lo antiguo y a lo moderno dividían la opinión de gentes y artistas que llegaban a Sevilla de todas partes, y los pintores flamencos y los pintores italianos marcaban con sus inclinaciones los linderos de las dos escuelas. ¿Cuál escuela elegiría Velázquez, de temperamento analítico, que se alejaba de todo lo efectista y rimbombante? No podía permanecer al lado de Herrera el Viejo, que representaba las ruinas del antiguo idealismo, y el joven aprendiz realiza en esos momentos el acto más trascendental de

su vida; pasa al taller de Pacheco, que fué un verdadero maestro y su nombre lo ha recogido la historia por la grandeza de sus discípulos.

Comienza entonces Velázquez a pintar sus famosos BODEGONES, en los cuales el pincel del artista va trazando frutas, paños, platos, cubiertos, caras, maderas y otros objetos que se resisten a ser pintados. Estos lienzos, como lo afirma Moreno Villa, sólo tienen un interés especial para todo aquel que quiera seguir los pasos del gran pintor español. En esos bodegones, "La Vieja Friendo Huevos", en el "Aguador de Sevilla" y en el "Cristo en Casa de Marta", se ve que el artista busca pretextos para pintar paños, cacharros, mesas, cuchillos, y figuras humanas y no desperdicia nada del lienzo en sus trabajos de aprendizaje, en los cuales llama la atención el más correcto dibujo y el amor a la veracidad. Pero el joven discípulo de Pacheco anhela otro ambiente; otro campo de acción más amplio, y comienza a gestionar su ida a Madrid, y lo consigue el año de 1622, recién subido al trono Felipe IV. Al año siguiente, con

la ayuda eficaz del Conde Duque de Olivares, pinta el retrato de Fonseca, que constituyó un verdadero éxito, que le abre las puertas del Palacio Real, y poco después retrató al Rey, a caballo.

Aquellos contrastes de luz y sombra, que proceden de Italia, del Caravaggio, y que los daban también Zurbarán y Ribera, se notan igualmente en los primeros retratos que pintó Velázquez del Soberano, así como en los lienzos del Príncipe de Gales y del Infante Don Carlos. Pero entonces no había desaparecido por completo la dureza de su pincel, como se puede ver en los retratos que guarda el Museo del Prado, del Rey Felipe IV, y del estudio previo, que hizo del mismo Monarca. Tan pronto como termina sus cuadros, inicia otro adelanto en su vida artística. Siente la belleza en toda su sencillez. Su pincel es más sobrio, más distinguido, y huye de los efectismos con ahinco y esmero. Pinta entonces sin amaneramientos, sin adornos, el retrato del Infante Don Carlos, que se destaca sobre un fondo liso y gris, apartándose por com-

pleto de las tendencias señaladas por Moro y Ticiano, en los retratos de la Corte.

Este retrato, y los que hizo del Conde Duque de Olivares, despiertan las envidias y las suspicacias. Comienzan las murmuraciones y los dardos de las críticas más acerbas se agitan sobre la frente del pintor sevillano. Refieren los historiadores que esos cuadros encendieron la llama de la envidia en los pechos de los pintores cortesanos Bartolomé González, Carducho, Caxes y Nardi, los cuales concretaron su encono y su ira en esta frase: "Toda la habilidad de Velázquez se reduce a saber pintar una cabeza". Esa frase llegó a conocimiento de Felipe IV, quien se la comunicó a Diego Velázquez. El pintor sevillano contestó con toda sencillez: "Señor, mucho me favorecen, porque yo no se que halla quien la sepa pintar". Para confundir a sus adversarios sale victorioso en un concurso abierto por el Rey, y pinta el cuadro basado en un tema histórico "La Expulsión de los Moriscos", cuadro que se quemó en el incendio del Alcázar.

Se puede contemplar en el Museo del

Prado el retrato que pintó Velázquez de Juana Pacheco, su mujer. En ese lienzo ya se podía ver el carácter, el temperamento, el gusto, la personalidad propia del maestro. En el retrato, que se supone sea el de Juana Pacheco, se puede ver el proceso pictórico del artista. Además, ese cuadro corresponde a la época en que llegó a Madrid Rubens, con su doble carácter de pintor y diplomático, que dejó hondas huellas en el espíritu de Velázquez. Después pinta "Los Borrachos", muy distinto a los anteriores donde se contemplan las figuras desnudas e inspiradas en la mitología que acusan, en opinión de Beruete, cierta dureza y la falta de transparencia en las sombras. Ese trabajo le dió, empero, popularidad; y se le premió con un viaje a Italia. La primera ciudad italiana que visitó, fué Venecia. Allí lo aposentó el Duque de Benavente. El cetro de la pintura, destronado el Ticiano, lo tenía el Tintoreto, calificado por Vesari COMO EL MAS TERRIBLE CEREBRO QUE HA HABIDO JAMAS EN LA PINTURA. El mismo Tintoreto mandó fijar un cartel en la

puerta de su casa, donde se leía esta peregrina inscripción: "El dibujo de Miguel Angel y el Colorido del Ticiano". El pintor italiano que empezó a emplear la gama fría de los colores tuvo un gran influjo en el ánimo de Velázquez, quien, comisionado por el Rey para que comprara cuadros destinados a "El Escorial" prefirió los lienzos del Tintoreto a los del Ticiano y a los de Rafael. Afirma Moreno Villa, que si el Tintoreto tuvo grandísima influencia en la paleta de Velázquez, el Greco es el primero en adoptar lo que inicia en Venecia el célebre pintor de la hermandad de San Rocco.

El influjo italiano sobre Velázquez, en la composición, es evidente, como se puede ver en los cuadros que pintó en Roma: "La Fragua de Vulcano" y "La Túnica de José", y allí también concluyó sus dos cuadros de paisajes arquitectónicos que guarda el Museo del Prado y que representan "Los Jardines de la Villa Médicis". En el Capitolio de Roma pueden contemplarse su autoretrato y el de la Infanta doña María, Reina de Hungría, pintado en Nápoles por órdenes de Felipe

IV. En la ciudad napolitana, conoció a otro pintor notable: el célebre valenciano Ribera. En Roma había conocido antes al excelso Bernini.

Al regresar a Madrid, Diego Velázquez hace gala de una mayor capacidad técnica como se puede ver en el retrato de Don Diego Corral, en el Cristo a la Columna y en el Cristo de San Plácido. Jamás da una nota de mal gusto, ni aun pintando figuras poco simpáticas como los bufones Pablillos de Valladolid, El Calabacillas u otros tipos como El Primo, don Sebastián de Mora, don Juan de Austria, don Juan, El Inglés, y El Niño de Vallecas. Más tarde se ven los resultados de su viaje a Italia en los retratos de los filósofos Esopo y Menipo y del Duque de Benavente y del Príncipe Baltasar Carlos, llenos de vida y de color. El colorido y la fuerza de la coraza que ostenta el Duque de Benavente, nos recuerda el magnífico cuadro del Enterramiento del Conde de Orgaz, que está en la Iglesia de Santo Tomé, de la Ciudad de Toledo.

Antes de su segundo viaje a Italia, Die-

go Velázquez todavía pinta otros cuadros: el lienzo histórico de "La Rendición de Breda", el retrato del escultor sevillano Martínez Montañes y su autoretrato que se conserva en el Museo de Valencia. El pincel de Velázquez va del naturalismo al ilusionismo. En Roma pinta un cuadro maravilloso, el retrato del Papa Inocencio X, que, en opinión de Reynolds, el notable pintor inglés, es el lienzo más hermoso que había visto en Roma. Al regresar de nuevo a Madrid, pintó para la torre de la Parada, cinco asuntos mitológicos, vulgarizándolos como Jordaens en su cuadro el Sátiro y los Campesinos, que se contempla en el Museo de Bruselas. En el Mercurio de Argos empleó la misma tonalidad rosa y gris con que está pintada la Venus del Espejo. La Venus es la misma figura de la Virgen en el cuadro de la Coronación, pintado para el oratorio de la Reina doña Mariana, y de la misma época, es el San Antonio y San Pablo, cuadro que tiene grandes analogías con las del mismo asunto desarrollado por el Pinturichio en las Salas Borgias del Vaticano.

En Las Hilanderas y Las Meninas, famosos cuadros de costumbres o de interior, el pintor ha dejado el taller y se ha puesto a contemplarlo como ambiente o como escena: y en los celebrados cuadros de la Dama del Abanico y el retrato de la Infanta doña María Teresa luce todo el dominio de su pincel asombroso, inconfundible como el de Leonardo y como el de Fra Angélico. Cuando Lucas Giordano contempló el cuadro de Las Meninas, exclamó: "¡Es la teología de la pintura!" Renoir decía que era muy difícil copiar un cuadro de Diego Velázquez, pero más difícil es hablar de su obra. Toda la obra de Velázquez es conocida, pero no se puede hablar de ella. Están identificados y catalogados perfecta y minuciosamente todos los lienzos que pintó, y todo mundo sabe los museos y las colecciones de Europa donde se pueden contemplar los cuadros del gran pintor español.

Cuando Cimabué pintó su famosa madona, el pueblo de la inmortal y divina Florencia la llevó en triunfo desde el taller del artista al poético altar de Santa

María Novella. No es España, es la humanidad la que ha colocado en los altares de la gloria los cuadros maravillosos de Diego Velázquez.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA.

Con frecuencia oímos decir que está en decadencia España. Ni la admiración que le profesamos a la Nación Española, ni el amor que le tenemos a nuestra raza, nos impiden ver la realidad austera, lejos de la luz engañosa de la ilusión y la esperanza. Y la verdad es que vemos hoy más vigoroso y más fuerte que nunca al pueblo español, a pesar de sus gobiernos, a pesar de sus luchas continuas, a pesar de sus locas aventuras.

El deber de todo hombre de Estado, de todo gobernante, es realizar con esfuerzo y con trabajo, el progreso de su pueblo. Cada país anhela crecer en significación internacional, en riqueza, en cultura, en poderío, en población. El pue-

blo que no tiene esos ideales, está irremisiblemente perdido: el gobernante que no lucha por implantarlos merece la condenación eterna de su pueblo y de la historia.

El gobernante debe realizar toda clase de esfuerzos para engrandecer a su pueblo, no sólo por una íntima satisfacción, sino también por un patriótico orgullo. Cuando una nación progresa a pesar de sus gobiernos, allí hay vigor, allí hay pujanza, allí hay grandeza. Cuando un pueblo se defiende, como España se defendió de la invasión napoleónica, no obstante de que el gobierno de Fernando VII abandonó a su patria en momentos de angustioso dolor y de peligro, en ese pueblo hay heroísmo, hay valor, hay denuedo; y esas naciones que se yerguen en medio de su postración, que se levantan en medio de su dolor, nunca están en decadencia, y no desaparecen jamás.

Así como los habitantes de España contribuyen a su progreso, a su prosperidad, a su bienestar, las colonias españolas de América deben contribuir también a la grandeza y al esplendor de su Patria. Por

espacio de varios siglos han emigrado constantemente de España sus hijos, muchas veces los más vigorosos, los más fuertes, los más emprendedores, para venir a poblar el Continente americano.

Todos los españoles que habitan los países iberos de este Continente, no sólo deben buscar su bienestar personal, deben contribuir también a la unión, a la prosperidad de la colonia, al progreso del lugar donde viven y pagar con usura a su patria el esfuerzo que desarrollan en otras tierras lejanas. En México, es cierto, ha habido infinidad de españoles caritativos y altruistas, que han dejado por todas partes las huellas de sus nobles ideas y de sus sentimientos generosos. Somos los primeros en reconocerlo y proclamarlo. Pero aún se puede hacer más. Hay tantos proyectos y empresas que realizar y todos redundarían en beneficio de nuestros pueblos y de España.

Así contribuirán los españoles al espléndido resurgimiento de su patria. Hay en España un despertar magnífico en las artes, en la literatura, en las ciencias, en la industria. El primer teatro del mundo

es el teatro español. Los pintores más grandes de la actualidad son españoles: Zuloaga, Sorolla, Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, Bilbao y Moreno Carbonero. Hombres de ciencia como Cajal, Marañón, Lafora, Cabrera, honran y prestigian a España. En todas partes de la nación española nótase hoy esa misteriosa efervescencia que sigue siempre a las grandes conmociones de los pueblos. Un coro magnífico de poetas y escritores, donde resaltan las voces armoniosas de Juan Ramón Jiménez, de Marquina, de los Machado, de Azorín, de Baroja, de Valle Inclán, de Ramón Pérez de Ayala, llena de canto a la humanidad. El pueblo español que ha llevado a cabo las empresas más gigantescas en la historia del mundo, no se ha cansado aún de luchar, y da muestras todavía de su vigor, de su pujanza, de su grandeza. Así con esa grandeza, así con esa pujanza, así con ese vigor queremos contemplar siempre a España, la dominadora del luminoso y azul Mediterráneo, la que cubrió con su espléndido manto a un nuevo mundo, la que enviaba sus esforzadas y heroicas legio-

nes al Asia, la que vió caer a sus pies ciudades africanas, la que evitó que la opulenta Génova y la oriental Venecia, cayeran bajo la trágica cimitarra turca.

Inmortales son las aventuras y las hazañas del pueblo español. Inmortal es también por sus dramaturgos, por sus poetas, por sus literatos, por sus pensadores, por sus artistas, por sus filósofos. Contribuyó al esplendor de Roma con emperadores como Trajano, con filósofos como Séneca, con poetas como Lucano. Orientada hoy España por las ideas fascinantes y luminosas de Ortega Gasset, de Azorín, de Menéndez Pidal, se levanta magnífica y soberana, a desarrollar sus posibilidades, a acentuar los rasgos de su carácter, a esculpir con su perseverante labor el sello de la fisonomía peculiar de nuestra raza, y a imprimir una propia originalidad a su arte, a su literatura, a su ciencia.

Todos los descendientes de esta raza fuerte y vigorosa, no pueden permanecer impasibles ante esta labor intensa y fecunda, que llena de bríos al espíritu y de esperanzas al corazón. Deben todos los españoles contribuir a esta obra gigantes-

ca con el contingente de sus esfuerzos, y no tardaremos en contemplar a la nación española, que derramó en todo el mundo los tesoros de su civilización y su grandeza, respetada y admirada, hasta por aquellos mismos que pregonan su decadencia y su ruina. Un pueblo lleno de virtudes, lleno de alegría, lleno de vigor, siempre está dispuesto a la lucha. ¡Cuándo España ha permanecido quieta y tranquila! Tan pronto como ha realizado una empresa, piensa de nuevo en otra aventura.

Refiere Francos Rodríguez en "Huellas Españolas", que las Hermanas de la Caridad de San Juan de Puerto Rico, ni una hora dejan de pensar en España, y recordando a su patria lejana, estas santas mujeres tienen sus ojos constantemente fijos en las aguas rumorosas del Atlántico, y hacen de la azotea del Convento en que moran, mística atalaya, desde la cual acechan, inquietas y sigilosas, el paso de los barcos. Cuando llega un buque español, se reunen las hermanas en comunidad, sacan una hispánica bandera que guardan amorosamente como

si fuese católica reliquia, y la flamean gritando: ¡Viva España!

Este saludo es tan fijo, que cuando los navegantes españoles entran en la hermosa y diáfana bahía de San Juan, dirigen sus férvidas miradas al Convento, esperando el brillo deslumbrador de la enseña inmortal, como se escudriña el horizonte buscando la luz de los faros que alumbran los caminos turbulentos del mar. Las quince santas mujeres no se rinden, no se desalientan, no se descorazonan nunca; llevan más de veinte años pregonando su amor inextinguible al querido suelo donde nacieron, tienen su albergue junto al palacio del gobernador yanqui de la poética isla, y sin hacer caso del detalle, en cuanto llega la anhelada ocasión, izan su bandera sacrosanta y vitorean a España. Así ofrecen esas benditas mujeres al pueblo español, el testimonio vehemente de su ardoroso entusiasmo.

Ese mismo inagotable entusiasmo pedimos a todos los españoles para demostrar la grandeza y prosperidad de España. Hoy es un pueblo de los más vigoro-

sos del mundo, lleno de tradiciones gloriosas, de recuerdos imperecederos, con nuevos proyectos de engrandecimiento y de progreso para acrecentar su vida y su gloria y llevar a cima la portentosa obra de su civilización que ha dejado huellas inmortales en todas las regiones del mundo.

España, tan grande y generosa, no ha perdido su pujanza y realiza, majestuosa y espléndida, el noble ministerio a que está consagrada; y así salvará sus tradiciones y sus glorias demostrando ante los ojos atónitos del mundo, que cumple sus inmortales destinos.

LA AMENAZA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

El periódico "Le Temps", de París, frecuentemente se ocupa de las relaciones internacionales de los Estados Unidos del Norte con los pueblos hispanoamericanos. Un artículo publicado recientemente en las columnas de ese periódico y firmado por el escritor Louis Guilaine, comentando las conferencias del señor Juan B. Whitton, ciudadano de los Estados Unidos, profesor de la Academia de Derecho Internacional de La Haya, viene a confirmar una vez más las fatídicas amenazas que se ciernen sobre México y sobre todos los países de Centroamérica. El señor Whitton trató el estado actual de las relaciones entre las Américas, en las conferencias que sustentó en

el Instituto de Altos Estudios. Esas conferencias versaron sobre la Doctrina Monroe, sobre el panamericanismo, sobre el imperialismo americano y la América Latina.

El notable jurista norteamericano demostró en su primera conferencia como la Doctrina original sustentada por el Presidente Monroe, y su declaración de 1823, se ha transformado de puramente defensiva contra Europa, en un principio político personal de la gran República de los Estados Unidos, por medio del cual el poderoso pueblo norteamericano se arrogó un papel de árbitro, el derecho de vigilancia y de tutela sobre todas las repúblicas de este Continente. Con fundamento en este principio político que falsea la primitiva Doctrina Monroe, ha sido, en concepto de John B. Whitton, como la República Mexicana ha sido mutilada, como Cuba independiente ha sido encadenada por la enmienda Platt, como Panamá fué arrebatada a Colombia y como las República de Haití y de Santo Domingo, han sido ocupadas militarmente, así como Nicaragua ha sido invadida en

estos momentos por las fuerzas norteamericanas.

La doctrina Monroe, ampliada después por las doctrinas de Polk y de Roosevelt, ha protegido a las Repúblicas de la América Española contra las empresas coloniales de Europa, pero no contra las ambiciones expansionistas de la República Norteamericana.

Con esa fina ironía de los escritores franceses, Louis Guilaine afirma que el pastor se ha convertido en lobo, y que la protección se vuelve protectorado. El escritor francés asegura que el panamerinismo es una absorción, y para terminar su interesante artículo pregunta hasta qué punto la América Española podrá tolerarla. Como se trata de una cuestión vital para la paz de todo el Continente Americano, todos los países deben consagrarle la atención a este problema que preocupa a los internacionalistas de todo el mundo. La Doctrina Monroe no es una doctrina de expansión, sino solamente de legítima defensa en contra de los pueblos europeos: no autoriza ninguna agresión, ni atropello, y la política imperia-

lista nada tiene de común con ella. Pero la República de los Estados Unidos del Norte justifica sus trabajos de policía y de ocupación en las Islas de las Antillas y en la América Central por la necesidad que tiene de prevenir una intervención de los países europeos, y defiende de esa manera a la Doctrina Monroe, para que no sufra menoscabo alguno ni vaya tampoco a ser vulnerada por alguna potencia europea. Pero Louis Guilaine pregunta también lleno de asombro, si la protección a esa doctrina es una razón suficiente para aplicar y ejercitar la tutela que los Estados Unidos se han arrogado sobre algunos pueblos hispanoamericanos y de la supresión de hecho de su soberanía y de su independencia. No hay ningún principio en el derecho internacional que autorice la acción ejercida por los Estados Unidos en la América Española; y el hecho de defender intereses materiales de ciudadanos norteamericanos, no justifican jamás los atentados y los atropellos cometidos en varios pueblos de habla española.

El presidente Wilson al dirigirse en

cierta ocasión a un grupo de periodistas mexicanos, expresó en un lenguaje sincero y familiar, lo siguiente: "Nosotros hemos querido ser vuestro hermano mayor, sin el consentimiento indispensable para ello. No estáis protegidos ni garantizados contra nosotros. Pues bien, hagamos un pacto, firmemos una formal declaración y por medio de ella nos obligaremos nosotros, incluyendo a los Estados Unidos, que, cuando algún país cometa una agresión contra algunos de los pueblos de este Continente, todos los otros deberán permanecer unidos frente al agresor."

Todos los secretarios de Estado norteamericano, Hughes, Elihu Root, el mismo presidente Roosevelt, siempre han hecho declaraciones recalcando el desinterés y la sinceridad con que proceden siempre los Estados Unidos con relación a los demás países hispanoamericanos; pero esas declaraciones han sido desmentidas siempre por los hechos y sus acciones, y como lo hace notar Mr. Whitton, las tendencias y los intereses que empujan el desenvolvimiento y el progreso de

las naciones, son más fuertes que las tendencias y las declaraciones de los hombres de Estado. El periodista francés Louis Guilaine afirma categóricamente que de las veinte repúblicas de la América Española, seis de ellas están libres de la ingerencia norteamericana; y en once de estos pueblos, la política financiera es un hecho bajo la dirección oficial de los Estados Unidos; en tres de esos pueblos el control financiero está apoyado por la fuerza militar.

En el artículo de Louis Guilaine, que comentamos hoy, recuerda las declaraciones de Mr. Root, antiguo secretario de Estado, por medio de las cuales llega a asegurar el notable político norteamericano, lo siguiente: "Es cuestión de tiempo para que México, la América Central y las Islas que nos faltan aún en el mar de las Antillas, estén bajo nuestro dominio. Varios pueblos de la América Central no pueden prosperar más que bajo nuestro protectorado."

Con una profunda amargura Louis Guilaine asegura que los Estados Unidos, en verdad, han hecho que se desarrolle un

grandísimo progreso material en la situación de las Repúblicas ya controladas bajo su dominio, ¿pero los beneficios que se les han procurado deben ser pagados sacrificando la independencia y la soberanía de esos pueblos?

Ahora bien, el Presidente Coolidge en su último discurso se arrogó también el derecho de vigilancia en los países comprendidos desde el Río Bravo hasta el Canal de Panamá; y ya sabemos lo que significa el derecho de vigilancia sobre estos países, pues no se limitan jamás los Estados Unidos a velar porque se apliquen los principios fundamentales del Derecho Público externo, sino que esa poderosa nación, aún violando esos mismos principios, toma una ingerencia decisiva y violatoria en los problemas internos de nuestros pueblos, y a medida que se pretende ser más complaciente en las relaciones amistosas con el gobierno norteamericano, en lugar de comprender o interpretar debidamente esa actitud, el Departamento de Estado la toma como signo de humillación y de debilidad, y pide más concesiones aún con menoscabo de

la independencia y la soberanía de los pueblos situados al Sur del Río Bravo.

Pero mientras los Estados Unidos se fortalecen cada día más de una manera asombrosa, nosotros nos estamos debilitando y destrozando, no obstante el inmenso peligro que se cierne sobres nuestros pueblos débiles y exangües, y no tenemos más preocupación que las luchas internas de México, que gastan todas nuestras energías y todos nuestros esfuerzos, cuando la idea fundamental es el estar unidos, para ser fuertes, frente a las acechanzas y las maquinaciones del pueblo más poderoso que ha existido en toda la Humanidad.

LA ACTUACION DE LANE WILSON.

La noche del 18 de febrero de 1913, fué de una ardua labor para el Embajador de los Estados Unidos. El general Huerta le había comunicado a Lane Wilson por medio de una nota, que tenía presos al Presidente de la República y a los miembros de su Gabinete, y le suplicaba que informara al Cuerpo Diplomático acreditado en México y a los rebeldes de la Ciudadela, ese acontecimiento. Al recibir el Embajador de los Estados Unidos la nota del general Huerta, exclamó lleno de júbilo: "Desde antes que el general Huerta me lo pidiera ya había yo comunicado esa noticia a los rebeldes de la Ciudadela." El Embajador Lane Wilson estaba más comunicativo que nunca

y las confidencias brotaban de sus labios a cada momento. Lo de la prisión del Presidente Madero —decía— ya lo sabía yo desde hace tres días y desde hoy en la mañana ese suceso debería de haberse registrado.

El Embajador de los Estados Unidos como él mismo lo había asegurado, comunicó a los rebeldes de la Ciudadela la prisión del Presidente Madero y de su Gabinete, horas antes de que así se lo pidiera el general Huerta. Solamente faltaba convocar a los representantes de las naciones amigas para comunicarles oficialmente ese acontecimiento. A las diez de la noche comenzaron a llegar los diplomáticos al edificio de la Embajada. Allí estaban ya algunos senadores y varios políticos mexicanos que iban en busca de noticias. Momentos antes de que principiara la junta para la cual habían sido convocados los diplomáticos, Lane Wilson leyó con enfática entonación los nombres de los políticos que integrarían el Gabinete del general Huerta. Todavía no había sido nombrado Presidente provisional de la República este militar

y ya el tremendo Embajador de los Estados Unidos sabía quienes formarían el Gabinete del general Huerta. No se equivocó en un solo nombre. Estaba radiante de júbilo. Desde entonces aseguró Lane Wilson lo que ahora afirma en su libro que acaba de publicar: Que ningún gabinete mexicano ha comprendido hombres de habilidad tan excepcional y de tan notable carrera como el gabinete surgido del famoso "Pacto de la Embajada"; y sin que discutamos nosotros los méritos personales del licenciado Vera Estañol, que es, indudablemente, uno de los abogados más ilustres de México, si podemos asegurar que el intrigantísimo diplomático norteamericano ignora que Juárez gobernó la República con Ministros como don Ignacio Mejía, como don Sebatián y don Miguel Lerdo de Tejada, como don José María Iglesias, como Lafragua, como don Manuel Doblado, como Zaragoza, que abandonó el Ministerio de la Guerra para ir a exponer su vida y su prestigio militar frente a los muros de la Plaza de Puebla, sobre la cual avanzaban los invasores franceses. Y a pro-

pósito no cito el nombre de don Juan Antonio de la Fuente, que fué también Ministro de Juárez, y representante diplomático de su gobierno en Francia, para que algunos de sus sucesores que no han podido seguir el ejemplo brillantísimo de este inmaculado patriota, se vayan a dar por aludidos. Seguramente ignora el Embajador de los Estados Unidos que el general Díaz entró a gobernar la República con Ministros como Vallarta, Ogazón, don Justo Benítez, don Protasio Tagle, Riva Palacio e Ignacio Ramírez; y en las postrimerías de su prolongada administración, tenía Ministros como Limantour, como don Justo Sierra y don Olegario Molina. El venal Embajador no cabía de gozo. Aseguraba constantemente que con el nuevo orden de cosas vendría la paz a México y se establecería el reinado de la libertad y la justicia.

Entonces el señor Márquez Sterling preguntó al Embajador de los Estados Unidos qué suerte correría el Presidente Madero. ¡Oh! al señor Madero —respondió Lane Wilson— le llevarán a un manicomio, que es donde siempre debe-

rían tenerle. Es un loco, un vesánico. En ese momento se abrió la puerta de un salón y los ojos de los diplomáticos descubrieron en el fondo las figuras de Félix Díaz, de Rodolfo Reyes y del General Huerta. El Cuerpo Diplomático, los militares y los políticos mexicanos que allí se habían reunido, se formaron en torno de la mesa del centro de la sala donde el Embajador de los Estados Unidos celebraba sus reuniones y consejos, y el licenciado Rodolfo Reyes comenzó a leer el acta, conocida generalmente con el nombre de "El Pacto de la Ciudadela". Al llegar al artículo en que están especificados todos los nombres del nuevo Gabinete del general Huerta, bajó los párpados el licenciado Reyes, sacudió la cabeza como si una grave preocupación lo agobiara y dijo misteriosamente: "Reservado" y lo pasó por alto, pero todos los representantes de las naciones amigas, se dirigieron unas miradas de comprensión y de entendimiento. Ya todos ellos sabían los nombres de los políticos que formarían el Gabinete presidencial. Al terminar la lectura de esa acta,

se abrazaron efusivamente Félix Díaz y el general Huerta. Este militar se presentó a esa reunión con su traje de campaña, arrastrando la espada por las alfombras de los suntuosos salones de la Embajada. Sobre los anteojos azules despedían sus miradas llamas de fuego, como si quisieran devorar al que había sido su contrincante momentos antes, y desde ese instante su amigo y aliado. Después de ese abrazo principió el desfile de los militares, de los políticos, de los diplomáticos. Cerca de la media noche terminó la reunión. Al despedirse el señor Márquez Sterling del Embajador de los Estados Unidos, todavía abogó para que intercediera por la vida del Presidente Madero. El diplomático cubano, en la puerta de la Embajada de los Estados Unidos, tuvo oportunidad de saludar a otro político mexicano que llegaba en esos momentos en busca de una cartera, inquieto, jadeante, nervioso, y habiendo preguntado qué pasaba, el Ministro de Cuba le contestó con esta frase candente: "¡Ya se comieron su guisado!"

Allí en la Embajada de los Estados Unidos se repartieron el poder. Allí mismo se celebró un pacto infamante que el pueblo rompió después en mil pedazos. Esa noche, que es una de las más sombrías y vergonzosas de nuestra historia, el noble Presidente Madero dormía en la prisión al lado del licenciado Pino Suárez y del general Angeles. Dormía ignorante de la suerte que corría su hermano Gustavo en esos mismos momentos en que caía asesinado en el jardín de la Ciudadela, al pie de la estatua de Morelos.

Cada vez que recordamos esos tristes y dolorosos acontecimientos, se levanta ante nuestros ojos la noble y generosa figura del Ministro de Cuba, don Manuel Márquez Sterling, que de una manera tan vigorosa y desinteresada, supo defender los intereses de México, y elevándose sobre las pasiones, las miserias y las conveniencias, prestó su valioso contingente para oponerse juntamente con Hévia y Riquelme, Ministro de Chile, a las viles maquinaciones del Embajador Lane Wilson, responsable directo de los trá-

gicos acontecimientos de febrero de 1913, que desataron sobre la República la revolución más larga y sangrienta de nuestra historia.

Pertenece Márquez Sterling a esa ilustre prosapia de diplomáticos que consagran siempre sus esfuerzos a defender una causa honrada y justa, sin esperar la merecida recompensa a los sacrificios y a la abnegación puestos al servicio de todo ideal noble y levantado. Hombre íntegro y patriota, escritor culto y distinguido, diplomático eminente que supo captarse la admiración y la simpatía de todos los mexicanos, por su labor humanitaria desarrollada en aquellos días terribles para la Nación Mexicana.

El ilustre escritor cubano tiene la gloria de haber luchado siempre, con su palabra y con su pluma, por la libertad y la justicia. No ostenta sobre su pecho los distintivos de cruces y condecoraciones, que, al fin y al cabo, son cosas efímeras y vanas, pero resplandecen sobre su cabeza las virtudes, la abnegación y las ideas con que ha defendido en todas partes la causa del derecho, sin importar-

le las consecuencias, pues le basta la propia satisfacción del deber cumplido, como única recompensa a sus esfuerzos y a sus sacrificios.

Le debemos los mexicanos gratitud y consideraciones a Márquez Sterling. En cuba, por la noble labor que desarrolló en México ese insigne diplomático, camina siempre entre el respeto y la admiración de sus conciudadanos.

LA CONFERENCIA DE LA HABANA.

Una brillantísima oportunidad se le ha presentado a México para exponer ante el mundo su situación internacional con los Estados Unidos de América. En las conferencias que actualmente se celebran en la Habana, los Delegados mexicanos sabrán aprovechar la circunstancia de que todos los pueblos de la tierra están pendientes de las sesiones de este Congreso para hablar de la causa de nuestra Patria. La ocasión es magnífica y el tema de importancia singular: Defender los principios y los derechos de todos los pueblos oprimidos y desgarrados de la América española. Al defender esos pueblos nos defendemos nosotros mismos de las agresiones del poderoso pueblo nor-

teamericano que está soñando en extender sus dominios directos hasta el Canal de Panamá y su preponderancia hasta el Estrecho de Magallanes.

Una política de agresión en contra de los Estados Unidos, de parte de México, es indebida, y más que indebida insensata; pero nuestro país debe defenderse ante las injusticias del poderoso pueblo norteamericano. Ante la debilidad de México, en comparación del inmenso poderío de los Estados Unidos de América, la diplomacia es la única fuerza que puede salvarnos de las agresiones y de las exigencias cada vez más indebidas del Gobierno de Washington.

Debido a la habilidad, a la inteligencia y al tacto diplomático de don Manuel Doblado, México pudo romper con los tratados de La Soledad, la fortísima alianza de tres naciones poderosas de Europa. Los tratados de La Soledad implican un acto de grandísima trascendencia para la Nación Mexicana. Se logró convencer a los gobiernos de dos naciones europeas, de la injusticia que iban a cometer contra un pueblo debilitado por el largo pe-

ríodo de una guerra civil. El pueblo mexicano comprendió la inmensa trascendencia del triunfo diplomático de don Manuel Doblado, con los famosos tratados de La Soledad, que pueden ser citados como modelo de patriotismo y de habilidad, y el día que murió ese hombre ilustre en la ciudad de Guanajuato, la República entera le tributó una apoteosis estruendosa y unánime porque supo defendernos en días de peligro y de prueba.

No podemos esperar nada bueno de nuestros vecinos del Norte, pero sí todo lo malo. No hay que volver los ojos hacia el pueblo norteamericano para esperar nuestra salvación. El contribuye a nuestro debilitamiento, a que nos sigamos desgarrando, a que continuemos extinguiendo nuestras exiguas riquezas. Nuestra redención debemos buscarla en nuestros propios esfuerzos, con nuestro trabajo, con nuestras energías, con nuestra perseverancia. Pero no podemos esperar que la nación norteamericana vaya a traer la paz y la prosperidad a México, cuando es ella la más interesada en buscarnos toda clase de dificultades para po-

der saciar sus inmoderadas ambiciones de expansión territorial.

El sermón puritano del Presidente Coolidge, pronunciado en la conferencia de la Habana, convence hasta la evidencia de la incompatibilidad que existe entre los juramentos de respeto a la soberanía de las naciones hispanoamericanas y el hecho doloroso y efectivo de que por diferentes razones, todas ellas injustas, continúe un estado de cosas indebido y reprobado por el derecho público externo, por la civilización y por la humanidad, en Cuba, en Santo Domingo, en Haití, en Puerto Rico, en Nicaragua, en Panamá. De nada sirven, de nada servirán los juramentos de respeto a la independencia y a la libertad de esos pueblos atropellados y desgarrados por la Nación más poderosa de la tierra, mientras permanezcan las fuerzas norteamericanas en el territorio de algunos países de la América española, dignos de la admiración de todos por su heroicidad y patriotismo.

El mundo todo sabe, que cuando los Estados Unidos de América hablan del respeto debido a los principios consagra-

dos por el Derecho Internacional Público, cuando hablan de la civilización y de la humanidad, es porque están preparando un atropello brutal contra algún pueblo indefenso de este Continente. Entonces nada les importa la humanidad, ni la civilización, ni los principios más elementales de la justicia. El atentado monstruoso que los Estados Unidos consumaron en Colombia, no tiene nombre. Para arrebatarle a esa desgarrada República el territorio de Panamá, urdieron la intriga más infame. La Nación Colombiana, estaba firmemente garantizada por un tratado público, sancionado por el Senado norteamericano y sancionado también por el Cogreso de Colombia. El gobierno de Washington pasó sobre ese tratado para atropellar a una nación amiga, a la cual se le hacían públicamente los juramentos de respeto a su independencia y a su soberanía, y ocultamente se preparaba la rebeldía de unos cuantos hombres en el territorio panameño azuzados por los traficantes norteamericanos.

Como si el caso doloroso y sangriento de Colombia no fuese suficiente para lle-

varnos al convencimiento de lo que significan para el mundo las frases de respeto a la soberanía de las naciones hispanoamericanas, allí está la heroica y desgarrada Nicaragua, defendiendo con un puñado de hombres valientes y decididos, su libertad; allí está Puerto Rico, ocupado sin derecho alguno por las fuerzas norteamericanas. ¿Pero a qué seguir? Si el caso de México puede citarse como ejemplo elocuentísimo de la política inconsecuente del gobierno de Washington. El ha sido el causante de todos nuestros males y de todas nuestras desgracias; él es el que está atizando constantemente la hoguera inextinguible de nuestras sangrientas guerras civiles; él es el que no cede un momento en pretender inmiscuirse en nuestros asuntos de política interna. Todavía recordamos la intromisión indebida y reprobada de Lane Wilson, Embajador de los Estados Unidos de América, en los acontecimientos dolorosos de febrero de 1913, que derrocaron la administración popular y honrada del Presidente Madero. El edificio de la Embajada de los Estados Unidos sirvió de

albergue a los que conspiraban ostensiblemente en contra de un régimen reconocido y sancionado por el gobierno de Washington. De esa manera abrieron otra vez el libro sangriento de nuestras revoluciones. De esa manera volvieron a sembrar la discordia y el odio en la familia mexicana. De esa manera trataron de desacreditarnos y exhibirnos ante el mundo entero, como a un país inquieto y turbulento, donde reinan la anarquía y la miseria. Pero ya sabemos los fines que persigue el poderoso pueblo norteamericano. En lugar de señalarle a las naciones débiles y exangües de este Continente, el camino de la salvación y de la prosperidad, los lleva a la miseria y a la ruina. Desde Mr. Poinsset hasta Lane Wilson, sólo han desencadenado sobre México el huracán de la discordia, fomentando nuestros odios y nuestras rebeldías.

12 DE OCTUBRE DE 1492.
12 DE OCTUBRE DE 1928.

El actual renacimiento español culmina con la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Un día exclamó Cajal: hagámos que a España se le ame y se le respete. De esa manera se impedirá que se le desdeñe y se le ultraje, porque nadie ultraja y desdeña lo que ama y respeta. Desde ese instante se produjo un llamamiento a la vida española, y las voces apostólicas de Ganivet, de Unamuno, de Macías Picavea, de Joaquín Costa, de Altamira, resonaron en todos los ámbitos del territorio español, donde hoy se nota un estupendo resurgimiento en la Ciencia, en la Literatura, en el Arte. Los pintores más grandes de la actualidad son españoles: Zuloaga,

Sorolla, Romero de Torres, Bilbao, Nieto. Hombres de ciencia como Cajal, Marañón, Lafora, Cabrera, Fernando de los Ríos, honran y prestigian a España. En todas partes de la Nación Española obsérvase hoy esa misteriosa efervescencia que sigue siempre a las grandes conmociones de los pueblos. Un coro magnífico de poetas y escritores, donde resaltan las voces armoniosas de Juan Ramón Jiménez, de Marquina, de los Machado, de Ortega y Gasset, de Azorín, de Valle Inclán, de Ramón Pérez de Ayala, llena de cantos a la humanidad.

En los tiempos actuales, España no sólo descuella en la Ciencia, en la Literatura, en el Arte, sino también en su comercio, en sus industrias, y para que todas las naciones de la tierra se den cuenta exacta de los adelantos y el progreso que ha alcanzado el pueblo español, se ha convocado a la Exposición Iberoamericana de Sevilla, como un exponente de cultura y de grandeza. Allí se podrá admirar el estupendo resurgimiento de España, que ocupa hoy un lugar prominente entre todos los pueblos del mundo debido al vigor y

al esfuerzo realizado por los españoles para alcanzar el progreso a que han llegado otras naciones como Inglaterra y Francia. La Nación española no ha escatimado ni energías ni sacrificios para no perder la supremacía en los países del Continente Americano.

Así respondió España al grito de angustia lanzado al contemplar el desastre del 98. Así respondieron sus hijos para demostrarle al mundo que no puede haber decadencia en un pueblo fuerte y heroico. Sobre las ruinas dolorosas del desastre del 98, surgió otra vez el alma de esa Nación, más pujante y vigoroso que nunca. Las voces de aquella brillante generación del 98, repercutieron en todos los corazones, sacudidos vigorosamente ante el ejemplo apostólico de Don Francisco Giner, que llamó a la juventud española para que contribuyera con las luces de su espíritu y con el vigor de sus brazos al renacimiento intelectual de España.

Todas las regiones de España han contribuído a la civilización del mundo, y especialmente aquellos pueblos bañados por las ondas luminosas y azules del Medite-

rráneo. En la Capital de Andalucía, fundadora de una escuela filosófica y de una escuela de pintura, que han llevado el arte y el pensamiento a todas las naciones de la tierra, allí mismo va a celebrarse la Exposición Iberoamericana, como un homenaje fervoroso de merecida admiración a la riente y bella provincia andaluza, que, con la llama esplendorosa de su genio inmortal, iluminó al célebre piloto genovés y a los Pinzones para que prepararan la mitológica expedición que llevaría a desconocidas playas a todos aquellos denodados tripulantes de las tres naves que iban a descubrir como Dios un Mundo, presentido y adivinado por el nauta genovés y por aquellos osados andaluces que abandonaban su hogar para recorrer las rutas océanicas, hasta entonces inexploradas, sin más guías que el atrevimiento y la audacia de esos marinos sobrenaturales, y, más que nada, iluminados por los destellos divinos de la Virgen de la Rábida, que bendijo con celestial dulzura, en la risueña alborada del día 2 de agosto de 1492, a los gloriosos nautas de las tres famosas naves, listas para ha-

cerse al mar ignorado, tan lleno de impenetrables misterios como los designios benditos de Dios.

Para conmemorar el 436º aniversario del grandioso descubrimiento de América, el hecho más trascendental registrado en la historia del mundo, se ha convocado a todos los pueblos de la tierra a la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Con esa espléndida fiesta se celebrará también el resurgimiento intelectual de España, hoy que nadie la desdeña y la ultraja, pues la frase del gran Cajal se ha confirmado, porque nadie ultraja y desdeña lo que ama y respeta.

UNA LEY ABSURDA.

Toda la prensa de la República ha estudiado con la atención que merece, la ley que ha expedido el Congreso veracruzano. Esa ley impone a los comerciantes extranjeros establecidos en el Estado, la obligación de ocupar un ochenta por ciento de mexicanos en el personal que tengan bajo sus órdenes. Ya se ha demostrado hasta la evidencia que esa ley es anticonstitucional, y nosotros añadimos, que además de ser anticonstitucional, es antipatriótica, porque hiere los intereses vitales de México y afecta principalmente a la colonia extranjera más numerosa que radica en nuestro territorio y más identificada está con nuestras costumbres y nuestras aspiraciones. España no tiene ningunas

ambiciones de dominio ni de expansión territorial en nuestra Patria. Sólo desea la prosperidad y la grandeza de esta Nación, donde los españoles que están unidos eternamente con nosotros por los vínculos poderosos de la raza, han encontrado un amplio campo de acción para desarrollar sus energías y sus esfuerzos.

Los españoles que aman tanto a México como a España, aquí han establecido industrias importantes, aquí han intensificado el comercio, aquí invierten el producto honrado de su perseverancia y su trabajo. ¿Por qué ponerle cortapisas al esfuerzo individual, cuando nuestro país tiene la necesidad ineludible y apremiante de fomentar todas las fuentes de producción? La libertad engendra el comercio, el comercio la riqueza, la riqueza las ciencias y las artes. La grandeza de Pisa, la prosperidad de Génova, el esplendor de Venecia, llenaron de asombro al mundo porque el trabajo y el esfuerzo estuvieron amparados por todas las libertades y todos los derechos.

Los Estados Unidos del Norte es el pueblo más poderoso que han contempla-

do los siglos y ha llegado esa Nación a tener una preponderancia grandísimo en el comercio del mundo. Ese pueblo ha protegido el desarrollo de su comercio y de sus industrias. Esa poderosa nación abrió las puertas a todos los emigrantes de la tierra, y cuando la prosperidad y la riqueza se enseñoreaban en todo su inmenso territorio, comenzó a poner cortapisas a los extranjeros cuya permanencia en ese suelo no era en su opinión conveniente, pero nunca a los extranjeros de la misma raza. ¿Por qué nosotros le ponemos cortapisas a los españoles, pues en realidad, con la xenófoba ley veracruzana, ellos son los más afectados en sus intereses cuando tanto contribuyeron con su laboriosidad y con su esfuerzo a la grandeza de la República? La Colonia Española de México, en todas las épocas, ha propagado la instrucción, ha impulsado la agricultura, ha fomentado las industrias, ha erigido colegios, ha construído acueductos, ha trabajado las minas, ha derramado su caridad por todas partes y ha consagrado, en fin, grandes fortunas para fundar instituciones de beneficencia y planteles de en-

señanza que constituyen un legítimo orgullo. Los nombres preclaros de los españoles Francisco Echeveste, de Manuel Aldaco y de Ambrosio Meave, fundadores del Colegio laico de las Vizcaínas, figurarán siempre en las páginas de nuestra historia, y no olvidaremos jamás al español insigne Jaime Nunó, el autor excelso de nuestro patriótico Himno Nacional, que sacude a nuestros corazones y une a nuestros espíritus en un solo pensamiento de sacrificio y de abnegación...

Emigran nuestros obreros a países extraños por falta de trabajo; y en lugar de fomentar el comercio y la industria, inventamos las leyes más absurdas, para ahuyentar el capital y el esfuerzo, de los cuales tanto necesita esta Nación, para que obtengan trabajo los mexicanos. No es restringiendo el trabajo de los extranjeros en nuestro país, como conseguiremos hacerlo próspero y respetable.

La civilización se ha forjado en el seno de la libertad. Donde reina el derecho, donde reina la prosperidad, donde reina la grandeza, el progreso extiende por todas partes sus alas bienhechoras. Aman-

tes de la civilización y de la libertad de nuestra Patria, no podemos decir México para los mexicanos, sino México para la Humanidad. Un país tan necesitado como el nuestro de capital y de inmigración para desarrollar sus inmensas riquezas, solamente dando amplias garantías al esfuerzo individual y colectivo, puede cimentarse la confianza en todas partes, y así podrá emprenderse una obra gigantesca de reconstrucción fomentando el comercio y las industrias.

La Colonia Española de México, tan emprendedora y respetable, tan identificada con los mexicanos, resulta, que por ser la más numerosa, es la más afectada con la ley que acaba de expedir el Congreso de Veracruz, la tierra de las libertades, llena de tradiciones gloriosas, que contempló un día al insigne General Prim, arriar la bandera inmaculada de España ante la razón y la justicia de la noble causa de México. Ahora no defendemos nosotros a los españoles; ahora no defendemos nosotros a los extranjeros. Hoy defendemos a los mexicanos y a nuestro país. Aseguraríamos nosotros que el

Congreso Local de Veracruz expidió esa ley de restricción para los extranjeros, creyendo, indudablemente, beneficiar a todos los mexicanos. Pero nosotros creemos, con el respeto que nos merece la Legislatura Veracruzana, que ha cometido un grandísimo error, porque esa ley perjudica, antes que a los extranjeros, a los trabajadores mexicanos. Así se ahuyenta el capital; y al ahuyentar el capital se ahuyentan las industrias; y al ahuyentar las industrias vienen la muerte y la ruina en toda una región que anhelamos verla siempre próspera y grande.

El florecimiento de la República Argentina se debe principalmente a la inmigración italiana. No podemos imaginarnos a esa Nación, libre y emprendedora, dictando leyes y disposiciones que perjudiquen a su comercio, a sus industrias y a su riqueza, porque ese día veríamos una larga e interminable caravana de obreros abandonar ese territorio en busca de trabajo y de otros horizontes donde desarrollar sus esfuerzos y sus energías.

La ciencia en sus múltiples manifestaciones ha hecho vibrar la cuerda de la

compasión en la lira socialista de Edwin Markham; y la literatura ha hecho repugnante y odioso a ese rico avariente, judaico personaje de las novelas de Oller y de Galdós, que no ha gozado jamás de otra contemplación que de la vista obsesionante del oro, y que tiene su mente cerrada a toda idea noble y su corazón a todo sentimiento grande y generoso. Para los hombres que no tienen en su cerebro más que la idea de sus exigencias materiales, ni otro sentimiento que el hastío enervante del placer, ni otro ideal que la satisfacción brutal de su egoísmo, para ellos que sean todas las limitaciones. Mas para los hombres de empresa, para los hombres de trabajo que desarrollan todas sus energías y todos sus esfuerzos en bien de la colectividad, que disfruten de todas las garantías y de todas las libertades; y entonces contemplaremos a nuestro país, abierto a todas las corrientes luminosas de la civilización.

No podemos permanecer callados ante esa ley anticonstitucional, inconveniente y antipatriótica. Con ella se perjudica a los trabajadores mexicanos, se perjudica

al comercio y a la industria. Se hizo la revolución con la sangre y el heroísmo de nuestro pueblo, para conquistar la libertad y la grandeza de nuestra Patria. Y no hay grandeza ni libertad donde encontramos limitaciones a los esfuerzos que reportan utilidades a todos los mexicanos.

Con la expedición de la ley veracruzana, la Colonia Española es la que más perjuicios resiente. Aquí, los españoles hacen su fortuna, levantan su hogar, forman su familia, y consagran todos sus esfuerzos buscando el bien de la sociedad. ¡Qué difícil es que abandonen a México, pues lo consideran y lo aman como a su Patria! ¡Ese pueblo noble y caballeresco, que ha recibido a José Vasconcelos con espontáneos y ruidosos homenajes de admiración y de simpatía, que son homenajes de simpatía y de admiración para México!

LA JUSTICIA DE DIOS.

El Presidente más culto de los Estados Unidos de América, ha sido, sin duda alguna Woodrow Wilson, y el más discutido y atacado de todos. Desarrolló una actuación notable durante la Revolución mexicana y la Guerra Mundial. Idealista y orador, un día exclamó ante el asombro del mundo en un discurso famoso: "¡Llevo en mis manos la bandera de la libertad para clavarla en la cumbre más alta donde brille la luz de la justicia de Dios!".

Esa noble y espontánea declaración no impidió al demócrata mandatario norteamericano para consumar la injusticia de la ocupación de Veracruz y las invasiones a Chihuahua con aquel llamado "Ejército Punitivo", acentuando de esa mane-

ra la discrepancia ante los juramentos de respeto a la soberanía de México y el hecho doloroso y efectivo que por razones de política interior de los Estados Unidos de América, continuase un estado de cosas a todas luces humillante para nuestra República. A pesar de las declaraciones públicas del Presidente Wilson, en la tribuna, en la cátedra, en la prensa, reiterando sus promesas de amistad y de respeto a México, las fuerzas norteamericanas invadieron arbitrariamente una parte del suelo mexicano, aguijoneadas, sin duda alguna, por el acicate formidable de la excesiva supremacía y del culto ferviente y exclusivo a la riqueza y al ruidoso éxito material, que son tan efímeros como una tormenta.

Nadie espera un acto de honradez y de justicia de los gobiernos de Estados Unidos, pero nadie creyó en que el Presidente Wilson ordenara la ocupación del Puerto de Veracruz, después de haber defendido los principios más altos de la libertad y del derecho que tienen los pueblos débiles. Inmensa fué la sorpresa del señor Carranza al recibir esa noticia comu-

nicada por los corresponsales de los periódicos más importantes de los Estados Unidos. Estaba en Chihuahua el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y ese hombre inconmovible, fué la primera vez que lo ví emocionado profundamente. La ofensa no se le hacía al gobierno de Victoriano Huerta, sino a la Revolución y a toda la República. Se consumó ese atentado incalificable por un fútil pretexto. Aquellos momentos fueron de una angustia terrible y había que protestar, como protestó el señor Carranza, con todo calor y energía; y la nota que se envió a la Casa Blanca fué trasmitida oficialmente a los gobiernos de todos los pueblos de habla española.

Esa página sombría y dolorosa de nuestra Historia, está llena de enseñanzas para todos los mexicanos. No se pueden compaginar las palabras del Presidente Wilson con sus actos realizados en Santo Domingo, en Puerto Rico, en Nicaragua y en México. Atropelló la soberanía de todos esos pueblos débiles. El soñador, el idealista realiza esos atentados sin nombre que lo condenarán eternamente.

¿Qué pueden esperar los pueblos débiles de los gobernantes norteamericanos que han eliminado el sentido de honor de las relaciones internacionales por medio de flagrantes violaciones y de atropellos inauditos que hieren de muerte el derecho público externo?

La tesis que México sostiene hoy con el gobierno de Estados Unidos, es irrefutable. Por eso han desviado la cuestión al asunto de Nicaragua, y procuran, por cuantos medios están a su alcance, en arrojar sobre nuestra Patria todas las odiosidades del mundo, para llamarse después los salvadores de la civilización. Nuestra independencia absoluta de criterio nos veda tener compromisos más que con nuestra conciencia y con nuestra Patria, y hace que veamos con toda claridad que es indispensable mantener la unión de toda la familia mexicana y latentes y encendidos los factores que mueven a los pueblos para que defiendan con más valo y heroísmo su nacionalidad, y sobre todo, cuando se vive cerca de ese país gigantesco y ambicioso, que ha convertido la sociedad de los pueblos en horda, "en

la cual el más fuerte puño atrapa la mejor presa". La República de Colombia estaba ampliamente garantizada por tratados solemnes celebrados y sancionados por los gobiernos de Washington y de Bogotá, por los principios más altos de la moral y del honor, y todo ello, no fué, empero, suficiente para impedir al Presidente Roosevelt a que consumara el bárbaro atropello de despojar a una nación amiga de su territorio, no obstante que los Estados Unidos no solamente estaban obligados a respetar, sino también a defender. Ese atentado brutal de mutilar el suelo de la República de Colombia, ese acto monstruoso y artero, dice el ilustre escritor Carlos Arturo Torres, no suscitó, con una noble y única excepción, un solo acento de simpatía para la víctima, y el victimario, colmado de honores y de aplausos, le fué discernido el premio Nobel por sus fáciles gestiones para conseguir la paz y la conciliación civilizada. Ese cruel sarcasmo es una de tantas aberraciones de la Humanidad, que comprueban los extravíos inquietantes del criterio público que en muchas ocasiones llegan a impresionar

hasta los espíritus más elevados y a los tribunales más altos que deberían permanecer alejados del torbellino de las pasiones humanas para obrar con toda serenidad y justicia.

Pero algún día triunfará el derecho sobre la fuerza, la justicia sobre la iniquidad, la razón cobre la infamia. Se batalla con toda tenacidad para detener la ola crecida del inquietante expansionismo norteamericano. Ese magno movimiento que ha iniciado hace tiempo el ambicioso pueblo yanqui, es una amenaza constante a la integridad de México, a la soberanía de las naciones de origen ibérico, al porvenir de la libertad y a la grandeza de nuestra raza.

Cuando el gobierno de Washington habla de los principios de la civilización y de la humanidad, es precisamente porque va a conculcar esos principios, como el Presidente Wilson hablaba de la luz de la justicia de Dios, creyendo que el Redentor de los esclavos, de los perseguidos, de los humildes, iba a iluminar con deslumbrantes destellos a los fuertes y a los opresores que desgarraban la sobera-

nía de Nicaragua; que asesinaban a los heroicos hijos de Santo Domingo, que defendían valientemente su suelo y su honor; que se apoderaban de Puerto Rico como si viviéramos en los peores tiempos de la barbarie; que invadían, en fin, parte de nuestro suelo hasta que las gloriosas defensas del Parral y del Carrizal detuvieron al ejército yanqui, para demostrarle que cuando una falange de hombres heroicos y abnegados luchan por una causa justa y grande, vale por diez ejércitos.

Allí brilló la luz de la justicia de Dios, como brilla siempre cuando los ideales de redención flotan sobre las frentes para iluminar a los débiles y a los oprimidos y puedan algún día obtener el triunfo definitivo de la libertad humana; por eso su imagen debe ostentarse en los muros de los planteles de enseñanza para inculcar en los corazones de la niñez los sentimientos de virtud y de grandeza que impulsan a los hombres a luchar por las causas nobles y a realizar las empresas más altas y generosas.

Frente a la insaciable voracidad del po-

deroso pueblo yanqui, la luz de la justicia de Dios nos guiará para defender a nuestra Patria, como ha guiado a todos los pueblos de la tierra para salvarlos de las garras infamantes de la esclavitud.

LA REVOLUCION Y EL HISPANISMO.

El ilustre Director del Museo Nacional, don Luis Castillo Ledón, ha publicado recientemente un artículo titulado: "Ni aztequizantes, ni hispanizantes", que termina de la siguiente manera: "Despierten los hispanizantes y convengan en que no hay para qué volver los ojos a la España actual, sino fijarlos aquí y resolvernos a ser mexicanos y nada más que mexicanos."

Puede creer el doctísimo señor Castillo Ledón, que los hispanizantes tienen constantemente los ojos fijos en esta tierra, y están resueltos a ser mexicanos y nada más que mexicanos. Se puede amar entrañablemente a México, grande por sus heroísmos, ennoblecido por sus martirios,

santificado por sus luchas eternas y su empeño perseverante y tenaz de llevar encendida sobre su frente la luz radiosa de sus sueños inmortales; y por un sentimiento de inextinguible gratitud, por un sentimiento de elemental justicia, por un sentimiento de profunda admiración amar también a la creadora España, que derramó a manos llenas las semillas fecundas de la civilización en este suelo querido, donde los españoles fundaron las primeras escuelas y universidades de América, donde levantaron las primeras imprentas, donde publicaron los primeros libros, donde escribieron los primeros diccionarios, y antes, mucho antes de que en la Nueva Inglaterra hubiera un verdadero periódico, ya en el siglo XVII se había hecho el primer ensayo en México de ese invento maravilloso, sin el cual hoy no podríamos vivir, como vivieron nuestros inmortales antecesores privados de ese gran libro de la prensa diaria, que nos da cuenta de todos los acontecimientos que se registran en el mundo, y no tardará mucho tiempo en narrarnos los acontecimientos que se

registren en los otros misteriosos y lejanos planetas.

Hay que ser mexicanos y nada más que mexicanos, pero eso no impide en manera alguna en que se reconozca con toda justicia la influencia que ha ejercido España en la civilización del mundo y especialmente en los pueblos de este Continente, incluyendo a los Estados Unidos del Norte. El insigne profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia, William Shepherd, en brillante artículo recientemente publicado en la Revista "Unión Panamericana," reconoce el importante papel que España ha desempeñado en la determinación del origen y desarrollo del pueblo norteamericano. Sólo nosotros estamos todavía discutiendo en estos momentos de inquietud, si debemos o no debemos volver los ojos a España, cuyas heroicas acciones iluminan eternamente las páginas de la historia. En el aspecto político estamos separados de España, como también de las naciones hispanoamericanas, pero no se puede negar que nos ligan íntimamente a todas ellas los vínculos poderosos de la cultura, del

idioma, de la religión, de los ideales, de la sangre. Varias leyes que aún están en vigor en algunos Estados del pueblo norteamericano, fueron fundadas en las "Siete Partidas." En muchas regiones del planeta no se podrán borrar jamás las huellas imperecederas del noble pueblo español, pero menos en los países hispanoamericanos, que conservarán eternamente las tradiciones, la historia, la virtud y el carácter de España, a la cual pretende ahora el prestigiado Director del Museo Nacional que no volvamos los ojos, como si viviéramos a una enorme distancia del gigantesco pueblo norteamericano, que todo lo quiere absorber y dominar en medio de sus terribles e insaciables ambiciones de expansión territorial.

Ante el inminente peligro yanqui; ante la inquietud y la incertidumbre en que vivimos constantemente como pueblo débil; ante la amenaza de perder nuestra nacionalidad, no hemos de estar alejados de España y de todos los pueblos de nuestra misma raza. Sería una insensatez sin nombre. La poderosa nación norteamericana, grande por su trabajo, admirada por su

riqueza, asombrosa por su comercio, como una mano invisible nos arrastra a los mexicanos de campo en campo de batalla, de contienda en contienda, de tragedia en tragedia, soñando en la fácil empresa de venir a hollar con su fortísima planta las ruinas todavía llameantes de este pueblo ensangrentado y doliente.

Todos conocemos la campaña infame que actualmente está desarrollando la prensa norteamericana en contra de México, en que nos llena de viles calumnias y de oprobio, y nosotros, entretanto, estamos todavía discutiendo asuntos que ya no se deben discutir, y volviendo las miradas hacia el pasado, cuando nuestros ojos no podemos apartarlos jamás de la lanza de oro del porvenir. Ha sido, sin duda alguna, un acto noble y patriótico de la Revolución procurar el acercamiento espiritual de México con todos los pueblos de habla española. Fué don Venustiano Carranza quien inició esa labor suprema, y le reconocemos, con toda justicia, esa acción meritísima. Pero ahora el culto Director del Museo Nacional quiere que no volvamos nuestros ojos a España. Si, fi-

jemos, pues, aquí, nuestras miradas, para aplaudir a todos nuestros compatriotas que en estos momentos defienden a México; a todos aquellos que se preocupan de nuestros problemas; a los funcionarios públicos que, por su virtud y su moral, hacen respetables los puestos que desempeñan; a los que tratan de impedir que legiones apretadas de obreros y estudiantes abandonen este país; a los que lanzan un grito de indignación y de protesta cada vez que se clausura una escuela; a los que luchan por la libertad en todas sus manifestaciones; a los que combaten la injusticia y la infamia donde quiera que sean cometidas; a nuestras misiones diplomáticas en el extranjero que contrarrestan la campaña perseverante y obstinada que se hace en contra de México, como lo hizo en París aquel inmaculado patriota que se llamó Juan Antonio de la Fuente, como si hubiera previsto que en lo futuro no resonaría en la capital de Francia como no resuena en la actualidad, una sola voz oficial en defensa de nuestra patria.

La tiranía y el despotismo arrojaron un

día de la cátedra que desempeñaba en la Universidad de París, a Edgard Quinet. Más tarde el Gobierno de Napoleón III desterró al notable pensador francés, quien vivió en el exilio varios años, defendiendo a Francia con un vigor y un entusiasmo, que ni la adversidad ni la injusticia amenguaron jamás.

Ultrajaba y vilipendiaba Edgard Quinet al Gobierno de Napoleón III, pero defendía y enaltecía como nadie el nombre de Francia. Hay infinidad de mexicanos que no defienden al gobierno que están sirviendo, pero ni a México tampoco, en estos tiempos en que tanto necesita de aquellos hombres excelsos como Juan Antonio de la Fuente que no tenía más empeño que contrarrestar toda labor encaminada al desprestigio de nuestra nación.

De los pobres indios y de la Patria, solamente nos acordamos cuando sentimos clavado el agudo aguijón de la conveniencia y de las ambiciones políticas. ¿Qué también a España y a los pueblos de nuestro mismo origen vamos a volver los ojos sólo cuando está amenazada y en peligro nuestra nacionalidad? Necesitaríamos que

se apagara la luz de otro ideal alto y patriótico de la Revolución para no continuar la obra de unión espiritual con todos los pueblos de nuestra misma raza.

LA PRIMERA IMPRENTA EN AMERICA.

Fué en la Ciudad de México donde levantaron los españoles la primera imprenta del Continente Americano, enviada desde Sevilla, con todos los útiles necesarios por el célebre impresor Juan Cromberger, a instancias del virrey don Antonio de Mendoza y del Obispo Fr. Juan de Zumárraga, quienes desplegaron todas sus actividades para que la civilización y la cultura ibérica iluminaran a la Nueva España.

Tanto la autoridad civil, como la autoridad eclesiástica, demostraban de esa manera el empeño decidido que tenían de implantar en estos dominios aquellos adelantos que ayudarían a difundir las ciencias y las artes en la vasta tierra mexicana.

El año de 1536 quedó establecida en la Ciudad de México la primera imprenta en América. El primer impresor que a esta tierra vino, fué Juan Pablos, y un libro de San Juan Clímaco fué el primero que se imprimió, llevando por título el de "Escala Espiritual", traducido del latín al castellano por Fray Juan de la Magdalena, quien hizo la traducción con presteza y elegancia, consagrada exclusivamente para los novicios de Santo Domingo, y por lo mismo fué de pocos ejemplares, y éstos jamás fueron puestos en venta, teniendo todos los caracteres de una edición privada, que no circuló mucho en la Ciudad, y nada tiene pues, de extraño, que Fray Luis de Granada ignorase que había Juan de la Magdalena hecho una traducción de la "Escala Espiritual" en tierras de la Nueva España.

El impresor Juan Pablos adquirió de los herederos de Cromberger la propiedad de la imprenta que años antes había establecido en esta ciudad y no necesitaba de autorización especial para seguir trabajando. No obstante ello pidió confirmación de esos derechos para asegurarse

más contra la competencia, e impedir, de esa manera, que alguien atacase su privilegio por no estar ya en manos de Cromberger, que fué quien obtuvo los primitivos derechos para establecer en México la primera imprenta. El Virrey don Antonio de Mendoza y el Obispo Juan de Zumárraga trataron directamente con Cromberger, a quien le habían otorgado ese privilegio, y con toda seguridad Juan Pablos llegó a México enviado por la casa impresora establecida en Sevilla, y que obtuvo la concesión de levantar en esta ciudad la primera imprenta del Nuevo Mundo.

En una vieja casa de esta Capital, situada en la esquina de las calles de la Moneda y del Licenciado Verdad,—antes calle cerrada de Santa Teresa,—frente al costado del antiguo Palacio Arzobispal, fué donde se estableció la primera imprenta. Esa casa, propiedad del Obispo Juan de Zumárraga, y denominada "La Casa de las Campanas," ostenta hoy una placa que recuerda la gloria de haber sido México el primer lugar de este Continente donde se establecieron los primeros talleres impresores, que tantos beneficios

aportaron a la difusión de la cultura en las tierras de la Nueva España.

El 7 de septiembre de 1558, por real cédula, expedida en Valladolid, fué declarado enteramente libre, como lo era en los reinos de España, el oficio de impresor; y Antonio de Espinosa, al regresar a la antigua tierra mexicana el año de 1559, en que presenta los decretos reales, imprimió con caracteres romanos la Gramática Latina de Fray Maritino Gilberti. La ejecución material de esa obra aventaja en mucho a las ediciones de Juan Pablos. El tercer impresor de México fué Pedro Ocharte, quien imprimió varios libros, entre ellos el Cedulario de Puga y el último tratado de Medicina.

También figuran en los anales de la tipografía mexicana Pedro Balli, Antonio Ricardo y el ilustre Enrico Martínez, el autor de las obras del Desagüe de México. Esta ciudad ostenta a un lado de nuestra hermosa catedral, un monumento como un homenaje que le rinde a ese hombre insigne, acreedor por mil títulos a la gratitud y a la veneración de los mexicanos.

Queda poco, bien poco de todas las ediciones que se hicieron en el siglo XVI. Mas por todo ello basta para conocer que las imprentas trabajaron sin cesar y todas las obras fueron de notoria utilidad, y ayudaron de manera notable a los españoles para difundir la cultura y la civilización en las tierras de la Nueva España. En el siglo XVII, se publicó en México el primer periódico en América, antes, mucho antes de que la Nueva Inglaterra conociera ese invento maravilloso, sin el cual hoy no podríamos vivir, como vivieron nuestros inmortales antepasados sin ese gran libro de la prensa que nos da cuenta de todos los grandes acontecimientos que se registran en el mundo, desde la nota frívola de sociedad, hasta el discurso bello y elocuente que conmueve a una asamblea; desde la noticia que narra los hechos más triviales, hasta el invento maravilloso que llena de asombro a nuestro espíritu, y el artículo substancioso y elegante que hace vibrar a todos los corazones, y que orienta y guía a los pueblos.

Es una de las más grandes y legítimas

glorias de la ciudad de México, el haber sido la primera de este Continente donde la civilización europea levantara una imprenta y donde se publicaron el primer libro y el primer periódico en América.

Los méritos del virrey don Antonio de Mendoza y del Obispo Fr. Juan de Zumárraga, dice el insigne publicista mexicano García Icazbalceta, no son aún debidamente reconocidos, pues merecen el tributo de la admiración de toda nuestra Patria.

EL MINISTRO DE ESPAÑA EN MEXICO.

Para conmemorar el primer centenario de la consumación de la independencia de México, los estudiantes de Madrid, en unión de varios alumnos de la Universidad Central, prepararon una fiesta en la Casa del Cardenal Cisneros, la noche del 27 de Septiembre de 1921. En la mañana de ese día se presentó en la Legación de México un grupo de estudiantes para invitarme a esa ceremonia. Ofrecí asistir con todo gusto, y tan pronto como se despidieron aquellos jóvenes, un mexicano me preguntó lleno de asombro y de inquietud: ¿Pero que, va usted en verdad, a asistir a esa fiesta?—Ya lo creo—, contesté yo—¿Porqué no? Porque algunos de estos estudiantes,—respondió—

están muy desprestigiados. Viven explotando el hispanoamericanismo y eso impide que les demos importancia.

Mi obligación y mi deber es asistir—expresé en seguida—a todas partes donde se hable de México: si bien, para agradecerlo; si mal, para levantar mi voz y defenderlo. En la noche de ese día me presenté puntual a la cita que me habían dado los jóvenes estudiantes. La sala de la vieja y hermosa Casa del Cardenal Cisneros, estaba concurridísima. Todos los asientos ocupados por la Colonia Mexicana de Madrid e infinidad de españoles que se aglomeraban en las puertas y en los pasillos. En el estrado de honor, ocupaban ya sus asientos el Ministro de Gracia y Justicia, el Rector de la Universidad Central, Augusto Barcia y otros representantes de la intelectualidad española. Francos Rodríguez, Carracido, Barcia, José Enrique Erro, pronunciaron bellos discursos sobre nuestra Nación, tan llena de vicisitudes y de viles acechanzas. En nombre de nuestro gobierno y de nuestro pueblo dí las gracias por aquel homenaje fervoroso que se le tributaba a nues-

tra Patria. Cuando terminé de hablar, varios españoles se acercaron a mí para preguntarme qué deberían hacer para que España no perdiera su preponderancia espiritual en los países de habla española. Nombrar siempre—respondí yo—ministros cultos, que además de la fuerza de su representación oficial, ostenten la representación de la intelectualidad española. De esa manera serán siempre escuchados y su voz repercutirá por todas partes.

La fiesta realizada como un homenaje a México resultó espléndida. No habría encajado disculpa alguna por no haber asistido, y con el transcurso del tiempo se ha arraigado más en mi espíritu la idea de que España debe estar representada en los pueblos hispanoamericanos por intelectuales de prestigio y sobre todo en México, donde tienen que realizar una alta y trascendental misión. No se trata de venir a defender solamente los intereses de las colonias españolas en América. Hay algo más grande que defender. Sobre los intereses de todos, está la grandeza y el prestigio de una raza. Si el Ministro

español Cólogan y Cólogan, hubiera secundado la actitud noble y gallarda de los Ministros de Cuba y Chile, en los fatídicos días del mes de Febrero de 1913, le habría puesto una barrera infranqueable a las intrigas del Embajador de Estados Unidos, Lane Wilson. Entonces nadie hubiera podido ser instrumento de las maquinaciones de ese hombre perverso, que tanto contribuyó a desatar sobre México los terribles acontecimientos que hemos presenciado. Un ministro de vasta ilustración, de amplio criterio, de inteligencia clara puede contribuir más a la unión espiritual de todos los pueblos de habla española que la propaganda más hábil y persistente. La labor honrada y generosa de Hévia Riquelme y de Márquez Sterling, se recordará siempre con admiración y gratitud, no solamente por los mexicanos, sino por todos los pueblos que pertenecen a una misma raza. Sacrifican su posición diplomática, pero en cambio su actitud será citada siempre como ejemplo luminoso de nobleza y de generosos esfuerzos realizados en bien de

la justicia de un pueblo que batalla constantemente en defensa de sus libertades.

La ayuda moral de España, como pueblo justo y grande, tiene que ser tomada en consideración en cualquier conflicto internacional que los pueblos de Hispanoamérica tengan que afrontar en la lucha interminable contra las ambiciones de dominio y de expansión territorial de los Estados Unidos del Norte.

No hace muchos días aseguraba un escritor que los diplomáticos no podían decir la verdad. La diplomacia no es una urdimbre de intrigas, de falsedad, de deslealtades y de mentiras. No hay para qué mentir. Se falta a la verdad solamente cuando es necesario ocultar algo indigno e indecoroso, y cuando la razón y la justicia amparan una causa, debe resplandecer siempre la verdad. No hace mucho tiempo declaró en la prensa un diplomático mexicano, que las altas esferas oficiales de España estaban encantadas con las Leyes Agrarias de México. Nadie les dió crédito a esas declaraciones; pero en cambio, sirvieron para aquilatar actitudes y personalidades.

Cuando España esté representada en los países hispanoamericanos por intelectuales de prestigio, otros horizontes se abrirán a las relaciones diplomáticas de esos mismos pueblos. España es la única nación del mundo que puede ser secundada por un coro de veinte pueblos para hacer oír la voz de la justicia ante la infamia y la iniquidad.

El Ministro de España en México tiene la alta misión de estrechar más las relaciones espirituales entre todos los pueblos de la misma raza, y además, acabar con todas las falsas leyendas que por espacio de tantos años se han inculcado en los corazones, y que han hecho que muchos mexicanos tengan un concepto erróneo del papel importante y trascendental que la nación española ha desempeñado en toda la historia del mundo.

Así como el progreso de un pueblo se mide por el culto que le tiene a la justicia, por los ideales que defiende y por el número de sus artistas, de sus poetas, de sus pensadores, de sus héroes y de sus mártires, la vida moral de un hombre se valoriza por las ideas y los principios que

proclama, y la entereza y rectitud con que lucha por conservarlos siempre incólumes y resplandecientes. Debemos condenar a todos aquellos que no saben defender a su pueblo y a su raza. Se tracionan a si mismos. Y si criminal es traicionar a un hombre, infame y monstruoso es traicionar los principios. Por eso todos debemos luchar por la unidad y la grandeza de nuestra raza.

LA GUERRA DE AGRESION.

Los críticos y los comentaristas de la sexta Conferencia Panamericana, reunida recientemente en la Habana, aseguran que uno de los puntos principales tratados en el seno de esa Asamblea, fué sin duda alguna, la proposición que hizo un delegado nuestro para que se prohibiera terminantemente la guerra de agresión. Desde que las cancillerías extranjeras inventaron el libro blanco, el libro azul y el libro verde, desde ese momento ningún pueblo se considera al agresor. Los Estados Unidos de América no han creído jamás que despojaron a México de la mitad de su territorio; no han creído jamás que ellos han llevado la guerra a varias naciones de este continente, con fútiles pretextos

y amparados siempre en la impunidad de sus actos.

Todavía en estos momentos Alemania explica su actitud durante la gran guerra mundial y asegura que ella fué la agredida, y que si holló el suelo de Bélgica no tuvo otro fin que salvarse de las garras de las naciones enemigas que pretendían destrozar el poderoso imperio alemán, arrastrado a la lucha, según el Kronprinz, por tan poderoso motivo. Los Estados Unidos de América hundieron en la bahía de la Habana "El Maine", para tener un pretexto y entablar la guerra con España, y arrebatarle sus dominios en Cuba y en Filipinas. El pueblo norteamericano se declaró entonces el agredido, y había, por lo tanto, que condenar a España. En estos momentos mismos tendríamos que condenar también a la heroica República de Nicaragua, pues los Estados Unidos declaran ante el mundo entero que ellos no han agredido a esa infortunada nación, puesto que el pueblo nicaragüense ha solicitado la ayuda y la protección del gobierno de Washington, para salvar los principios de la humanidad y de la civi-

lización, cuando es bien sabido que ellos mismos azuzan y fomentan las ambiciones de unos cuantos traficantes, para que sean éstos los que soliciten la ayuda del pueblo más poderoso de la tierra, y después la Unión de Norteamérica se declara la salvadora de las naciones débiles y oprimidas de este continente. Admiramos la grandeza y el poderío de las naciones cuando ese poderío y esa grandeza son empleados para realizar una obra grande y perdurable. El poderío y la fuerza de Inglaterra fueron empleados en el pasado siglo, para defender la libertad de Grecia amenazada por las fuerzas turcas; para ayudar a España en la defensa de su independencia, que luchaba con valor y con denuedo contra la invasión napoleónica, que amenazaba a toda Europa; y para conseguir la unidad de Italia, sojuzgada por el ignominioso yugo austriaco. Pero cuando ese poderío y esa fuerza solamente son empleados en sojuzgar y en amenazar a pueblos débiles y exangües, como Haití, como Puerto Rico, como Santo Domingo, como Colombia, como Cuba, como

Panamá y como México, merecen entonces la execración eterna de la historia.

¿Quién va a decidir que una nación es la agresora? ¿Qué sanción habría que aplicarle en el remoto caso de que fuera condenada? ¡Vana ilusión! Si Teodoro Roosevelt, después de haber destrozado y mutilado a la República de Colombia, siendo el victimario, apareció en medio de esos irritantes abusos de la fuerza bruta, coronado con el nimbo luminoso de los benefactores más grandes de la humanidad! A raíz de ese odioso atentado internacional, cuando aún vibraba en los pliegues de nuestra alma la esperanza de que la reprobación unánime de la conciencia humana condenaría ese atentado monstruoso, ese hecho incalificable que hirió de muerte el Derecho Público externo, el gobernante de Washington aparece ante el mundo como la encarnación suprema de la paz y la fraternidad humanas. Después de un acto de guerra de lo más injusta y artera que registra la historia; después de haber mutilado el territorio de una nación amiga, garantizada ampliamente por un tratado inter-

nacional, por las leyes del honor y por los principios fundamentales del Derecho Internacional Público, se le otorgó el premio Nobel a Teodoro Roosevelt, que había consumado el bárbaro atropello de violar la soberanía de la República de Colombia. ¡Qué ironía! ¡Qué sarcasmo tan cruel y doloroso!

El victimario colmado de honores y de aplausos, y la víctima, en vez de escuchar el grito flamígero de reprobación y de protesta escapado de todos los pueblos de la tierra, escuchó la voz severa del tribunal más alto que le otorgaba el galardón preciado y honrosísimo al gobernante norteamericano, que acababa de ejecutar un acto injusto, un atentado sin nombre, un hecho incalificable.

Hay que condenar la guerra de agresión. ¡Qué punzante ironía! ¡Qué cruel sarcasmo! Si los Estados Unidos de América no han llevado la guerra a ninguna parte. Ellos han respetado todos los derechos, todos los tratados, todos los principios de la libertad y de la justicia. ¿Para qué, pues, prohibirles la guerra de agresión? Todavía las cancillerías de las na-

ciones de Europa tienen el pudor, el recato y la delicadeza de lanzar a la publicidad los libros blancos, azules y verdes, para justificar su actitud ante la historia y ante la civilización. Pero los Estados Unidos de América no tienen ninguna necesidad de justificar su actitud, porque ese pueblo omnipotente reprueba la guerra de agresión.

El pueblo más poderoso que han conocido los siglos, no necesita de esa peregrina prohibición. ¡Qué candor! ¡Qué ingenuidad! Es como si en las playas del Golfo Mexicano se fijaran avisos prohibiendo a los tiburones devorar a los niños que llegasen a caer en las fauces hambrientas de esos terribles animales. La gigantesca nación que ha desgarrado a México, que ha mutilado a Colombia, que ha atropellado a Nicaragua, que ha ensangrentado a Santo Domingo, que ha violado el territorio de Puerto Rico, que ha conculcado los principios más sagrados de la justicia y la libertad en Haití, en Cuba y en Panamá, no necesita de aquella prohibición extraña y candorosa. ¿Para qué, pregun-

tamos nosotros, prohibir la guerra de agresión?

Las encinas que crecen en las cumbres de las montañas echan profundas raíces para poder resistir las furias implacables de las tormentas y los huracanes. Vivimos nosotros al lado de un pueblo arbitrario y poderoso, y en lugar de fortalecernos para detener la ola crecida y rugiente del inquietante expansionismo anglosajón, cada día nos debilitamos más, luchando, unas veces por los fascinantes apostolados de las ideas, y otras despedazándonos en la barbarie de la guerra civil.

La hoguera llameante de nuestras eternas discordias está atizada constantemente por la ambición y la perfidia. Aquella verguenza que se llamó la decena trágica fué fomentada por el Embajador de los Estados Unidos. En el recinto mismo de la embajada norteamericana se urdieron las infamias más negras para derrocar al régimen libre y honrado del señor Madero. El Ministro de Relaciones Exteriores de esa pía y noble administración fué notificado por el intrigante y vesánico embajador de que soldados yanquis

estaban listos para desembarcar en el puerto de Veracruz y subir a México a garantizar los intereses de los ciudadanos de los Estados Unidos. Monstruosidad semejante jamás ha sido urdida ni en una tragedia de Shakespeare. Pero hay que evitar las guerras de agresión. El Embajador de los Estados Unidos desataba sobre nuestra patria los horrores de la guerra civil, y después exigía con arrogante imperio e insólita prosopopeya que se garantizaran debidamente los intereses de los ciudadanos norteamericanos. porque de lo contrario soldados yanquis vendrían a protegerlos de la iniquidad y la barbarie; ¡y la barbarie y la iniquidad el Embajador Wilson las desató sobre México!

Hay que distinguir lo que son las intervenciones y las guerras de agresión. Las guerras de agresión todo el mundo las condena. La intervención suelen pedirla unos cuantos traficantes, ambiciosos y miserables, movidos por el inmenso poderío de los arbitrarios gobernantes de Washington.

LA ACTUACION DE LANE WILSON.

Si el pueblo mexicano no conociera con acopio de detalles la labor de Henry Lane Wilson, ex-Embajador de los Estados Unidos en México, bastaría ahora con la publicación de su libro titulado "Episodios diplomáticos en México, Bélgica y Chile", para condenarlo abiertamente por su responsabilidad en aquellos dolorosos acontecimientos del mes de febrero de 1913, que derrocaron al régimen maderista. En aquellos días de la llamada "Decena Trágica", el Embajador Lane Wilson convocó a una junta a los Ministros de Alemania, Inglaterra y España para repetir ante ellos sus frases de siempre, condenando sin respeto ni miramiento alguno al señor Madero, a quien llamaba LOCO

y aseguraba que su gobierno estaba irremediablemente perdido, y que era cuestión de horas para que se derrumbara para siempre. El Ministro de Cuba en México, don Manuel Márquez Sterling, en su libro titulado "Los últimos días del Presidente Madero", refiere que el Embajador Lane Wilson manifestó en esa conferencia a los mencionados diplomáticos, que él se entendía con Huerta por conducto de un tal Enrique Zepeda, y con Félix Díaz por mediación de un doctor americano que lo visitaba continuamente. Esa era la labor criminal de Lane Wilson: Poner de acuerdo a Victoriano Huerta y a Félix Díaz. El Embajador Lane Wilson, en la conferencia que tuvo con los ministros de Alemania, Inglaterra y España, siguió asegurando que Madero estaba LOCO. Y en un momento dado, exclamó: "Ha llegado, señores, el momento de hacerle saber que sólo la renuncia podría salvarle." En seguida comisionó al señor Cólogan, Ministro de España, para que hiciese saber al Presidente Madero esa peregrina determinación.

La misión penosa que se le había enco-

mendado al Ministro de España, era terrible; pero no vaciló en ir a cumplirla. Se dirige al Palacio Nacional, y el señor Madero lo recibe en seguida. El Ministro de España le expone la atrabiliaria proposición de que renunciase en el acto a su altísimo puesto para salvar de esa manera su vida. El señor Madero rechazó enérgicamente semejante indicación y le marcó de una manera clara, incontrovertible, que no le reconocía al Cuerpo Diplomático ningún derecho de inmiscuirse en los asuntos interiores del país. El señor Madero da por terminada la entrevista con el señor Cólogan, y acompañado por algunos miembros de su Estado Mayor se dirige a la Comandancia Militar, que funcionaba en el entresuelo del Palacio Nacional, en busca de Victoriano Huerta. Cuando el Presidente Madero vió al general Huerta, le dijo: "Ha llegado la hora de que yo, como Presidente de la República y Jefe nato del Ejército, debo ponerme al frente de las tropas para empezar en estos mismos momentos el ataque a la Ciudadela". "Hoy el Ministro de España, continuó diciendo el señor Made-

ro, ha tenido la audacia inconcebible de venir a solicitar mi renuncia, y yo no puedo tolerar nunca, que de esa manera se ultraje a la República". Entonces Huerta, con sus ojos turbios inundados en copioso llanto, exclama con su hipocresía habitual: No, no puedo permitir jamás que el Presidente de México se exponga a morir en esa fácil empresa encomendada a mis conocimientos militares, y hoy mismo daré cuenta a la nación de que la Ciudadela quedó reducida a pavesas, y muertos bajo sus humeantes escombros Félix Díaz y Manuel Mondragón. Entretanto, los salteadores del poder y Victoriano Huerta se estaban entendiendo por conducto de Lane Wilson para derrocar al Gobierno legítimo del señor Madero.

En las primeras horas de la tarde del día 18 de febrero, cuando le comunicaron al Embajador de los Estados Unidos que el general Blanquet, por órdenes de Huerta, tenía presos al Presidente, al Vicepresidente de la República y a los Ministros, Lane Wilson exclamó: "Ya sabía yo que eso tenía que suceder". El diplomático norteamericano estaba radiante de

júbilo. Esa noticia se encargó él mismo de comunicarla a varias personas, siempre comentada de una manera áspera para el Presidente Madero.

En la serena e interesante relación que ha hecho el señor don Pedro Lascuráin acerca de esos dolorosos acontecimientos, da a la publicidad un documento importante bajo todos aspectos: el Embajador Lane Wilson había comunicado al gobierno de Washington la caída del Presidente Madero, un día antes de que fuera traicionado y reducido a prisión en la Intendencia del Palacio Nacional. El señor Lascuráin hace observar con toda justicia que al Presidente Wilson le bastó conocer el contenido de ese documento, para condenar abiertamente al ex-Embajador norteamericano en nuestro país; pero llega a tal grado el apasionamiento de este diplomático, que culpa al señor Madero de la muerte de los generales Bernardo Reyes y Gregorio Ruiz y de los militares Riveroll e Izquierdo. De todos es sabido que el General Reyes cayó muerto frente a la puerta central de Palacio, en el momento de asaltarlo y el general Gregorio Ruiz,

fué hecho prisionero en esos mismos instantes, y dos horas más tarde fué fusilado en el interior del jardín del mismo Palacio sin habérsele instruído previamente, es cierto, proceso de ninguna especie, pero el señor Madero no tuvo conocimiento de ello; y a los militares Riveroll e Izquierdo, fueron Garmendia y Montes, miembros del Estado Mayor Presidencial, quienes en justa defensa del Presidente de la República, les dieron muerte en el momento en que trataban de aprehender al Primer Magistrado de la Nación.

No se ha culpado hasta ahora al Presidente Madero, de haber mandado matar a nadie; pero el ex-Embajador Lane Wilson, en medio de su apasionamiento, erróneamente le hace semejantes e injustas inculpaciones. En cambio, se ha convertido en un ardiente defensor del general Huerta y le da crédito al embuste de que el Presidente Madero, cayó muerto en las calles de Lecumberri, la noche del sábado 22 de febrero de 1913, debido a la imprudencia de un grupo de partidarios que pretendía rescatarlo cuando era conducido a la Penitenciaría.

Es cierto que el señor De la Barra, como Secretario de Relaciones Exteriores del régimen entronizado por medio de un golpe de Estado, informó al Cuerpo Diplomático acreditado en México de la peregrina versión oficial. Pero nadie creyó en ella; solamente el ex-Embajador Lane Wilson la repite ahora tratando de hacernos creer que él no podía dudar de la sinceridad y de la buena fe del señor De la Barra. En efecto, el señor De la Barra, declaró al tomar posesión de su alto puesto, que le tenía horror al derramamiento de sangre; pero eso no era inconveniente alguno para que desempeñara la Secretaría de Relaciones en un gobierno que se había entronizado en el poder por medio de la traición y del asesinato.

Cada vez que se hable de los trágicos acontecimientos de febrero de 1913, tendremos que recordar con gratitud la actuación del señor Hévia y Riquelme, Ministro de Chile, y de don Manuel Márquez Sterling, Ministro de Cuba, que constantemente defendieron al Gobierno legítimo del señor Madero y estorbaban de cuantas maneras les era posible, las

maquinaciones del ex-Embajador norteamericano. Sabía muy bien Lane Wilson la manera de pensar de los cultos Ministros de Cuba y Chile. Por eso tuvo especial cuidado en no invitarlos a la junta de diplomáticos a que convocó en la Embajada de los Estados Unidos.

Los diplomáticos cubano y chileno, le prestaron eminentes servicios a México. A raíz de aquellos acontecimientos, el señor Márquez Sterling publicó un importante libro narrando con toda exactitud y fidelidad los actos más trascendentales que se registraron en el mes de febrero de 1913, y el ex-Embajador norteamericano jamás se ha atrevido a refutar las afirmaciones de tan interesante obra en la cual se pone de manifiesto la infame actuación de Lane Wilson en México.

LUIS URBINA.

El eximio poeta Luis Urbina ha llegado a México, después de una permanencia de varios años en España, donde supo conquistarse la admiración y el cariño de los literatos españoles. Llega a nuestra patria sin odios ni rencores, no obstante que su corazón desbordante siempre de bondad, se ha sacudido por el hálito implacable de las amarguras y los desengaños. Sus labios tienen constantemente palabras generosas de disculpa para las censuras dirigidas a los hombres de letras. El inspirado autor de "Ingenuas" es un mexicano ilustre que ha honrado a nuestra Patria en España, como la honró don Francisco A. de Icaza, como la honra Carlos Pereyra y la honrará Vasconcelos. Es

Urbina un verdadero y legítimo valor que deja en la literatura hispana obra perdurable. ¡Ni la mezquindad ni la envidia podrán negar que sus versos inspirados y armoniosos vivirán eternamente!

Llega a México sin denigrar a Araquistáin, ni a Eugenio d'Ors, ni a Ortega y Gasset, ni a nadie, porque los poetas como Díaz Mirón, como Urbina, como González Martínez, como José Juan Tablada y como Rafael López, no necesitan amenguar los méritos de ningún literato para que resplandezcan las glorias propias. El poeta de "Lámparas en Agonía", ha sido diplomático, y en ese puesto enalteció a nuestra Patria.

Así como reconocemos que don Rafael Nieto, nuestro actual Ministro en Italia, sin ser un literato ni un orador, ha defendido brillantemente el nombre de México en su discurso que pronunció en Florencia, con motivo de la Fiesta del Libro, y que apareció publicado en varios periódicos, sin que el autor hubiera solicitado la aprobación de nadie para darlo a la publicidad, también reconocemos la meritísima labor desarrollada en España por Urbina,

dándole prestigio con su palabra y con su pluma a nuestra Patria. Y dondequiera que haya un mexicano ilustre que le de brillo a esta denigrada y calumniada nación, tenemos que reconocerlo y proclamarlo como un acto de justicia y para ejemplo de todos nuestros compatriotas.

Jamás el orgullo y la soberbia han ofuscado la mente del autor de "La Vieja Lágrima." Involuntariamente viene a nuestro espíritu una curiosa anécdota que ahora refieren nuestros escritores en los cenáculos literarios: ¿Qué tiene usted, amigo?—preguntaba en días pasados un compatriota nuestro a Javier Icaza, al verlo pálido y demacrado por una persistente dolencia.—El joven literato contestó con toda sencillez: ¡Tengo una vieja dispepsia! —Pues más vale—contestó irónicamente nuestro compatriota—tener una vieja dispepsia, y no "Una Vieja Lágrima!" ¡Como si con ese poema, inspirado y exquisito de Luis Urbina, se pudiesen hacer ironías!

Luis Urbina como poeta, como escritor, como diplomático ha defendido siempre a México, desatendiéndose por completo de su personalidad. Ha ocupado altos pues-

tos y los ha honrado con su prestigio, con su talento, con su humildad y jamás se ha valido de ellos para hacer resaltar sus méritos y su obra, reconocidos por todos en el mundo español. Sus versos dulces y alados los repiten todos los labios que hablan nuestro idioma, y vivirán, no como la efímera flor de un mañana, sino como las estrofas inmortales de "El Romancero".

Cuando veámos a mexicanos como a Urbina, como a Vasconcelos, como a Carlos Pereyra, que tienen prestigio en tierra extraña y que han sabido conquistar la admiración de los hombres más ilustres, tenemos que consagrarles nosotros el merecido homenaje de nuestras más vivas simpatías, olvidando las viejas rencillas que dejó en los corazones la enconada y tempestuosa lucha política. Cuando veámos a mexicanos como a Nieto, defendiendo a México, en las orillas prestigiosas del Arno, para que el mundo conozca las luchas y los heroísmos que ha realizado nuestro país por la libertad, no podemos menos que reconocer esa labor meritísima y digna de alabanza y encomio.

¡Cuántos mexicanos asisten a congresos científicos, y qué pocos han levantado su voz para dar a conocer los esfuerzos de esta Nación, desarrollados con heroísmo y perseverancia para alcanzar los bienes supremos a que tiene derecho como todos los pueblos de la tierra! Nada nos detiene para señalar dónde están el mérito y la justicia. Hoy proclamamos los méritos indiscutibles de Luis Urbina, de Vasconcelos, de Caso, de Pereyra, que han realizado una obra importante y trascendental en España. La Conquista de las Rutas Oceánicas del ilustre autor coahuilense y las bellas páginas literarias de Luis Urbina, sobre "La Posada de la Sangre", donde Cervantes escribió "La Ilustre Fregona", y aquellas descripciones amenas y castizas sobre la calle de Alcalá y sobre Toledo, nos encantan y nos fascinan.

Jamás el frío aguijón de la envidia y la mezquindad se ha clavado en el pecho del romántico poeta mexicano, que siente todavía agitarse sobre sus sienes las alas luminosas de la inspiración. Noble y generoso como un niño, lo vemos siempre le-

vantarse sobre la ruindad de las desgracias y de las miserias humanas, y sus palabras arrojan un velo piadoso de misericordia y olvido sobre el rescoldo de todos los odios y de todos los rencores. Sus versos son musicales y exquisitos, su prosa diáfana y hermosa. En su prosa y en sus versos, Luis Urbina es un poeta excelso, que despierta las más vivas emociones en nuestro espíritu con el fuego divino de su brillante inspiración.

Un poeta refleja en sus versos las ideas, las esperanzas, las luchas, las inquietudes, las dudas, los dolores del tiempo en que viven, como un lago retrata en su seno transparente las nubes y los matices del cielo. En Persia se conservan los bellos poemas de Firduzi, porque el pueblo los repetía sin cesar. En España se conservan las dulces canciones galaico-portuguesas, porque todos los labios las recitaban en Galicia, en Castilla, y después en todo el reino español. Las liras de los poetas y los corazones de los pueblos siempre están sacudidos por una misma vibración. No hay más que leer el último bello artículo de Urbina, para

sentir las emociones que él sintió al pisar tras de larga ausencia el suelo querido de la Patria. Ese amor, esas emociones, se sienten con un indefinible encanto en su prosa fácil y artística. ¡Con razón enaltece el nombre de México en todas partes, si lo ama entrañablemente y está identificado con sus problemas y con sus anhelos de redención y de justicia!

El príncipe Mahomet, escuchó lleno de asombro las notas sonoras y aladas de un canto inmortal. En el mismo instante preguntó quién era el autor de ese poema magnífico, y su Corte contesta: El poeta Firduzi, que vive en Thus, su noble ciudad natal. ¡Ríndanle,—contesta el Príncipe Mahomet,—un tributo de honor, como un homenaje de veneración y como un símbolo de gloria! Los mexicanos todavía no le hemos rendido un tributo de admiración al inspirado poeta Luis Urbina, que, con sus versos y su prosa, ha llenado una época de la literatura nacional.

LOS RESTOS DE CORTES Y EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Hace tiempo que en los países sudamericanos ya no se discuten los méritos de los héroes de los descubrimientos y de las conquistas, como Magallanes, como Núñez de Balboa, como Díaz de Solís, como Jiménez de Quesada, como Ojeda, como Valdivia y como Pizarro. La gratitud nacional les ha levantado monumentos a muchos de ellos: a todos les ha tributado el homenaje merecido y espontáneo de su admiración. Sólo en México todavía estamos discutiendo si se debe acceder a la solicitud del Gobierno Español, que demanda la entrega de los restos del célebre Capitán General don Hernán Cortés, el Conquistador del inmenso

y antiguo Imperio Mexicano. Gobernador de la Colonia, donde da a conocer sus brillantes dotes administrativas, dictando leyes y ordenanzas, fundando el sistema e independencia de los municipios, trazando los planos de muchas de nuestras ciudades, fomentando con todo empeño las artes, introduciendo nuevas industrias, consagrando parte de su tiempo a la agricultura. Hace traer a los dominios de la Nueva España la caña de azúcar y las crías de los gusanos de seda. No descansa un solo momento; dedica todas sus energías a la propagación de los ganados y al trabajo de las minas. Con ahinco implanta todo lo que es adelanto y progreso en las tierras fecundas de Anáhuac.

En las célebres cartas de Hernán Cortés dirigidas al Emperador Carlos V. está escrita la historia detallada de la Conquista y de todas las expediciones posteriores emprendidas por diversos rumbos, y de las cuales el pintoresco Bernal Díaz del Castillo, y otros historiadores, nos dan cuenta fiel y minuciosa. Manda después levantar el Hospital de Jesús, que a través de los tiempos subsiste aún,

pregonando los sentimientos de caridad y filantropía del famoso Conquistador español. Junto a ese antiguo hospital, donde han encontrado alivio tantos enfermos y necesitados, se levanta la Iglesia que lleva el mismo nombre de esa ilustre y benéfica institución.

Al pie del Altar Mayor, reposan los restos de Hernán Cortés; por su disposición expresa y terminante descansan sus mortales despojos en tierra mexicana, a la que tanto amaba y admiraba. Fundador ilustre de México, héroe de nuestra Patria, el más preclaro de todos los hombres de las conquistas de los pueblos de este Continente, todavía no se le ha levantado ningún monumento, no se le ha tributado ningún homenaje. Pero en cambio, se accederá a la solicitud del Gobierno español. A los restos de Hernán Cortés se les dará piadosa sepultura en Medellín, su hermoso pueblo natal. En Santiago de Chile, sobre el cerro de Santa Lucía, se ha levantado un monumento a Pedro de Valdivia; en la ciudad de Lima, a Pizarro; en Buenos Aires, a Garay; en Punta Arena, a Magallanes; y

en Montevideo, al glorioso vascongado Bruno Mauricio de Zabala, como un testimonio de gratitud a los heroísmos y a los esfuerzos de aquellos denodados españoles que tanto contribuyeron a la fundación de los pueblos hispanoamericanos.

El olímpico príncipe Antonio de Pignatelli, dice con una naturalidad asombrosa que, como descendiente de don Hernán Cortés, recogerá los restos del Gran Capitán para darles sepultura en una población de Italia. Los restos de Hernán Cortés no pertenecen a sus descendientes, no pertenecen a España, sino a todos los pueblos de una misma raza. El Presidente de la Academia de la Historia opina que deben entregársele a España los restos mortales del Gobernador de la Colonia. ¿Qué opinaría el Presidente de la Academia de la Historia si San Pedro de las Colonias solicitara trasladar a ese sitio los restos de ese hombre magnánimo y generoso que se llamó Francisco I. Madero, que fué arrastrado por sus verdugos al suplicio, enseñándonos a morir por todos, en vez de vivir para si solo? Pues estamos seguros de que el Presidente de

la Academia de la Historia contestaría a las autoridades de San Pedro de las Colonias, que no es posible acceder a tan impertinente demanda, porque la gloria de Francisco I. Madero no pertenece a su pueblecillo natal, ni a su Estado, sino a toda la Nación Mexicana, porque ese hombre extraordinario, ultrajado y denostado, sufrió todas las viles acechanzas de sus crueles enemigos, para hacernos ciudadanos conscientes y libres con sus prédicas inmortales, con el iris de sus esperanzas, con el hálito de su casta fe, con las vívidas llamas de sus sueños, con las lágrimas de sus ojos y con la sangre generosa de su noble corazón. Bajó a la tumba sin un remordimiento en la conciencia, sin un estigma en la frente, sin una mancha de sangre en las manos, sacrificado por aquellos mismos a quienes había perdonado en medio de su infinita, de su inagotable bondad.

No deploramos la suerte de los que se han sacrificado en aras del ideal y de la patria. Deploramos más bien la de todos aquellos que tienen su mente cerrada a toda idea noble y su corazón a todo sen-

timiento tierno y generoso, y que nunca escucharán, como escuchó el avaro de Dickens, el cántico sublime de la Navidad que lo llamaba a la compasión y al amor universales. A todos aquellos que han luchado por los redentores ideales del pueblo mexicano, debemos alabarlos para alentador estímulo y brillante ejemplo de nuestras generaciones.

La opinión del señor Presidente de la Academia de la Historia, es reveladora en alto grado. Nos revela el grado de su cultura; nos revela la intensidad de sus sentimientos nobles y generosos; nos revela, en fin, la independencia absoluta de su carácter. Hernán Cortés, es un héroe de España, es un héroe de México, es un héroe de nuestra raza perseverante y vigorosa; pero a nosotros los mexicanos nos toca rendirle el tributo merecido de nuestra gratitud. El Presidente de la Academia de la Historia debe iniciar esa apoteosis y será una obra de justicia la que realice en medio de los vítores y de los aplausos de todos los pueblos del orbe español.

Que se lleven los restos del Gran Con-

quistador español, exclama el Presidente de la Academia de la Historia, con la misma facilidad y presteza con que el cansado "Pero Galín", hubiera entregado un costal de aquellos fierros viejos y herrumbrosos que contempló cuidadosamente en los clásicos puestos de "El Volador". Pero sobre la opinión del Presidente de la Academia de la Historia, está el pensamiento luminoso de la intelectualidad hispanoamericana, está la gratitud de nuestro pueblo, está la voz llameante de la justicia humana, que han colocado sobre un pedestal glorioso la figura excelsa del célebre Capitán General don Hernán Cortés.

Los gobiernos son simples custodios de las reliquias históricas, de las obras de arte. No pueden, por lo mismo, disponer a su arbitrio de ellas, porque pertenecen a los pueblos. Pero el Presidente de la Academia de la Historia...

LA RECLAMACION DE LOS ESPAÑOLES.

Se ha dicho en estos días que los españoles que han sufrido algún perjuicio por la Revolución, no presentarán sus reclamaciones a México, no obstante el derecho que tienen a una justa y legítima indemnización, por haberlo sancionado y reconocido así el gobierno mexicano. Esa actitud no puede ser más noble, y merece, por tal motivo, nuestros elogios más efusivos.

Los españoles que residen en México han formado aquí con su trabajo y su perseverancia, un capital, y quieren y aman a este país como a una segunda patria. Con esa fortuna fomentan grandes empresas y frecuentemente ayudan a obras de beneficencia que perduran a tra-

vés del tiempo. El hogar que aquí forman es un hogar mexicano y se identifican inmediatamente con nuestras aspiraciones y con nuestras tendencias y llegan a tener un cariño tan grande por México, que cuando se ven obligados por cualquier motivo a abandonarlo, no tienen más empeño que en regresar a esta tierra donde han formado una familia mexicana.

Pocos, muy pocos países hay en el mundo más necesitados de inmigración que México. Natural es que se prefiera a los inmigrantes que, como los españoles, se identifican con esta Nación y buscan nuestra grandeza y nuestra prosperidad. Los inmigrantes italianos, españoles y alemanes han contribuído poderosamente al resurgimiento de la República Argentina.

Corrientes poderosas de emigrantes abandonan España, que van en busca de trabajo a diferentes regiones del mundo, aportando de esa manera su contingente y su esfuerzo para hacer prosperar los lugares donde van a desplegar su actividad y sus energías. Si España no hubiese

prestado a otros pueblos ese contingente de esfuerzos desde hace siglos, hoy sería una de las naciones más poderosas de la tierra.

Esa renunciación trazará una senda que deben seguir otros extranjeros que no sólo abrigan el propósito de venir a explotar nuestra nación, que está desconfiada de ciertos elementos que le buscan conflictos internacionales con inusitada frecuencia; y en vez de vivir nosotros tranquilos, consagrados a nuestro trabajo, la atención siempre está pendiente de las maquinaciones que se urden fuera del territorio nacional para acabar con nuestro escaso prestigio y consumar después un atropello incalificable.

Los españoles no tienen ambiciones de expansión territorial, y los lazos filiales que nos unen eternamente a España no deben fortificarse con los intereses materiales. Cierto es que han sufrido varios españoles perjuicios considerables con motivo de la Revolución, pero justo es también que en esta tierra donde han hecho su fortuna, renuncien espontáneamente a formular reclamaciones en contra

de México. Muchos extranjeros que están respaldados fuertemente por sus gobiernos exageran de tal manera sus reclamaciones, que no habría riquezas suficientes para pagarlas; y el producto de todas las indemnizaciones presentadas, no se podría saldar sino en el transcurso de largo tiempo, durante el cual nuestro país tendría que hacer verdaderos y grandes esfuerzos para redimir esas deudas emanadas por actos involuntarios o de fuerza mayor, como son todas las que se originan por causa de guerra.

Si México fuera a pagar todas las reclamaciones presentadas por daños sufridos durante la Revolución, tendría que sacrificar erogaciones importantes, cuando estamos necesitados de fomentar todos los ramos de la enseñanza pública. Hay muchas reclamaciones de tal manera exageradas, que bien podemos asegurar que no se ha pensado en obtener una justa y honrada compensación por los daños o perjuicios sufridos, sino como un negocio que produce pingües utilidades.

Unen más a los pueblos el intercambio de intelectuales, que la firma de tratados

y convenciones. Es más importante, mucho más, conseguir que los españoles tengan la simpatía y la consideración de nuestro pueblo, que el pago de los daños sufridos durante la Revolución. Cuando Lafragua fué a representar a México en España, no pudo entregar sus cartas credenciales como Ministro Plenipotenciario, por un incidente que surgió entre la prensa de Madrid y el ilustre diplomático mexicano. Los periódicos españoles dieron la noticia de la llegada de nuestro culto representante; pero en lugar de poner Lafragua escribieron "Lafriega". De este incidente surgieron otros, los cuales motivaron que no fuera recibido oficialmente nuestro Ministro. Pero identificado ampliamente con el gobierno y el pueblo de Méxio, no desmayó un solo instante defendiendo con todo vigor y entusiasmo la causa de nuestra Patria. No obstante el no haber presentado sus cartas credenciales, realizó una labor suprema; buscaba la unión de los dos pueblos y su éxito fué brillante. El general Prim venía a México para arriar la bandera española ante la razón y la justicia que habían bri-

llado en Madrid en la palabra severa y elocuente a la vez de José María Lafragua. El triunfo fué completo. España, al reconocer el derecho de la causa de México, desarmaba también a Inglaterra y a Francia. De esa manera se realizaba una obra más grande y trascendental que si se hubieran firmado y sancionado los tratados y las convenciones más solemnes. Aquel Doblado, aquel Ezequiel Montes, aquel Lafragua, que no tenían más ambición que defender a su Patria, y que luchaban con tanto valor y con tanto desinterés por todas las libertades y por todos los derechos, nos legaron su ejemplo luminoso de moralidad y de abnegación que nosotros no hemos podido imitar porque las miserias y las ruindades nos tienen postrados en la desesperación, en el dolor, en la mentira y en el egoísmo.

Ese noble rasgo de los españoles renunciando espontáneamente a hacer reclamaciones a México, es de verdadera trascendencia, y le habrán dado también una lección a varios abogados mexicanos que no tienen ningunos escrúpulos en patrocinar negocios de esa índole ante las Co-

misiones Mixtas para que prosperen sus demandas entabladas contra nuestro país.

Los españoles que honradamente vienen a trabajar a México y que anhelan la prosperidad de esta tierra, no pueden faltar a sus tradiciones ni hacer pedazos la bella página de filantropía y altruísmo que han escrito en todas las épocas. Nosotros no podemos olvidar jamás, que muchos españoles han levantado en este país, con el producto de su esfuerzo y su trabajo, escuelas, hospitales, hospicios y toda clase de instituciones de beneficencia, que pregonan a través de los tiempos los sentimientos de nobleza y de generosidad de una raza fuerte y batalladora.

ESCRITORES DE HISPANO-AMERICA

LOS GRANDES DE ESPAÑA.

Hay en la actualidad en España una generación vigorosa, donde figuran escritores notables y periodistas concienzudos que dirigen el pensamiento español, como Ramiro de Maeztu, como Araquistáin, como Azorín, como Diez Canedo, como Gómez de Baquero, como Eugenio d'Ors, como Gabriel Alomar, como Valle Inclán, como Ortega y Gasset. Todos ellos escriben con nitidez, piensan con claridad y los problemas que preocupan a su pueblo, son planteados con precisión admirable y discutidos con noble alteza de propósitos desde un plano superior, para que el tesoro de sus ideas llegue a todas partes, como la luz del sol penetra y alumbra a las más apartadas regiones

cuando esplende a mayor altura. ¡Todos ellos son los grandes de España, que han recibido con vivas y cariñosas demostraciones de simpatía a José Vasconcelos, incansable soldado de la libertad, que se ha distinguido siempre en las luchas de México como defensor tenaz y decidido de los ideales más altos y generosos!

No sólo la ilustre intelectualidad española ha recibido cariñosamente al brillante educador mexicano, que consagró su esfuerzo y su entusiasmo para llevar la luz de la instrucción a todos los dominios de nuestro país; también los estudiantes y los obreros de España le han dispensado singular acogida, reconociendo, indudablemente, sus méritos como escritor, como hombre extraordinario por su carácter, por su energía, por su cultura, por su talento, por su valor civil, porque ha consagrado su vida entera a defender la causa noble y justa de nuestra Patria; y después de haber desempeñado brillantemente el Ministerio de Educación Pública, en el Gobierno del Presidente Obregón, desciende del altísimo puesto con la conciencia limpia y querido y respetado de

todos, porque así demostró cómo se pueden ocupar los puestos más prominentes, y bajar de ellos en la pobreza; pero con el corazón entero y la frente inmaculada, para seguir combatiendo siempre, sin desfallecimientos ni vacilaciones, por las ideas que se han defendido en el calor de la lucha.

Las manifestaciones de admiración de que ha sido objeto José Vasconcelos en España—porque es un mexicano ilustre, porque es un revolucionario desinteresado y porque, en fin, es un pensador sincero y original—, nos ha llenado el pecho de legítimo orgullo y de profunda gratitud para el pueblo español, que tiene entre sus excelsas virtudes la de respetar la libertad de pensamiento en todas sus manifestaciones, como ha respetado las punzantes censuras que el esclarecido autor de "Los Estudios Indostánicos" dirigió desde las columnas de "La Libertad" al Directorio y a la monarquía española, sin que se levantara una sola voz de protesta contra el prestigioso escritor extranjero, que atacó como él acostumbra, con sinceridad y franqueza, a los militares que

dirigen actualmente la cosa pública en España.

En obscura y pobre compensación ante la noble actitud asumida por el pueblo español, que le ha tributado ruidosos homenajes a un ilustre compatriota nuestro, identificado con los grandes ideales que defiende México, hemos sentido ardientes impulsos de correr a Veracruz—ya que tenemos un indiscutible derecho a que se nos escuche, porque hemos estado siempre al lado de los humildes y de las clases trabajadoras—para defender a los españoles de ese puerto, que diariamente reciben una lluvia torrencial de ultrajes y denuestos; y levantar allí nuestra voz en defensa de esos hombres laboriosos y trabajadores, que se identifican a tal grado con nosotros, que, cuando nuestro querido suelo se ve hollado por huestes extranjeras, sienten ellos como los mexicanos la ofensa y luchan por nuestra Patria, y así los vimos en ese mismo puerto de Veracruz, cuando los soldados norteamericanos invadieron esa ciudad, coger un rifle y buscar un puesto de peligro junto a los heroicos y gloriosos cadetes de la

Escuela Naval, para defender con valor y con denuedo nuestra bandera.

Hemos sentido en más de una ocasión ese impulso vivísimo para explicar lo que significa en estos momentos el esfuerzo español en el mundo y especialmente en nuestra nación que anhela conservar incólume su dignidad y su independencia. La llama de ese impulso se ha apagado, porque no he querido invadir la esfera de las atribuciones de un amigo para mí estimable; pero es necesario que se levante una voz justa y patriótica para impedir que el ejemplo doloroso y tristísimo de una literatura callejera, que cubre de injurias candentes a los españoles de Veracruz, cunda por toda la República. ¿Cómo permanecer impasibles ante esa actitud inexplicable, cuando por infinidad de circunstancias estamos obligados a defender a la gente de nuestra misma raza?

Figura notablemente entre los políticos españoles Augusto Barcia, orador vigoroso y elocuente que le ha consagrado, como los grandes de España, merecidos elogios a José Vasconcelos, como vivas demostraciones de simpatía para nuestra Pa-

tria; pues bien, aquel orador ilustre, diputado de las izquierdas, gloria del Parlamento español, en una espléndida fiesta que se efectuó en la casa del Cardenal Cisneros, el 27 de septiembre de 1921, organizada por los estudiantes mexicanos que me hicieron el alto honor de acompañarme en la misión diplomática a Madrid, Augusto Barcia, repito, pronunció un bellísimo discurso en honor de México, con motivo del primer centenario de nuestra Independencia Nacional; y nunca podré olvidar los brillantes y hermosos pensamientos que tuvo para nuestro pueblo; y como si esa demostración no fuese todavía bastante, ahora España, y los grandes de España le tributan un homenaje al educador mexicano, en Madrid, en Sevilla, en Valencia, en Barcelona y en toda la gloriosa región asturiana, donde los indianos, añorando esta querida tierra, llena de tradiciones y de leyendas, levantaron la frente ante las ideas audaces y atrevidas de un abanderado de nuestras luchas, de un representativo de México.

La prensa española ha comentado elogiosamente la hermosa carta publicada en

"El Sol" de Madrid, y reproducida en estos días por "El Universal", en que Vasconcelos se despide del hidalgo pueblo español. Ha llamado la atención el vigor de su pensamiento, la sinceridad de sus ideas, la llaneza de su estilo y el valor extraordinario de sus juicios. Pero si en los tristes tiempos de la censura del Gobierno militar, un extranjero puede emitir las críticas más acerbas contra los poderes públicos de España, ¿qué será en las épocas venturosas de la libertad?

Nos conforta y nos alienta que un compañero de luchas, despojado de todo carácter oficial, reciba en tierra extranjera la recompensa merecida a sus esfuerzos, a su honradez, a su dignidad, a las ideas que ha defendido con el vigor de su espíritu y con las vívidas esperanzas de su corazón. Muchas veces lo vimos perseguido, otras encarcelado por asuntos políticos; jamás flaqueó su indómita entereza en el prolongado exilio y la cruel adversidad, y la injusticia y la ingratitud anejas al pecho humano, sólo han servido para templar su carácter y encender sus entusiasmos puestos siempre al servicio

desinteresado de la cultura y de la redención de nuestro pueblo.

Ya los grandes de España, Gabriel Alomar, Luis Araquistáin, Eugenio d'Ors..., han aquilatado con toda pureza la obra perdurable de José Vasconcelos, que ha sido en el campo de la cultura popular, luz que guía y orienta, y en la historia de la literatura de Hispano-América, un pensador profundo, original y sugestivo, que enciende en la mente las ideas y en el corazón despierta el culto fervoroso por la belleza y por la libertad.

EL ESCRITOR LUIS ARAQUISTAIN.

Llegará próximamente a México el escritor político y periodista español Luis Araquistáin, quien viene a dar una serie de conferencias. El autor del "Peligro Yanqui" pertenece a esa generación brillante de escritores que tanto prestigio le da actualmente a España. Ha tratado en sus libros y en artículos de periódico los problemas de su Nación y de nuestro Patria. Conoce las luchas y las inquietudes de México, y en los momentos angustiosos de peligro, ha sabido defendernos con todo vigor y entusiasmo.

No permanece indiferente Luis Araquistáin ante ningún ideal que conmueve y agita a los pueblos. De marcadas tendencias socialistas, ha defendido brillan-

temente sus ideas y sus principios en España y fuera de España. En la Argentina, primero, y después en Inglaterra, en Bélgica, en Francia y en Alemania supo conquistar con su pluma un prestigio innegable, que lo coloca al lado de Ortega y Gasset, de Ramón Pérez de Ayala y de Ramiro de Maeztu. Funda la Revista "España" para llevar al espíritu de la juventud española la simiente de las ideas modernas, y ha contribuído con su esfuerzo a que el mundo conozca los legítimos valores culturales de aquel pueblo que está llamado todavía a realizar tantas empresas. Se ha rebelado contra los afanes de extravío nacionalista para estudiar serenamente lo que a España le debe la cultura universal, y asegura que el mejor tributo que se le podía rendir al pasado prestigioso de ese pueblo, en vez de cantar huecamente sus glorias, sería hablar de la aptitud creadora de España en su literatura, más que en cualquier otra de sus actividades, y la influencia y universalidad que ha ejercido en todos los tiempos.

Es Araquistáin un escritor vigoroso,

que estudia los problemas de España en sus diversos aspectos y un constante defensor de nuestra raza batalladora. Conoce a fondo las tendencias y la vida norteamericana, como la situación de México ante las amenazas y las acechanzas de aquel pueblo poderoso; y para defendernos ante el mundo entero, dió a la publicidad su obra titulada: "El Peligro Yanqui". En ella no solamente defiende a México, sino también a los pueblos hispanoamericanos, a España y a la raza.

Muchas páginas de sus libros están consagradas a México, y emite sus juicios con toda claridad acerca de nuestras controversias con el país norteamericano, como los pudiera emitir el escritor más observador y sagaz. Lo hace con tal acopio de datos fidedignos, con tanto vigor y honradez, que llegan a impresionar fuertemente, no digamos a nosotros que tenemos interés inmediato, sino a las gentes que ni de lejos les atañen las diferencias que frecuentemente suscitan los Estados Unidos, guiados, sin duda alguna, por sus ambiciones desmedidas de dominio y de expansión territorial. En la interesante

obra de Luis Araquistáin, titulada "El Peligro Yanqui", consigna el hecho de que en Nueva York funciona una agencia de Prensa para ministrar a todos los periódicos del mundo noticias y artículos denigrantes para México. Una campaña antimexicana organizada en toda forma, fomentada y sostenida por empresas poderosas. Esa labor infame, realizada perseverante en contra de nuestra Patria, a todo está subordinada, menos a la verdad y a la justicia.

A los Estados Unidos, dice Araquistáin, les empuja la mecánica fatal de su economía expansiva, imperialista, y especialmente de adueñarse del territorio más rico en el más rico de los productos nacionales. Así con toda seguridad, con toda justificación, habla de los problemas de México y nos defiende con un vigor y una fuerza como si fuera un mexicano patriota conocedor de la tragedia de nuestra Nación. Conoce al detalle la situación de México, y no desaprovecha jamás una oportunidad para hablar de nuestras dificultades interiores y exteriores. Escritor y periodista, ha sabido conquistarse un si-

tio importante en la intelectualidad española. De una grande sensibilidad socialista; pero ni sus ideas ni sus pasiones le impiden reconocer los méritos de los que profesan un credo diametralmente opuesto al suyo. Así ha reconocido el valer y el mérito de Maura, no obstante que proclama que el problema social y político de España lo entendió con más claridad Pablo Iglesias, que el orador mallorquín. Fué entonces cuando exclamó Luis Araquistáin: "Son los hombres los que reforman las leyes, no las leyes a los hombres".

La comparación de la obra y la vida de los dos grandes políticos españoles, Pablo Iglesias y Antonio Maura, muertos recientemente, la hizo Araquistáin con una imparcialidad asombrosa, que revela desde luego una honradez digna de la causa que defiende. La pasión muchas veces ofusca la mente de los críticos al exponer sus juicios. Pero a Araquistáin solamente lo guía la justicia. Ni aun en aquellos casos en que se trata de España deja de pronunciar la palabra verdadera y exacta. Han contribuído de manera notable todas esas virtudes para que sus

opiniones sean tomadas siempre en consideración. Y además, el valor y las convicciones con que defiende sus ideas han hecho que figure como un crítico serio y un escritor famoso.

En "El Arca de Noé", al hablar del sentimiento trágico de Zuloaga, declaró que el destino de algunos de los españoles más egregios es el de no encontrar en su país la gloria sino cuando ha dado vuelta a nuestro planeta. Se refiere a Ignacio Zuloaga y a Ramón y Cajal, que primero fueron conocidos y elogiados en países extranjeros, y después en España.

La estancia de Araquistáin en México será tan útil y provechosa para la cordialidad de nuestros relaciones con España, como la misión diplomática más culta e inteligente. Hará pasar ante nuestros ojos, en la serie de sus conferencias que viene a dictar en México, a los escritores, a los poetas, a los artistas, y a los hombres de ciencia españoles, y sabremos con toda exactitud la situación social y política de España, y los esfuerzos que se realizan en esa Nación para no perder la supremacía en todos los pueblos

hispanoamericanos. La labor fecunda que viene a realizar el escritor español en México, es digna por todos conceptos de estímulo y de aliento, porque de esa manera contribuye eficazmente a la unión de todos los países de habla española y a que tengamos un concepto más claro y firme de la alta misión que España puede desempeñar en el mundo.

La falsa leyenda sobre España han conseguido sus escritores borrarla, y hay la necesidad suprema de perseverar en esa obra grande y justiciera, y todos deben aportar a ella su contingente de ideas, de esfuerzos y de esperanzas.

EL ULTIMO LIBRO DE JOSE VASCONCELOS

"Indología" se titula el último de José Vasconcelos. A guisa de prólogo relata el viaje que acaba de realizar a Puerto Rico y a Santo Domingo, y contiene también esa obra las siete conferencias que dió en las islas Antillanas. La relación de su estancia en esos lugares, interesa y conmueve. Refiere que un día recibió en París una carta del doctor Benner, Canciller de la Universidad Nacional de Puerto Rico, invitándolo a dar un curso sobre cultura mexicana. Aceptó Vasconcelos la invitación, pero ampliando el tema de sus conferencias sobre todo el Continente Americano, y una espléndida mañana desembarcó en San Juan de Puerto Rico, rodeado de comisiones de periodistas y

por un grupo numeroso de gentes que llevaban estandartes y lanzaban vivas a México.

Uno de los nacionalistas de Puerto Rico se adelantó a Vasconcelos, y le dijo: "¡Por Dios, no nos vaya usted a salir con que la isla es muy bella, porque eso nos lo dicen todos, especialmente los que no quieren comprometerse!" ¡Aquí no se debe hablar—agregó—más que de nuestra angustia!". Momentos antes de desembarcar se había dado cuenta Vasconcelos de la angustia de la hermosa Isla oprimida, por la cantidad de mensajes que le enviaron los portorriqueños. El doctor Benner ratificó al ex-Secretario de Educación Pública de México lo que le había asegurado: "Hemos invitado a usted para que diga lo que le parezca, para que nos aconseje y para que nos censure, y le dejamos en libertad para que trate con quien guste".

Los diarios de San Juan de Puerto Rico le dedicaron editoriales efusivos al mexicano recién desembarcado y una infinidad de personas le hicieron patente su admiración y su simpatía. Se le recibió

como un abanderado de la raza, como un portavoz de México. Dice Vasconcelos que se le pedía un mensaje, se le exigía un grito. Un grito de rebeldía contra la opresión extraña, que llevara a los corazones angustiados los destellos de la esperanza.

Nadie pudo criticar las ideas y doctrinas sustentadas en las brillantes conferencias que dió Vasconcelos, pero no faltó quien pretendiera perjudicarlo en su reputación de hombre íntegro y patriota. Comenzaron a cernirse sobre su cabeza las más viles acechanzas y las más injustas censuras, pero Vasconcelos no cambió su programa que se había trazado desde París y desafió la maledicencia y la injuria, abrigando la seguridad que a la larga y a la postre tenía que triunfar, como triunfó ruidosamente contra la impostura y la calumnia. Y pronto se levantó una falange de portorriqueños honrados que hablaron claro y alto para deshacer aquella nube de murmuraciones. Fué acusado nada menos el autor de "La Raza Cósmica" de haberse vendido a los yanquis por una docena de conferencias di-

chas en Puerto Rico y en Chicago. Como única defensa a semejante cargo, Vasconcelos las ha dado a la publicidad, llenas de ideas originales y de profundas enseñanzas. Más tarde, la Universidad de Puerto Rico publicó el contrato por medio del cual esa institución se comprometía a pagar a Vasconcelos mil dólares para gastos de viaje desde París y regreso, y mil quinientos dólares por las siete conferencias que aparecen publicadas en el libro titulado "Indología". De esa manera se acallaron las críticas. Lo triste y lo sensible fué que se levantara la voz de la calumnia cuando se le tributaban ruidosos homenajes de simpatía a un compatriota nuestro, que siempre ha consagrado su esfuerzo, su talento y su energía a darle gloria a nuestra Nación y que no ha descansado un solo momento en luchar por todos los ideales y en defender los principios de redención y de justicia. Ha sabido darle prestigio a México en tierra extraña. Ha contribuído a difundir por todas partes la grandeza de España. Ha proclamado la unión y el poderío de nuestra raza tenaz y vigorosa, que ha dejado

en todas las regiones del planeta las huellas inextinguibles de su genio y su carácter, que le han llevado a realizar las empresas más grandes que ha conocido la historia.

Esas calumnias en nada amenguaron las grandes manifestaciones de admiración que en todo Puerto Rico se le hicieron a Vasconcelos, por la fuerte labor educativa que desarrolló en México, porque es uno de los escritores más notables de América, porque siempre ha consagrado su esfuerzo generoso a la defensa de todas las libertades y de todos los derechos. En las bellas páginas del prólogo de ese libro, se destaca el hombre de lucha, se destaca el pensador, y sobre todo el poeta que refleja en los corazones las esperanzas, los dolores, las alegrías y las incertidumbres del momento en que vivimos. Cuenta Vasconcelos en ese hermoso libro, que en el paraninfo de la Universidad de San Juan de Puerto Rico se celebró el homenaje de los estudiantes, con el salón lleno a reventar, en su mayor parte de mujeres, con ese entusiasmo desbordante, precursor de grandes acontecimientos.

Los jóvenes intelectuales portorriqueños, Quiñones y Molina, pronunciaron fogosos discursos que sacudieron, como una poderosa corriente eléctrica, a toda aquella asamblea. Quiñones pronunció una requisitoria formidable contra el poder norteamericano. "Los yanquis están aquí—dijo —sin que jamás se haya consultado la voluntad del pueblo de Puerto Rico; los yanquis por medio del trust, absorben nuestras tierras por medio del cohecho, prostituyen a nuestros políticos; por medio de la escuela, nos arrebatan el idioma castellano, que es el último refugio de nuestro combatido patriotismo. Queremos saber—agregó el orador dirigiéndose a Vasconcelos,—qué es lo que vos opináis de estos atentados; queremos saber si contamos con vuestra palabra para que recordéis a todo el Continente el martirio de Puerto Rico". Una explosión de sentimiento patriótico estalla en toda la sala. Las ovaciones, los aplausos y los vítores se repiten sin cesar. El torbellino de la pasión desbordada sacudía impetuosamente todos los corazones. En seguida se levantó Molina, joven de talento y de va-

lor, y ratificó las ideas de Quiñones. Asegura Vasconcelos que jamás en toda su vida, y después de haber pasado por toda clase de asambleas revolucionarias, nunca había presenciado semejante entusiasmo, hinchado por un ardor patriótico. En medio de ese ambiente caldeado por el fuego de aquellos nobles sentimientos, nuestro compatriota se levantó, y dijo: "Recordad que uno de vuestros viejos maestros castellanos formuló una máxima que dice: "Iguala con la vida el pensamiento". Habéis manifestado con toda virilidad vuestras ideas. Vivid ahora conforme a ellas, y que la vida refrende con su protesta constante, cada uno de vuestros cargos. En cuanto a mí—agregó Vasconcelos—nacionalista en México, no puedo ser más que nacionalista en Puerto Rico, y seré un portavoz de las ideas de redención y de independencia de esta Isla oprimida".

Esta fiesta terminó en medio de aclamaciones delirantes. El doctor Benner, Canciller de la Universidad, soportó con estoica resignación aquella lluvia torren-

cial de denuestros contra el imperialismo yanqui. Y a nadie se castigó, ni se persiguió, ni se encarceló, ni la Universidad fué clausurada, no obstante que la dominación de los Estados Unidos en esa Isla infortunada, pretende acabar con la lengua y las costumbres españolas, menos con la religión, que por todos es respetada.

El defensor de México, el defensor de nuestra raza, ha recibido en todas partes ardientes manifestaciones de simpatía. Debemos gloriarnos los mexicanos de que un compatriota nuestro, un revolucionario de principios, idealista y soñador, a quien nunca lo ha guiado la idea de lucro y jamás ha sentido el punzante aguijón de la mezquindad o el interés, reciba en tierra extraña la justa recompensa por la obra que ha realizado.

Las bellas páginas de su interesante libro confortan el espíritu y hacen vibrar los corazones con el hálito del entusiasmo y la esperanza. Esas bellas páginas conmueven de tal manera, que las lágrimas humedecen nuestros ojos, y nos hacen sentir compasión y lástima por todos

aquellos a quienes sólo los mueve el vil egoísmo y la miserable ambición, y nunca han realizado un sacrificio en bien de la patria y en defensa de la libertad.

ORADORES Y POETAS.

Se ha celebrado una fiesta amena y agradable, para agasajar a los oradores que triunfaron en el brillante concurso de oratoria. Llegan a México después de haber recorrido varios países donde recibieron los homenajes de la admiración, porque con su palabra elocuente han hecho vibrar los corazones.

La elocuencia es un arte que Dios ha dado al alma de los jóvenes para que luchen por las causas nobles, por la redención de los oprimidos, por la libertad de los hombres y por la independencia de los pueblos. Así como un poeta refleja en sus versos las esperanzas, los dolores, las inquietudes, los ideales del siglo en que viven, los oradores deben señalar a los

pueblos los derroteros del porvenir, guiar a los hombres para que luchen contra todos los despotismos y contra todas las tiranías y puedan sacudir la coyunda infame y vil de la esclavitud.

Una palabra elocuente, que defiende una causa justa y grande, vale más que todos los ejércitos. El orador es un soldado de la libertad, del arte, del progreso, y cuando su palabra tiene los vibrantes acentos de la elocuencia y está inspirada, además, por el soplo divino del bien, de la virtud, de la justicia, arrastra a los pueblos a la conquista de los ideales más altos y generosos.

El poeta descubre con su inspiración los misterios del porvenir, y el orador penetra con sus palabras hasta el fondo de los corazones para hacerlos latir en un solo sentimiento de grandeza y de amor. El poeta presiente los descubrimientos de la ciencia y el orador agita los ideales luminosos ante los ojos de la humanidad. El poeta llena de resplandor el alma y el orador nos hace sentir las palpitaciones, los anhelos, las ideas de todos los hombres y de todos los pueblos. Hay cierta clari-

videncia en los sueños de los pueblos como en los presagios de los poetas. Sus ficciones, sus esperanzas, sus profecías, cuántas veces se tornan en hermosas realidades.

A defender las ideas en sus grandes días de prueba, en sus grandes días de desgracia están consagrados los oradores que triunfaron, si saben conservar su conciencia limpia y sus frentes inmaculadas. El mexicano Muñoz Cota, el inglés William Newton, el canadiense Owen Moran y el norteamericano Herbert Wenig triunfarán en los rudos combates de la vida, como triunfaron en el concurso de oratoria, porque llevan la divisa sacrosanta de combatir siempre la iniquidad, la injusticia y la infamia. Los tribunos, los poetas, los escritores, deben ser sagrados para todos los hombres cuando defienden los intereses de la patria, el bien de la sociedad, la grandeza de la raza, los ideales generosos. Pero cuando consegran su palabra y su pluma a buscar su acomodo personal, merecen la condenación de todas las gentes.

Fué Segismundo Moret un orador de

palabra severa y elegante, gloria del parlamento y de la política española; y después de haber ocupado los puestos más altos de la cosa pública de su patria, se retiró a la tranquilidad de su hogar en la más grande miseria, pero querido, admirado y respetado de todos.

¿Queréis honores y riquezas?—le propusieron un día—defended con vuestra palabra esta política y tendréis entonces todo lo que queráis.—Nada, contestó el gran orador español, tengo conquistado un rinconcito en la historia de España y quiero conservarlo.

El hombre que había prestado eminentes servicios a la Nación Española, que había defendido tan brillantemente la causa de la libertad, que dejó una de las más bellas páginas en la oratoria parlamentaria del mundo, quería ser consecuente con sus principios y con su vida para bajar a la tumba llevando sobre su frente el juicio luminoso de la historia. Bajó a la tumba, y toda España pronuncia el nombre de Segismundo Moret con ferviente admiración y con profundo respeto.

No hay ministerio más noble que el de

defender a los perseguidos, a los humildes, a los desgraciados, y el orador que consagra su esfuerzo y su palabra a servir los intereses colectivos, vivirá eternamente en la memoria de los pueblos. Los oradores Bossuet, Masillón, Mirabeau, Roger Collard, Julio Favre, son glorias de Francia y de la humanidad.

Los pueblos son los que hacen la fama de los poetas y de sus oradores. Es decir, primero son reverenciados por las masas populares y después la historia los glorifica y los enaltece. Calderón y Lope de Vega eran perseguidos en las calles y en las plazas de Madrid por las muchedumbres, que de esa manera le tributaban su admiración al genio. Al instinto popular no se le sorprende y no se le engaña jamás. Penetra hasta el fondo de las almas, como la luz que guía y orienta.

Hay en la actualidad en México varios jóvenes escritores y poetas como Carlos Pellicer, Ortiz de Montellano, Samuel Ramos, Jaime Torres Bodet, Villaurrutia, Díaz Dufóo hijo, José Gorostiza, Fernández Ledesma, Francisco Monterde y otros más, de mérito indiscutible y su valer ha

sido reconocido por todos. No han necesitado de la lisonja para que sus obras merezcan el elogio y la aprobación. En estos momentos no desempeñan puestos de importancia, y no pueden, por lo tanto, repartir dádivas y granjerías, que si pudieran hacerlo, ya habrían sido comparados con Luis de Góngora y Argote, uno de los poetas más grandes de todo el orbe español.

Entre las voces de esos jóvenes poetas y escritores resuena hoy la del orador Muñoz Cota, que acaba de triunfar en reñido torneo, y su labor será grande y perdurable si consagra su esfuerzo a laborar por la prosperidad de nuestra nación. ¡Qué pocos mexicanos se preocupan en defender a México! En muchas ocasiones ni los que más obligados están a ello por su carácter diplomático lo hacen con ese empeño y esa tenacidad de que acaba de dar patentes muestras don Julio Poulat, el delegado mexicano en Francia, de la Secretaría de Industria, el cual acaba de obtener sonado triunfo al ser atendido por las autoridades francesas, que han ofrecido impedir que se ex-

hiban en París películas con escenas denigrantes para México, confeccionadas en los Estados Unidos del Norte con el exclusivo fin de aumentar nuestro desprestigio en el extranjero. Y ante ese acto insólito permanecemos callados, no hay quien levante su voz para encomiar esa actuación.

Que esa falange apretada de jóvenes oradores, poetas y prosistas, no manchen jamás su palabra y su pluma con la adulación y la bajeza, y que defiendan siempre a los pobres y a los humildes y los nobles intereses de la Patria, para que merezcan el respeto y el aplauso de sus compatriotas, y sabrán conquistar de esa manera la admiración de todos. ¡Que no se apague nunca la llama divina de la inspiración que brilla sobre sus frentes para que ilumine solamente las ideas que se defienden con alteza de miras y sinceridad de propósitos!

Hay que reconocer el valer y el mérito dondequiera que resplandezcan; y los jóvenes intelectuales de México tienen la noble misión de ahuyentar de nuestro pobre medio la impostura, la adulación y la

bajeza, así como la luz del sol ahuyenta las sombras, como la luz de la ciencia las antiguas preocupaciones.

Han comparado recientemente con Luis de Góngora a Alfonso Reyes, autor de esta pobre copla:

Entre pestañoso el sol
no sabe cómo salir,
y flota en pompas el sueño
tal vez sin poder subir.

Yo, con inefable risa
estoy velando por ti.
"Las mañanitas de abril
buenas son de dormir."

¿Con quién irán a comparar a nuestros grandes poetas Luis Urbina, Díaz Mirón, Nervo, José Juan Tablada, González Martínez y Rafael López, que han cantado magníficamente el amor de nuestro corazón, la duda de nuestras mentes, las esperanzas de nuestros deseos, los ideales que flotan sobre el espíritu, las nobles aspiraciones hacia el bien y la grandeza del alma?

CONFERENCIA HISPANISTA.

Nuestro ilustre compatriota Carlos Pereyra, acaba de visitar la Ciudad de Lisboa, y en el benemérito Colegio de Vasco de Gama, prestigioso instituto destinado a la segunda enseñanza, pronunció una magnífica conferencia, sobre el sentido universal de la obra colonizadora de los pueblos peninsulares en América. Sin prejuicios de ninguna especie, con profundidad de pensamiento y alteza de propósitos, desarrolló brillantemente la idea noble que presidió el acto de transplantar la civilización ibérica al nuevo mundo, y de adaptarla a un campo muy complejo, donde los conquistadores, ayudados eficazmente por los indígenas, llevaron a cabo una obra grande y perdurable.

La disertación fué elocuente, y aseguran las crónicas que la conferencia sonó a algo nuevo y expuso una concienzuda y amena síntesis crítica de toda una renovación histórica, que trata de borrar la "leyenda negra" del descrédito de la colonización y de la fecunda labor española desarrollada en la tierra americana. Con sólidos argumentos exaltó, ante un selecto público de estudiantes y escritores lusitanos, la obra civilizadora que ha realizado en el mundo la Península Ibérica. Cada vez que haya un mexicano que honre a nuestra Patria en tierra extranjera, hemos de reconocerlo y de proclamarlo. En una ocasión militamos en campo político diametralmente opuesto al de Carlos Pereyra; en otra vez no estuvimos de acuerdo con una obra que dió a la publicidad en el calor ardoroso de la lucha; pero nada nos impide reconocer con toda sinceridad, que hace una meritísima labor, que le da prestigio a México, como la labor fecunda de José Vasconcelos, como la labor patriótica de Rafael Nieto, que aprovechan todas las oportunidades, en el libro, en la tribuna, en el periódico,

para defender vigorosamente a nuestra Patria, tan denostada y calumniada!

El insigne autor de "Las Rutas Océanicas", con su pluma, con su talento y su prestigio, ha sabido conquistar un puesto de honor en las letras españolas. Historiador serio y profundo, que ha contribuído eficazmente a la divulgación de las glorias inmarcesibles de España; hombre digno y decoroso, que ha guardado una actitud caballeresca y gallarda en los trances más difíciles de la vida. Amigo predilecto del señor Carranza, prefirió seguir luchando en tierra extraña contra las crueles y despiadadas acechanzas de la miseria y del hambre, cuando el Jefe de la Revolución le tendía espontáneamente su mano leal, antes que abandonar el camino escabroso que se había trazado y que lo llevaría a la brillante cima de una posición firme y bien conquistada, en la noble heredad de la literatura y la ciencia.

El trabajo perseverante y tenaz de Carlos Pereyra, nos recuerda el grupo profético de que habla Edgard Quinet, destinado a recibir, a elaborar y a propagar

las ideas que, como los destellos del sol naciente, iluminan primero las cumbres más altas, antes de que los prístinos rayos penetren a los valles profundos y rumorosos. Hoy la obra fecunda de Carlos Pereyra, es conocida en Hispano-América. La lectura de sus libros, amenos e interesantes, despierta en la mente ideas y emociones que dejan hondas e imborrables huellas, y "La Obra de España en América" y "La Conquista de las Rutas Océanicas", en nada se parecen a las páginas triviales, cansadas y tediosas, de esos eruditos como Alfonso Reyes, que sin gracia, ni arte, ni belleza, tratan de imitar, guardando las distancias, seguramente, entre el eximio escritor español y el cultísimo crítico dominicano, a Menéndez Pelayo y Enríquez Ureña, que aportaron a la literatura universal grandes y luminosas enseñanzas.

Siempre que veámos una labor noble y desinteresada, que honre a México y a nuestra raza, hemos de levantar nuestra voz para alabar esa acción generosa que dignifica y alienta a los corazones, para seguir ese ejemplo brillantísimo que es-

plende eternamente, como una llama inextinguible de amor y de esperanza. Nuestra Patria podrá cometer errores; para nosotros siempre es infalible. Podrá cometer faltas; ante nuestros ojos se levanta siempre inmaculada y radiosa.

UN LIBRO DE RAMIRO DE MAEZTU.

A los ya innumerables estudios sobre el Quijote, hay que añadir uno nuevo: el que acaba de publicar Ramiro de Maeztu, en su reciente obra titulada: "Don Quijote, Don Juan y la Celestina". Las tres figuras más firmes que ha engendrado la fantasía, según la misma frase del escritor español, en la literatura universal. Son los tipos más claros y famosos que ha producido la imaginación humana, y que no se pueden olvidar jamás, no obstante que por nuestra mente desfilan cada año las incontables figuras creadas por la imaginación, en la novela, en los dramas y en las comedias.

Para hacer comprender Ramiro de Maeztu las emociones que nos ha hecho

sentir el Quijote, lo compara con otra obra fundamental de la misma época: el Hamlet, de Shakespeare. En el año de 1605 se dió a la publicidad la primera parte del Quijote. En ese mismo año se puso en escena por vez primera el Hamlet, ante el público de Londres. Los personajes principales de la celebrada obra del dramaturgo inglés y del libro inmortal del cautivo de Argel, suscitan una emoción análoga y se apoderan de nuestras simpatías, como lo señala atinadamente Ramiro de Maeztu, desde el primer momento, porque Don Quijote se propone realizar "el bien de la tierra", y Hamlet se muestra fiel a la memoria de su padre. El Hamlet, dice el escritor español, es la tragedia de Inglaterra; El Quijote es el libro clásico de España. En torno de las dos obras se ha venido cristalizando el alma de los dos pueblos. Inglaterra ha conquistado un imperio; España ha perdido el suyo.

¡No, España no ha perdido el suyo! Cada día afirma más su preponderancia en los pueblos de origen ibérico en este Continente. Cada Nación de habla espa-

ñola, ve en aquel vigoroso país un apoyo decidido a las nobles aspiraciones de nuestros pueblos hermanos. España ha perdido indudablemente el dominio material en las tierras de América; pero el amor y la admiración de las naciones de nuestra misma raza son más grandes y fervorosos para la Nación Española.

¿Cómo olvidar las tradiciones y las costumbres y el idioma que nos legara el glorioso pueblo español? Cada vez que nuestra Patria peligra, cada vez que se ve amenazada, volvemos los ojos a España y a todos los veinte pueblos que formó en este Continente para que escuchen nuestro grito de reivindicación y de justicia. Las palabras de aliento, las voces de simpatía, los ecos de los aplausos vienen de esas naciones a envolver a nuestra Patria en momento de peligro y de angustia. Esa ayuda constante conforta y alienta a los espíritus como la esperanza.

El notable escritor Ramiro de Maeztu va analizando en su obra las emociones que ha despertado en el espíritu la lectura del Quijote y las consecuencias que ha producido en el pueblo español. Obra

de análisis, de penetración y de estudio desapasionado y sereno. En ella habla de la vida de Cervantes y de sus producciones literarias y las observaciones que hace y los juicios que emite se leen con verdadero interés, no obstante la infinidad de estudios cervantinos que en la actualidad existen.

Y así como va trazada la figura inmortal del Quijote, lleno de fe, de ideales y de ensueños, así también describe con igual destreza los personajes conocidos en la literatura universal con los nombres de don Juan y la Celestina. Las creaciones de la fantasía española y que Tirso y Zorrilla han dado vida perdurable y eterna en escenas inmortales, son conocidas con el nombre de Don Juan. ¿Quién no conoce a esos hombres burladores, llenos de apetitos, pero sin ideales, que no aspiran jamás a otro bien que el material, que es transitorio y efímero como la vaga luz del crepúsculo? El genio español ha trazado las figuras de esos tipos conquistadores, que el mundo entero ha españolizado a Don Juan hasta con el nombre, como lo advierte Ramiro de Maeztu, el

esclarecido escritor que es un verdadero prestigio en el mundo de las letras españolas.

Pero la fantasía española no sólo ha trazado esos tipos como el Quijote y como Don Juan: allí está también el de la Celestina, en Calixto y Melibea, de Fernando de Rojas. Esa mujer que prodiga sus consejos, sus insinuaciones, sus perfidias, para triunfar en su papel de mediadora. Entre los tipos de absoluta perversidad que el arte ha creado, dice Menéndez Pelayo, no hay ninguno, absolutamente ninguno que iguale al de la Celestina, ni siquiera el de Yago. ¡Tanta es su perfidia, tanta su sagacidad que el insigne maestro ni siquiera compara a la Celestina con Yago, frío y calculador, para despertar las dudas y encender las llamas de la ira!

Esos tres tipos, Don Quijote, Don Juan y la Celestina, descritos tan hábilmente por Ramiro de Maeztu, vivirán en la literatura de todos los pueblos, una vida eterna.

LA OTRA AMERICA.

Han publicado varios periódicos el prólogo que Enrique Diez Canedo escribió para la obra "La otra América", del culto escritor chileno Armando Donoso, consagrada, indudablemente, a hacer más fuerte y vigorosa la unión espiritual entre España y los países de origen ibérico de este Continente.

Es Armando Donoso uno de los escritores más ilustres de América, digno de figurar al lado de Carlos Arturo Torres, de los García Calderón y de Rodó, porque su crítica, en opinión de Diez Canedo, representa ese punto de madurez en que la inteligencia y la gracia se equilibran, vaciándose en los moldes más señoriles y elegantes de una viva prosa.

En esa prosa suelta, ágil y elegante, Armando Donoso publica en su obra "La otra América", sus juicios críticos sobre el humorista Arturo Cancela, sobre la poesía de Gabriela Mistral, sobre la crítica de Pedro Henríquez Ureña, sobre las voces desesperadas y dolientes de Rafael Berret, sobre la novela de Eduardo Barrios, y en todos ellos esplende la brillantez de su espíritu, la agilidad de su pensamiento, la destreza de su pluma gallarda y luminosa. Podrá haber pasión en sus juicios críticos; pero siempre despiertan el interés y las ideas en el espíritu, como pasa con el brillante estudio que hace acerca de la labor erudita del culto escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, y en el cual asegura también que las obras de Gastón París, Wolf, Farinelli, Brunot, Méndez Pidal, sólo son pacto de obligadas lecturas universitarias. Quiere Armando Donoso que todos los libros tengan un poco el don de la vida. ¡Que vuelen! ¡Que vibren! Que siembre! ¡Que entusiasmen!" ¡Si, quiere que los libros tengan esos caracteres, para que no reciban las profanaciones de todos los abu-

rrimientos, y al fin mueran en un rincón olvidados de las gentes, manchados por la humedad y mordidos por la polilla en los anaqueles polvorosos de las bibliotecas.

Nada temenos que argüir a estas ideas de Armando Donoso. Ya Enrique Diez Canedo, en el prólogo de "La otra América", ha hecho una brillantísima defensa de la obra realizada por Henríquez Ureña, a quien no se le puede negar ni el talento ni la penetración indispensables para llevar a cabo la labor seria y erudita de un crítico notable.

Los críticos más ilustres, afirma Donoso, como Sainte Beuve, Mateo Arnold, Winckelmann, Renán, Taine, Clarín y Menéndez Pelayo, con excepción del prestigioso maestro de las Ideas Estéticas, todos participaron de las inquietudes del siglo, anticipándose en muchas ocasiones a la realización de los acontecimientos; pero al mismo tiempo reconoce el autor de "La otra América", la labor fructífera de Menéndez Pelayo, que mucho contribuyó a disipar tantos errores después de una tarea prolija y constante de compul-

sar millares y millares de volúmenes, tras las múltiples búsquedas en bibliotecas y archivos que consumieron la vida de un hombre de vigor y de ideas, que ha dejado una obra perdurable, no sólo a España, sino a toda la Humanidad.

Pero si "La otra América" de Armando Donoso, es digna de elogio por sus estudios notables y lo atrevido de sus juicios y las observaciones penetrantes que hace, es digna también de encomio por el esfuerzo de coordinación que realiza entre los valores intelectuales de España y de América.

Causó asombro en todo el mundo el homenaje estruendoso que los pueblos iberoamericanos le acaban de tributar a los intrépidos españoles que llevaron a cabo una hazaña inmortal. Es de una inmensa, de una enorme trascendencia política ese homenaje tributado no solamente al valor y a la osadía de quienes consumaron esa epopeya, sino también al esfuerzo noble y generoso de los que han hecho patente la unión de nuestra raza fuerte y batalladora y el amor entrañable que tienen estos pueblos a España. La labor

perseverante de Armando Donoso no ha sido inútil. Ante los ojos perplejos y atónitos del mundo, se ha levantado, en estos momentos, desde la Argentina hasta México, la realidad elocuente y austera proclamando la unión y la concordia de todo el orbe español.

INDICE

DISCURSOS

Págs.

Discurso pronunciado en los Salones de la Unión Ibero Americana de Madrid, la noche del sábado 28 de octubre de 1916. 7

Discurso pronunciado en el banquete del Centro Gallego de México, celebrado el día 29 de julio de 1924..... 25

Discurso pronunciado el día 20 de agosto de 1924, en el banquete celebrado en los salones del Centro Asturiano..... 33

Discurso pronunciado en el Centro Gallego de México, el día 18 de febrero de 1925. 43

Discurso pronunciado en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, el día 5 de noviembre de 1925, con motivo del Centenario del nacimiento del Cid.... 53

Discurso pronunciado el domingo 13 de junio de 1926, en el banquete ofrecido al Ministro de España..... 63

Págs.

Discurso pronunciado el 10 de mayo de 1927, fecha consagrada a las Madres, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. 73
El Espíritu de Andalucía en la Civilización del Mundo. 83
Conferencia de Arte. 99

"IGUALA CON LA VIDA EL PENSAMIENTO"

Los cuadros del Greco..... 119
Los cuadros de Velázquez..... 129
La decadencia de España..... 139
La amenaza de los Estados Unidos..... 147
La actuación de Lane Wilson..... 155
La Conferencia de la Habana..... 165
12 de octubre de 1492, 12 de octubre de 1928. 173
Una ley absurda..... 179
La justicia de Dios..... 187
La Revolución y el Hispanismo..... 195
La primera imprenta en América..... 203
El Ministro de España en México..... 209
La guerra de agresión..... 217
La actuación de Lane Wilson..... 225
Luis Urbina. 233
Los restos de Cortés y el Presidente de la Academia de la Historia..... 241
La reclamación de los españoles..... 249

Págs.

ESCRITORES DE HISPANO-AMERICA

Los grandes de España..... 259
El escritor Luis Araquistáin..... 267
El último libro de José Vasconcelos..... 275
Oradores y Poetas..... 285
Conferencia Hispanista..... 293
Un libro de Ramiro de Maeztu..... 299
La Otra América..... 305

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EL DIA 16 DE JUNIO
DE 1928 EN LA TIPO-
GRAFIA «CVLTVRA»,
AVENIDA REPUBLI-
CA ARGENTINA
NUMERO CIN-
CO MEXICO,
DISTRITO
FEDE-
RAL.